



Miguel Sanz Jiménez

THE GOOD LORD BIRD:
TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL Y
DIALECTOLOGÍA

Director:
Dr. D. Jorge Braga Riera

Máster Universitario en Traducción Literaria
Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores
Facultad de Filología
Universidad Complutense

MÁSTER EN TRADUCCIÓN LITERARIA

**FACULTAD DE FILOLOGÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE**

DECLARACIÓN PERSONAL DE BUENA PRÁCTICA ACADÉMICA

D. Miguel Sanz Jiménez, con NIF 05339044P, estudiante del Máster en Traducción Literaria de la Universidad Complutense, curso 2014/2015

DECLARA QUE:

El Trabajo Fin de Máster titulado «*The Good Lord Bird*: Traducción al español y dialectología», presentado para la obtención del título correspondiente, es resultado de su propio estudio e investigación, absolutamente personal e inédito y no contiene material extraído de fuentes (en versión impresa o electrónica) que no estén debidamente recogidas en la bibliografía final e identificadas de forma clara y rigurosa en el cuerpo del trabajo como fuentes externas.

Asimismo, es plenamente consciente de que el hecho de no respetar estos extremos le haría incurrir en plagio y asume, por tanto, las consecuencias que de ello pudieran derivarse, en primer lugar el suspenso en su calificación.

Para que así conste a los efectos oportunos, firma la presenta declaración.

En Madrid, a 5 de junio de 2015

Fdo.: Miguel Sanz Jiménez

*Esta declaración debe adjuntarse al Trabajo Fin de Máster en el momento de su entrega.

Agradecimientos:

Me gustaría dar las gracias, por su contribución a este trabajo de fin de máster, a mi familia, lectores de las sucesivas versiones de esta traducción; a mis compañeros de fatigas, por sus ánimos y buen humor; y a mi tutor, por su infinita paciencia y sabio consejo.

Índice

1. Resumen	1
2. Prólogo	3
3. James McBride	5
3.1. Carrera literaria	5
3.2. <i>The Good Lord Bird</i>	8
4. La traducción del dialecto	13
4.1. Estrategias para la traducción del dialecto	15
4.2. El dialecto afroamericano: Casos prácticos de novelas publicadas	21
4.3. Propuesta de traducción del dialecto en <i>The Good Lord Bird</i>	24
5. Las cuestiones históricas y culturales de <i>The Good Lord Bird</i> y su relevancia para el proceso traductor	29
5.1. El Oeste	29
5.2. La esclavitud	31
5.3. El humor	37
5.4. La religión	40
5.5. El título	42
6. Traducción al español de <i>The Good Lord Bird</i>	43
6.1. Capítulo 1: Conoced al Señor	45
6.2. Capítulo 2: El pájaro del Señor	55
6.3. Capítulo 22: El espía	59
6.4. Capítulo 23: Noticias	73
6.5. Capítulo 24: El ferroviario	81
7. Conclusiones	89
8. Bibliografía	91
8.1. Bibliografía primaria	91
8.2. Bibliografía secundaria	93
8.3. Obras de referencia	96
9. Anexo	97
9.1. Chapter 1: Meet the Lord	99
9.2. Chapter 2: The Good Lord Bird	109
9.3. Chapter 22: The Spy	113
9.4. Chapter 23: The Word	125
9.5. Chapter 24: The Rail Man	131

1. Resumen

El objetivo de este trabajo de fin de máster es presentar una traducción al español de la tercera novela de James McBride: *The Good Lord Bird*. Con el fin de ofrecer un texto en la lengua meta que resulte equivalente al original inglés y respete sus matices, son objeto de estudio los siguientes aspectos: la trayectoria literaria del autor, las posibilidades de traducir el dialecto en literatura y sus implicaciones sociales, así como las cuestiones culturales relacionadas con las nuevas narraciones de esclavos, entre las que figuran el humor y la intertextualidad.

Palabras clave: dialectología, humor, intertextualidad, James McBride, narraciones de esclavos, *The Good Lord Bird*, traducción literaria.

Abstract

The aim of this Master's dissertation is to offer a Spanish translation of James McBride's latest novel: *The Good Lord Bird*. In order to obtain a text in the target language that is equivalent to the source language and respects its nuances, the following aspects are considered throughout this dissertation: the author's career, the possibilities of translating literary dialect and its social implications, and the cultural aspects related to neo-slave narratives, including humor and intertextuality.

Keywords: Dialect, Humor, Intertextuality, James McBride, Slave Narratives, *The Good Lord Bird*, Literary Translation.

2. Prólogo

Mi interés por profundizar en la literatura estadounidense surgió mientras cursaba el grado en Estudios Ingleses en la Universidad Complutense; de hecho, mi trabajo de fin de grado se centró en las aspiraciones que los ideales del sueño americano crean en los personajes de la novela *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald, y de la obra dramática *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller. Posteriormente, durante mi estancia en Estados Unidos en el curso 2013/2014, seguí la entrega del National Book Award en noviembre de 2013 y me llamó la atención el éxito cosechado por la obra ganadora, *The Good Lord Bird*. Al volver a España, me pareció curioso que esta novela no se hubiera traducido al castellano, así como que su autor fuera casi un completo desconocido en el panorama editorial español, lo que me llevó a considerarla para mi trabajo de fin de máster, pues se trata de una novela rica, profunda y con abundantes elementos culturales que presentan un desafío para el traductor, como se verá en las siguientes páginas.

El propósito primordial de este trabajo es, pues, ofrecer una traducción al español de la novela *The Good Lord Bird*, de James McBride, que se publicó en Estados Unidos en 2013 y que no solo obtuvo el beneplácito de la crítica, sino que también fue un éxito de ventas. De hecho, sorprende que solo se haya traducido al castellano la primera obra de este autor, *The Color of Water* (1996).

Con el objetivo de contextualizar la novela original de McBride, se estudiará primero la figura del autor, su relevancia y su carrera literaria. Dado que se trata de un escritor contemporáneo, la bibliografía de este primer apartado está compuesta fundamentalmente por entrevistas en las que el propio McBride explica sus motivaciones y las condiciones en las que trabajó en sus novelas, y por artículos de prensa acerca de la recepción de estas obras en Estados Unidos y de la tradición literaria en la que se inscriben. Además, se analizará la presencia del dialecto, en particular del afroamericano, en la carrera literaria de McBride, en especial en el caso de *The Good Lord Bird*.

El siguiente apartado del trabajo se centra en las características de esta variación lingüística y su representación en la literatura escrita en lengua inglesa. A continuación, se repasan las consideraciones que han ofrecido diversos traductólogos en los últimos tiempos acerca de las posibilidades de traducir el dialecto: si, en efecto, se deben conservar las marcas dialectales del texto fuente y, en tal caso, qué estrategias se pueden seguir. Además, se contemplan varios casos prácticos de novelas ya publicadas para analizar qué técnicas son las más empleadas en la traducción al castellano del dialecto afroamericano y qué puede aportar la propuesta de *The Good Lord Bird* al respecto.

Una vez considerado el dialecto, se presta atención al resto de elementos culturales de la novela de McBride que suponen un desafío traductor. En particular, se estudia el género de las narraciones de esclavos (*slave narratives*) en el que se inscribe la obra. En esta tarea de documentación se han tenido en cuenta tanto manuales de literatura, por ejemplo *The Cambridge Companion to the African American Novel* y *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*, como monografías que tratan en detalle la institución de la esclavitud en Estados Unidos, caso de *Hidden in Plain View: A Secret History of Quilts and the Underground Railroad* y *Slavery in the United States: A Social, Political, and Historical Encyclopedia*. Se estudian también otros aspectos culturales relacionados con el léxico propio del Oeste americano, así como las estrategias para traducir el humor de la novela y la intertextualidad, en particular la que alude a la Biblia. Este apartado concluye con una breve reflexión centrada en cómo reproducir en español el título de la novela.

Tras las consideraciones teóricas iniciales, el quinto apartado comprende la propuesta de traducción al español de una serie de fragmentos de *The Good Lord Bird*, que se corresponden con los capítulos uno, parte del dos (en el que se explica el carácter simbólico del título de la novela), el veintidós, el veintitrés y el capítulo veinticuatro, en los que el protagonista entra en contacto con la esclavitud en el estado de Virginia. En esta selección se aplican las estrategias que se han justificado, previamente, en el mencionado aparato crítico del trabajo. Las razones para escoger estos capítulos son que en el primero se presentan los personajes y los distintos rasgos que definen a cada uno, por ejemplo el dialecto o la jerga propia del Oeste, mientras que en el segundo el protagonista contempla el pájaro carpintero que da título a la novela, un episodio que es fundamental para poder plasmarlo en español. Los capítulos veintidós, veintitrés y veinticuatro han resultado de especial interés porque cuentan la llegada del narrador al Sur, donde conoce a varios esclavos afroamericanos, y entra en contacto con su dialecto y con varios elementos culturales y personajes históricos vinculados a la institución de la esclavitud.

Tras las conclusiones y el listado de referencias bibliográficas, se anexan los fragmentos del texto original en inglés con el fin de que el lector pueda cotejar el texto fuente con la propuesta de traducción y, así, valorar la novela meta y las decisiones traductorales adoptadas.

3. James McBride

3.1. Carrera literaria

James McBride es escritor, compositor, saxofonista y guionista. Nació en Brooklyn (Nueva York) en 1957. Hijo de un padre negro y de una madre que descendía de judíos polacos, se crió en las viviendas sociales del barrio de Red Hook junto a sus doce hermanos, donde presenció los cambios sociales y el movimiento por los derechos civiles de la década de los sesenta. Cuando su madre enviudó, ella sola educó a sus hijos y consiguió que fueran todos a la universidad. James estudió en el conservatorio de Oberlin College (Ohio) y cursó un máster de periodismo en la Universidad de Columbia. Trabajó para los periódicos *The Boston Globe*, *The Washington Post* y *The New York Times*, así como para las revistas *People* y *Rolling Stone*. A finales de los ochenta abandonó el periodismo para dedicarse al jazz y la escritura, y compuso para músicos como Anita Baker, Grover Washington, Jr. y Gary Burton. En 1993 ganó el premio Stephen Sondheim por su composición para el musical de jazz y pop *Bo-bos*, que escribió junto al dramaturgo Ed Shockley. Fue precisamente durante una gira por Estados Unidos, debido a su trabajo de saxofonista, cuando escribió su primer libro, la autobiografía *The Color of Water: A Black Man's Tribute to His White Mother* (1996).

Con el fin de recopilar material para esta memoria, James McBride entrevistó a su madre, Ruth McBride Jordan, durante catorce años, lo que le llevó a descubrir su pasado y las raíces de su familia. Esta mezcla entre autobiografía y biografía recoge, por un lado, la historia de Ruth, que nació en Polonia en el seno de una familia judía en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, emigró con sus padres a Estados Unidos y creció en Virginia. A los diecisiete años se fugó de casa, viajó a Harlem y se casó con un pastor afroamericano. Más tarde, enviudó y se volvió a casar. A pesar de las dificultades sociales a las que se enfrentó, logró sacar adelante a sus doce hijos. Por otro lado, el libro refleja la confusión y ansiedad que vivió James de joven respecto a su identidad birracial, como señala Ramsey (2005: 134-139). Nos cuenta cómo fue su infancia en el barrio de Red Hook, de mayoría negra, y cómo acabó recurriendo al alcohol, las drogas y los delitos menores para evitar enfrentarse a su familia y aceptar su identidad. Los conflictos raciales en los que ahonda el libro quedan reflejados en el propio título, que hace referencia a la respuesta que Ruth proporciona a su hijo cuando este le pregunta de qué color es Dios (McBride, 1998a: 39):

“Oh boy... God's not black. He's not white. He's a spirit.”

“Does he like black or white people better?”

“He loves all people. He's a spirit.”

“What’s a spirit?”

“A spirit’s a spirit.”

“What color is God’s spirit?”

“It doesn’t have a color,” she said. “God is the color of water. Water doesn’t have a color.”

Tras su publicación, *The Color of Water* disfrutó de un éxito rotundo en Estados Unidos, pues se mantuvo en la lista de los libros más vendidos de *The New York Times* durante dos años y la autobiografía pronto llegó a ser considerada todo un clásico, hasta el punto de convertirse en lectura curricular en las escuelas y universidades del país. De hecho, ha vendido más de dos millones de copias en todo el mundo y se ha traducido a dieciséis idiomas. La traducción al español es de Josefina Guerrero y fue publicada por Planeta en 1998 con el título *El color del agua*, aunque apenas gozó de difusión y pasó bastante desapercibida.

En 2002, McBride publicó su primera novela, *Miracle at St. Anna*, que se basa en la historia real de la 92.^a División de infantería del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, también conocida como la División *Buffalo*. La novela trata de este grupo de soldados de color, que conocen a un niño huérfano en Italia en 1944 y terminan viviendo en una pequeña comunidad del valle del Serchio, en la Toscana, donde luchan contra los invasores nazis. Para escribir la novela, McBride se mudó a Italia y entrevistó a los veteranos que protagonizaron los sucesos históricos que relata. Además, el autor refleja el dialecto característico de los personajes afroamericanos, como queda patente en el habla del sargento Bishop, uno de los miembros de la División *Buffalo* (McBride, 2002: 11-12): «I **wants** my Money. Now you go **git** that white boy out that haystack over there yonder. He’s yours to deal with. I sure **ain’t goin’**»¹.

El éxito de *Miracle at St. Anna* fue moderado y la novela se tradujo al francés y al alemán, pero no al español. En 2008, el cineasta Spike Lee adaptó esta obra al cine y el propio McBride se encargó de escribir el guion. La película, protagonizada por los actores Michael Ealy, Omar Benson Miller, John Turturro y Joseph Gordon-Levitt, recibió críticas tibias y apenas consiguió distribución.

En 2007, James McBride escribió para la revista *National Geographic* el artículo «Hip Hop Planet», que versa sobre las raíces del rap y de la música negra, y el año siguiente publicó su segunda novela, *Song Yet Sung*. Igual que *Miracle at St. Anna*, se basa en sucesos históricos; en esta ocasión, en los esclavos negros que se fugaban del Sur de Estados Unidos y atravesaban los pantanos de la costa este de Maryland

¹ Se han destacado las marcas dialectales en negrita.

alrededor de 1850. El autor nos cuenta la historia de Liz Spocott, una esclava fugitiva que tiene visiones del futuro y es capturada por los negreros de Patty Cannon. Durante su cautiverio, una esclava sin nombre le revela el Código, la forma de comunicarse en secreto que utilizaban los fugitivos y los abolicionistas. Liz logra volver a escaparse, conoce a los residentes de los pantanos y se enfrenta a las tragedias de la esclavitud mientras se propaga la leyenda de su fuga, se le atribuyen poderes mágicos, se la acusa de brujería y la persiguen varios cazadores de esclavos, como Denwood Long. Este drama sobre la violencia, la esperanza y la redención pertenece al género de las narraciones de esclavos (*slave narratives*), que marcará la siguiente novela de McBride, *The Good Lord Bird*. Precisamente, el autor explica, al final de la obra, que la idea de escribirla le surgió cuando visitó el lugar de nacimiento de Harriet Tubman, esclava fugitiva y activista del movimiento abolicionista (McBride, 2008: 365-369). También en Maryland entró en contacto con la figura de John Brown, uno de los protagonistas de su trabajo más reciente (Bosman, 2013).

Las reseñas de prensa alabaron el sentido de la intriga y de la aventura presentes en la novela, así como la capacidad de McBride para reflejar el dialecto temporal de los esclavos negros (Bell, 2008), tal y como puede apreciarse en el siguiente pasaje, que narra el instante cuando una mujer anciana, cautiva y sin nombre, se dirige a la protagonista y se dispone a hablar del Código (McBride, 2008: 8):

You think you're **gonna** write yourself a pass and frolic up the highway **outta** here? Life **ain't** that simple, and the white man **ain't** that stupid. '**Course** you need the code. **You here** for a purpose. Little George **done** shot you and **gived** you medicine and washed you. You corn on the cob to him, chocolate and pretty as **you is**. Death'd be a relief to you, once he's done. He's a thirsty camel fly when **it come** to women. Every woman in here knows it.

A pesar de las críticas positivas que recibió en Estados Unidos, *Song Yet Sung* tampoco se tradujo al español, ni a otros idiomas europeos, como por ejemplo al francés o al alemán, a los que sí se tradujo, como queda dicho, *Miracle at St. Anna*.

En 2012, el director Spike Lee volvió a contar con James McBride para escribir el guion de su nuevo largometraje, *Red Hook Summer*. Se trata de la secuela de una de sus primeras películas, la ya clásica *Do the Right Thing* (*Haz lo que debas*, 1989), y está ambientada en el barrio de Brooklyn donde McBride pasó su infancia. Aun así, la película fue un sonado fracaso comercial y de crítica.

3.2. *The Good Lord Bird*

En verano de 2013, James McBride publicó *The Good Lord Bird*, su tercera novela y objeto de estudio de este trabajo.

La historia comienza a mediados del siglo XX, entre las ruinas del incendio de una iglesia baptista donde aparecen las memorias de Henry «Cebolla» Shackelford. En ellas habla de su infancia alrededor de 1850, cuando era un joven esclavo en una pequeña taberna del territorio de Kansas. Allí sirve junto a su padre hasta que un día irrumpe el Viejo John Brown, un abolicionista blanco que recorre el país en una cruzada para liberar a los negros de la esclavitud. En la trifulca que se desata a su llegada muere el padre de Henry y John Brown se lleva al niño, a quien confunde con una chica, para que le acompañe en su misión. Le presenta a su banda de abolicionistas, los Rifles de Pottawatomie, quienes pronto identifican a Henry con un pájaro carpintero (su amuleto de la suerte, al que hace referencia el título de la novela) y le apodan, cariñosamente, Cebolla.

Henry recorre el territorio de Kansas con los abolicionistas, que siguen creyendo que es una niña, y liberan y reclutan a otros negros para su causa, como Bob, que pronto se hace amigo de Cebolla. Sin embargo, las tropas federales consideran que la banda de John Brown es un grupo de forajidos y los ponen en busca y captura, a lo que se suma que los esclavistas de Misuri también siguen la pista de los Rifles. Cuando los alcanzan, ambos grupos se enzarzan en una cruenta batalla en la que John Brown aparentemente muere; Fred, uno de sus hijos, pierde la vida y los esclavistas secuestran a Cebolla y a Bob.

Los negreros los venden en una taberna de Misuri, donde vuelven a ser esclavos durante dos años. Allí, Cebolla entra en contacto con el grupo de negros que sirve a los blancos y se enamora de una bella prostituta llamada Pastel. Los rumores de un levantamiento contra los blancos son constantes y el protagonista contempla, impotente, cómo el destino de cualquier sospechoso de sublevarse es la horca. Cebolla pierde toda esperanza de escapar con vida y se da a la bebida, pero, justo cuando está a punto de estallar una nueva rebelión, se encuentra con uno de los hijos de John Brown en la taberna, que ayuda a escapar a Bob y al protagonista y los lleva con su padre, que sigue vivo y trabajando en su cruzada abolicionista.

Tras el reencuentro, Cebolla viaja con John Brown a la costa este y a Canadá, donde el Viejo busca ayuda y se reúne con figuras clave del movimiento abolicionista negro, como Frederick Douglass y Harriet Tubman. Al regresar del este, John Brown congrega a los Rifles en Iowa y les revela su plan: piensa asaltar la armería federal de Harpers Ferry, en Virginia, armar a los esclavos del lugar y comenzar una revolución

abolicionista que se propagará por el país. El Viejo envía a Cebolla y a uno de sus hombres, el bocazas de Cook, de avanzadilla para que inspeccionen el terreno, encuentren una granja para la banda y comiencen a difundir su plan entre los negros para ganarse adeptos. Cook no tarda en irse de la lengua y Cebolla pronto se las ve con varios afroamericanos del pueblo que hablan en código y responden a los nombres en clave del cochero y del ferroviario. Participan en el tren *gospel*, la red clandestina que ayuda a los esclavos del Sur a cruzar la línea Mason-Dixon para alcanzar la libertad. Tras mostrarse reticentes, finalmente acceden a colaborar en el plan de John Brown.

El Viejo y su banda llegan a Harpers Ferry, sortean algunas dificultades logísticas y se preparan para el ataque. Cebolla duda del plan y está a punto de huir, pero finalmente decide permanecer al lado de John Brown. La noche señalada, el Viejo y otros dieciséis hombres eliminan a los guardias y toman la armería de Harpers Ferry sin dificultad. Todo marcha según lo previsto, hasta que se dan cuenta de que el ferroviario ha muerto durante el asalto, lo que implica que no logran avisar a los negros del lugar y estos no acuden en su ayuda. Las tropas federales pronto asedian la armería y empiezan a diezmara la banda de John Brown. Cebolla se replantea quedarse al principio, pero consigue escabullirse y, antes de esconderse, ve cómo detienen al Viejo. El protagonista se pone a salvo gracias a la red del tren *gospel* y consigue visitar a John Brown en su celda la mañana antes de que le ejecuten. El Viejo agradece a Cebolla la esperanza que le ha proporcionado en su cruzada y le dice que se siente orgulloso de él.

Respecto a la inspiración para escribir la novela, McBride reconoce que le vino mientras trabajaba en *Song Yet Sung* y descubrió la figura del abolicionista John Brown. Se documentó acerca de este personaje histórico y llegó a leer alrededor de treinta libros dedicados al papel que este desempeñó en el camino hacia la Guerra Civil, como por ejemplo *Cloudsplitter*, de Russell Banks (1998). McBride comenta que Brown le parecía tan excéntrico, con su habilidad para dar discursos religiosos en los momentos más inoportunos, que le resultaba gracioso y fascinante, además de que le consideraba un verdadero héroe americano. Como ha comentado en varias entrevistas (Bertrand, 2013), mientras trabajaba en la novela a principios de 2010 McBride atravesó una complicada etapa personal debido al fallecimiento de su madre y, pocas semanas después, de su sobrina, a lo que se sumó el fin de su matrimonio. De este modo, necesitaba un lugar donde evadirse, y este libro fue la vía de escape que buscaba, un refugio en el que poder reírse de todo; además de que, según afirma, tampoco tenía intención de escribir un libro que deprimiera a los lectores, sino lo contrario. El tema de la esclavitud le obsesionaba: había aparecido en su obra con anterioridad y se había dado cuenta de que a la gente parecía no gustarle hablar de ello, así que se propuso que su novela dejara espacio para debatir los errores del pasado y consiguió ofrecer «una

nueva perspectiva sobre uno de los períodos más decisivos de la historia del país» (Booker, 2013).

The Good Lord Bird explora la identidad y la supervivencia en los años precedentes al estallido de la Guerra Civil estadounidense, época que retrata con maestría y que ha granjeado a McBride notables comparaciones con *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain (Dreisinger, 2013). Ambas comparten ambientación histórica, ponen de manifiesto la hipocresía de la época (Tobar, 2013) y están protagonizadas por una pareja de personajes que, curiosamente, en *The Good Lord Bird* invierten sus roles: el blanco es el adulto y el esclavo afroamericano se convierte en el niño y en el narrador de la historia, al contrario de lo que sucedía con Jim y Huck en su travesía por el río Mississippi. El retrato que ofrece de los Estados Unidos de mediados del siglo XIX es rico y variopinto, pues en sus páginas los lectores encontramos esclavos negros, pistoleros del Oeste, forajidos, tropas federales, prostitutas, borrachos, líderes de la causa abolicionista y yanquis acomodados.

La novela más reciente de McBride también se inscribe en el género de las narraciones de esclavos (*slave narratives*), al igual que la mencionada *Song Yet Sung*. Las obras que pertenecen a este género se caracterizan por el marcado carácter abolicionista que se desprende de las historias que narran, protagonizadas por esclavos que terminan por fugarse y contar, a modo de autobiografía, los horrores de la esclavitud que presenciaron durante su cautiverio en las plantaciones del Sur de Estados Unidos. Algunos de los títulos más característicos de este género, dentro de la narrativa estadounidense, son los siguientes: *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano*² (1789), donde el autor rememora cómo fue secuestrado en África y le vendieron de esclavo en Virginia; *Uncle Tom's Cabin*³ (1852), de Harriet Beecher Stowe, que gozó de una inmensa popularidad durante los años posteriores a su publicación; *Twelve Years a Slave*⁴ (1853), en la que Solomon Northup, un ciudadano afroamericano de los estados del norte, describe cómo le raptaron y su posterior cautiverio en Luisiana; *The Autobiography of a Female Slave* (1857), relato ficticio de Martha Griffith Browne bastante popular en su época; y *Running a Thousand Miles for Freedom; Or, The Escape of William and Ellen Craft from Slavery* (1860), las memorias de un matrimonio negro que consiguió escapar de Georgia gracias a que la

² *Narración de Olaudah Equiano «El Africano» escrita por él mismo: autobiografía de un esclavo liberto del siglo XVIII*, traducción de Celia Montolío Nicholson, 1999.

³ *La cabaña del tío Tom*, traducida por Isabel Vázquez de Castro, 1992.

⁴ *Doce años de esclavitud*, traducción de Noemí Sobregués, Juan Camargo, Juan Castilla y Javier Fernández de Castro, 2013. El mismo año en el que se tradujo al español, se estrenó la adaptación cinematográfica del director Steve McQueen, que gozó del favor de la crítica y se alzó con tres premios Oscar.

esposa, que era mulata, se hizo pasar por un terrateniente blanco que viajaba acompañado de su esclavo, quien en realidad era su marido.

El género se siguió cultivando en la literatura estadounidense durante el siglo XX, en el que destacan novelas como *The Confessions of Nat Turner*, de William Styron (1966), dedicada al líder de una insurrección de esclavos que tuvo lugar en Virginia y fue rápidamente aplastada; *Roots*⁵, de Alex Haley (1976), saga familiar en la que el autor rememora la vida de su antepasado Kunta Kinte, un africano al que secuestraron y llevaron a Estados Unidos; *Kindred*, de Octavia E. Butler (1979), que mezcla los viajes en el tiempo con una joven afroamericana a la que venden de esclava en una plantación de Maryland; y *Middle Passage*⁶, de Charles Johnson (1990), en la que el protagonista se ve obligado a enrolarse en un barco que parte hacia África para raptar esclavos y comerciar con ellos.

The Good Lord Bird participa de las convenciones de este género y ofrece una versión retorcida de la historia abolicionista a través de la técnica del «manuscrito hallado», por lo que la novela se presenta como la falsa autobiografía de Henry «Cebolla» Shackelford, un joven esclavo afroamericano que emplea, al hablar, constantes errores gramaticales y expresiones propias del dialecto de los negros y de las zonas rurales de Estados Unidos. En relación a esta característica de la novela, McBride ha manifestado su interés por «el habla de los viejos negros del campo, los de guitarra de blues y charla rápida, quería que pareciera un viejo echando la vista atrás y contando una gran historia» (Simon, 2013). En el siguiente fragmento se puede apreciar la peculiar forma de hablar del protagonista, que presenta pasados irregulares mal conjugados (*gived*, *knowed* y *thunk*), construcciones agramaticales que no concuerdan en número (*Colored was*) y usos vulgares, como cuando usa la forma apocopada *Pa* para referirse al padre de Fred (McBride, 2013: 35):

His **Pa** already **gived** that feather to me and told me not to tell it. And I **gived** that feather to his son and told *him* not to tell. They didn't know what to believe, is how I figured it. Back in **them** days white folks told niggers more than they told each other, for they **knowed** Negroes couldn't do nothing but say, "Uh-huh," and "Ummmm," and go on about their own troubled business. That made white folks subject to **trickeration** in my mind. Colored **was** always two steps ahead of white folks in that department, **having thunk** through every possibility of how to get along without being seen and making sure their lies match up with what white folks wanted.

⁵ *Raíces*, traducida por Rolando Costa Picazo, 1979. La novela inspiró una exitosa miniserie del canal ABC que se estrenó en 1977 y contó con tres secuelas acerca de los descendientes de Kunta Kinte: *The Next Generation* (1979), *The Gift* (1988) y *Queen* (1993).

⁶ *La trata*, versión castellana de Rosa María Bassols Camarasa, 1991.

Al poco tiempo de ser publicada, *The Good Lord Bird* recibió numerosas críticas favorables que ensalzan su capacidad para incluir detalles históricos en su narración, a la vez que juega con las ideas de raza y género y emplea la irreverencia como homenaje (Dreisinger, 2013), así como la habilidad del narrador para guiarnos por «los rincones oscuros de la historia y sugerir que las verdades pueden estar ocultas en otros lugares» (Arana, 2013). La novela resulta entretenida y divertida, pero sin abandonar el tono crítico. Además, presenta a John Brown como un personaje quijotesco y a un narrador inocente y cínico, ofreciendo también «una metáfora del fallo de los blancos al reconocer la humanidad de los esclavos negros, igual que confunden a Henry con una niña» (Tobar, 2013).

Aunque ni siquiera el propio autor se lo esperaba, *The Good Lord Bird* ganó, como queda dicho, el prestigioso National Book Award en noviembre de 2013, premio que se entrega a la mejor novela publicada en Estados Unidos durante el año, y se subrayó su logro al recuperar «las voces sureñas para desmitificar y acercar el tema de la esclavitud, con su comicidad y surrealismo crea un nuevo tipo de homenaje» (Aguilar, 2013). A pesar de su éxito en Estados Unidos, la novela apenas ha tenido difusión en Europa. De hecho, solo consta una traducción al neerlandés realizada por Reintje Ghooos y Jan Pieter van der Sterre a finales de 2014⁷.

Tras alzarse con el reputado galardón, McBride comenzó una gira por Estados Unidos en la que leía fragmentos de su novela acompañado por su grupo de *jazz*, rebautizado como *James McBride and The Good Lord Bird Band*. Aprovechando la notoriedad de la obra, se ha puesto en marcha una adaptación cinematográfica que contará con los actores Jaden Smith y Liev Schreiber en los papeles de Cebolla y de John Brown, respectivamente. Mientras tanto, McBride es escritor residente en la Universidad de Nueva York y trabaja en su próxima novela, que dedicará al padrino del *soul*, el músico James Brown.

⁷ McBride, James (2014): *Lieveheersvogel*, Ámsterdam, Xander.

4. La traducción del dialecto

En el apartado anterior, se dejaba constancia de que *The Good Lord Bird* refleja el dialecto de los esclavos afroamericanos y de las zonas rurales de Estados Unidos, como el territorio de Kansas, donde vive el narrador al comienzo de la novela. El propio James McBride ha expresado su interés y fascinación por esta forma de hablar, que intentó recoger en la novela (Simon, 2013). No obstante, y con el fin de traspasar este dialecto al español, es necesario analizar las características que lo definen y qué posibles estrategias se pueden aplicar en su traducción.

En *Traducción y traductología*, Hurtado Albir habla de las variedades de la lengua que tienen que ver tanto con la persona que la utiliza como con el contexto de su uso particular (2001: 544). Esta autora distingue entre registros, que son los distintos usos de la lengua en relación con el área profesional, el nivel de formalidad o con si los textos son orales o escritos; y dialectos, que son las variedades lingüísticas que dependen de variables como el tiempo (dialecto temporal), el espacio (dialecto geográfico) o la clase social (dialecto social). De este modo, mientras que los dialectos temporales son variedades diacrónicas de la lengua, los geográficos y sociales se pueden considerar variedades diatópicas que se alejan de la lengua estándar de un determinado período.

En este sentido, la narración en primera persona de Henry «Cebolla» Shackelford es un buen ejemplo de cómo la lengua varía respecto al usuario, pues las peculiaridades de su habla quedan reflejadas en el testimonio escrito que ofrece a los lectores. El estudioso Zanger, en su artículo «Literary Dialect and Social Change» (1966: 40-48), dedicado a las particularidades con las que se ha retratado la variedad lingüística de los personajes afroamericanos en las obras literarias, define el dialecto literario como el intento de mostrar en la página impresa el habla de un grupo étnico, racial o regional concreto por medio de faltas de ortografía, omisiones, apóstrofes y cambios sintácticos. La función del dialecto literario depende de las convenciones y estereotipos que se relacionen con sus rasgos, pues puede ser objeto de burla o tan solo una marca de identidad. Zanger sostiene que sirve para caracterizar a los personajes e indicar su relación con la comunidad (que puede ser ficticia) en la que los sitúa la narración, y ofrece un recorrido por distintas modas literarias a la hora de representar el dialecto de los personajes negros: por ejemplo, distingue entre el dialecto de Guinea (representado por el habla de personajes como Viernes en *Robinson Crusoe*), que consiste en añadir la sílaba *ee* al final de las palabras y en cambiar la *b* por la *v*, y el dialecto de las plantaciones. Este último se caracteriza por una estructura sintáctica y un

vocabulario más complejo, además de por usos incorrectos de palabras (*malapropismos*⁸), algunas pronunciaciones erróneas y por la inclusión de dichos populares propios del mundo rural, como sucede con los personajes de Tom y su esposa Chloe en *La cabaña del tío Tom*.

Estos últimos rasgos se pueden apreciar en el dialecto de Herny en *The Good Lord Bird*, pues la novela recoge gráficamente sus errores de pronunciación. Además, el protagonista utiliza participios pasados regulares para los verbos que en realidad son irregulares, recurre a formas abreviadas que marca con apóstrofes, no conjuga el verbo *to be* o usa la tercera persona singular *is* para todos los casos, y sustituye el artículo determinado *the* por el posesivo *them*. Así se puede apreciar en el siguiente fragmento de la novela, donde se han resaltado en negrita las marcas dialectales (McBride, 2013: 8-9):

[T]hen fling **hisself** into a crowd of the meanest, low-down, piss-drunk Missouri rebels you ever saw. And while they mostly clubbed him to the floor and kicked out his teeth, **them** white **fellers** didn't no more blame my **Pa** for flinging **hisself** at them in the name of the Holy Ghost than if a tornado was to come along and toss him across the room, for the Spirit of the Redeemer Who Spilt His Blood was serious business out on the prairie in **them** days, and your basic white pioneer **weren't** no stranger to the notion of hope. Most of **'em** was fresh out of that commodity, having come west on a notion that hadn't worked out the way it was **drawed** up anyway, so anything that helped them **outta** bed to kill off Indians and not drop dead from ague and rattlesnakes was a welcome change. It helped too that **Pa** made some of the best rotgut in Kansas Territory—though he was a preacher, Pa **weren't** against a taste or three—and like as not, the same gunslingers who tore out his hair and knocked him cold would pick him up afterward and say “Let's liquor,” and the whole bunch of **'em** would wander off and howl at the moon, drinking Pa's giddy sauce. Pa was right proud of his friendship with the white race, something he claimed he learned from the Bible.

Mas Henry no es el único personaje que se expresa en dialecto en la novela, sino que el resto de esclavos y ciudadanos afroamericanos libres que aparecen en el viaje del protagonista comparten rasgos dialectales. Incluso los personajes blancos, como John Brown y su banda de forajidos abolicionistas, cometen también errores gramaticales al

⁸ El nombre de este término deviene de Mrs. Malaprop, personaje de la comedia *The Rivals* (1775), de Richard Brinsley Sheridan, a la que caracterizaba su habilidad para confundir palabras similares y emplearlas de forma incorrecta. Este recurso cómico se remonta a tiempos anteriores, pues ya marcaba el habla de algunos personajes de las obras de Shakespeare, como por ejemplo Dogberry en *Much Ado About Nothing*.

hablar, una de las características del habla rural de Estados Unidos. En el siguiente pasaje, se puede ver cómo el capitán Brown recurre a la forma *is* del verbo *to be* de manera errónea al dirigirse a Henry (McBride, 2013: 303): «Onion, I will miss you, for you **is** dutiful and our Good Lord Bird besides».

Conseguir un texto castellano que tenga en cuenta estos rasgos dialectales y sea equivalente al original es, sin duda, uno de los objetivos principales de esta traducción, pues, como afirma López García en relación a las variedades dialectales en sus ensayos en *Sobre la imposibilidad de la traducción*, «dejar de traducir esos efectos expresivos de la LO priva al lector de una información cardinal para comprender la obra que lee» (1991: 93). Por tanto, hay que «hacer llegar al lector la peculiar desviación expresiva de la norma que ofrece el dialecto», es decir, realizar un ejercicio de coherencia al trasladar las connotaciones asociadas a una variedad en particular y «explicar por qué razones [el traductor] ha elegido un determinado método de traducción» (1991: 94-95). Sin embargo, es más que habitual encontrarse con numerosas traducciones de textos afroamericanos publicadas en español que estandarizan y eliminan cualquier marca dialectal del original (véase el apartado 4.2). Este hecho no resulta sorprendente si, como asegura Landers, no hay dialecto que viaje bien en la traducción, al mismo tiempo que advierte de los peligros de usar un dialecto inventado en la lengua de llegada; de ahí su recomendación de estandarizar como norma general (1999: 116).

4.1. Estrategias para la traducción del dialecto

La traducción de las marcas dialectales ha suscitado la atención de los traductólogos en los últimos tiempos. Tello Fons dedica su tesis doctoral (2011) y uno de sus artículos (2012) a la traducción del dialecto social y geográfico en la literatura, para lo cual analiza un corpus de novelas inglesas y sus correspondientes versiones en español. Defiende que la función del dialecto es mostrar la forma de hablar de una comunidad lingüística o establecer oposiciones entre los personajes (2011: 104) y, en ambos trabajos, resume las posturas de varios académicos en relación a la posibilidad de traducir el dialecto y las estrategias que pueden utilizarse.

En su teoría lingüística de la traducción, Catford ya define el dialecto como una variedad de la lengua que tiene que ver con la procedencia del hablante o su afiliación geográfica, temporal y social. Distingue entre registro, que es la variedad de la lengua relacionada con el rol social del hablante, e idiolecto, la variedad que emplea un individuo en particular. Sostiene que los dialectos estándares se traducirán por otro dialecto estándar de la lengua meta, mientras que no siempre será necesario ni posible traducir el idiolecto por medio de rasgos equivalentes. Asimismo, defiende la búsqueda

de dialectos funcionales en la lengua de llegada o la creación de un dialecto literario para trasladar las variedades geográficas y sociales, mientras que con las temporales descarta la equivalencia total y observa que solo se puede dar al texto un «sabor arcaico» mediante la elección del léxico (1965: 83-92).

Rabadán también dedica un capítulo a la traducción del dialecto en su libro acerca de la equivalencia en traducción (1991), en el que, en general, adopta una postura bastante escéptica (1991: 79-109). Para ella, los dialectos representan desviaciones de la «norma culta», que se corresponde con el habla de las clases sociales más favorecidas. Sostiene que los textos que están completamente escritos en dialecto nunca deben traducirse a otro dialecto, sino a la variedad estándar de la lengua de llegada, dado su carácter uniforme, si bien se pueden añadir coletillas del tipo «dijo en dialecto». Si el mantenimiento del sentido depende de los rasgos dialectales, se debe elegir en la lengua meta un dialecto que pueda evocar las mismas connotaciones que el original y cumpla las mismas funciones de caracterización geográfica y social. Por otra parte, apuesta por la no traducción de las variantes diacrónicas, puesto que en el texto ya existen otros marcadores, en su mayoría léxicos, que lo definen temporalmente, además de que es imposible equiparar los estadios lingüísticos de ambos polisistemas (por ejemplo, se plantea a qué español sería equivalente el inglés antiguo del poema épico *Beowulf*, del siglo VIII). Dado que el fin último, que marca la aceptabilidad de una traducción, es ser leído en el polisistema meta, en última instancia serán los lectores de la lengua de llegada quienes determinarán si la traducción del dialecto es equivalente y aceptable. Según la presencia del dialecto, Rabadán distingue tres tipos de textos: los monodialectales, escritos en su totalidad en un solo dialecto; los polidialectales, en los que interviene más de una variedad lingüística; y los textos parcialmente monodialectales, en los que los lectores entran en contacto con un dialecto determinado a través de uno o más personajes.

Muñoz Martín también deja de lado el dialecto temporal y se centra en la traducción de los dialectos geográficos y sociales (1995: 5-42). Mantiene que, si los rasgos dialectales son intencionados por parte del autor del texto de origen, ejercen una función concreta que debe reflejarse en la traducción, por lo que «es necesario asignarles un significado, para lo que se recurre a la gama de estereotipos de la comunidad lingüística en cuyo seno se crean». Por otra parte, si los rasgos dialectales reflejan el idiolecto de los emisores de forma no intencionada, no hay por qué mantenerlos en la traducción.

Hatim y Mason (1995: 55-64) ponen de manifiesto el problema insoslayable de qué dialecto de la lengua de llegada hay que usar en la traducción, puesto que, si se traduce por la norma culta estándar de la lengua meta, se pierden los efectos especiales

pretendidos por el original; mientras que si se traduce un dialecto por otro existe el riesgo de crear efectos distintos de los buscados originariamente. Destacan los problemas de comprensión, incluso para los lectores de los textos de la lengua fuente, que suponen los dialectos temporales, para los cuales proponen dos opciones: la traducción hacia una variante arcaica de la lengua de llegada o hacia la variante estándar y contemporánea. En cuanto a los dialectos sociales y geográficos, Hatim y Mason subrayan su función sociocultural y la relevancia de las implicaciones políticas e ideológicas que puedan conllevar, pues los dialectos son una consecuencia de la estratificación social en el seno de la comunidad lingüística. Inciden en la necesidad de traducirlos y de respetar toda la carga social del original, pero no dicen cómo hacerlo, si bien apuntan que no es necesario seleccionar una variedad regional en concreto, sino que se puede recurrir a modificaciones del estándar, por ejemplo a variar la gramática y el léxico de la lengua de llegada de forma deliberada.

Mayoral Asensio, por su parte, asegura que la traducción del dialecto social o geográfico es un problema sin solución satisfactoria y que es inevitable perder parte del contenido en el proceso. Considera distintas opciones (1990: 35-46):

- a) Traducción al estándar de la lengua de llegada, que implica una gran pérdida de contenido pero no produce efectos no deseados en los lectores.
- b) Traducción a otro dialecto de la lengua de llegada considerado equivalente, que puede producir incredulidad y comicidad en los lectores.
- c) Traducción a variedades subestándar de la lengua de llegada. Se puede mantener el tono, si bien puede chocar con el habla de personajes cultos y con las situaciones formales.
- d) Traducción a variedades idiomáticas. También se mantiene el tono, pero se pierde información, además de que se resiente la caracterización de los personajes.
- e) Uso de elementos fonéticos que el lector de la lengua de llegada identifica con el origen que marca el texto fuente. Da los ejemplos de sustituir la *r* por la *l* para personajes chinos o la *r* por la *g* para los franceses, pero son clichés y estereotipos bastante descarados. En el caso del dialecto afroamericano, propone el ejemplo de los personajes negros que hablan con acento cubano, como en el doblaje castellano de *Lo que el viento se llevó*.
- f) Uso de elementos léxicos o sintácticos que el lector meta identifique con el origen que marca la lengua fuente. Por ejemplo, hablar como los indios (con infinitivos y sin determinantes) o imitar el orden sintáctico alemán con fines cómicos.

En su trabajo de 1999, este autor se muestra contrario a la traducción por dialectos funcionales y equivalentes debido al choque cultural que pueden provocar en el lector, y considera las expectativas de los participantes en cada situación comunicativa. Con ellas en mente, Mayoral Asensio propone nueve máximas para traducir el dialecto de forma eficaz (1999: 170-172):

1. Ajustarse al contexto y la situación.
2. Ajustar la estrategia comunicativa al encargo de la traducción.
3. Utilizar solo marcadores con los que esté familiarizado el lector.
4. Mantener solo las distinciones que el lector pueda apreciar.
5. No mantener en el texto meta las distinciones del texto original que no tengan una función comunicativa.
6. Utilizar el mínimo de marcadores que permita reproducir el efecto deseado.
7. No introducir ambigüedad injustificada.
8. Evitar la incoherencia, por ejemplo, no mezclar rasgos propios de ambas culturas.
9. Mantener la coherencia en el tipo de marcadores utilizados para señalar un rasgo determinado y el conjunto de los rasgos de un texto.

A propósito de la traducción del dialecto, la ya mentada Hurtado Albir (2001: 583) advierte de que hay que identificar la función que cumplen las formas no estándar en la obra original y marcarlas en la traducción. También apuesta por una solución dinámica para la traducción del dialecto geográfico, del social e incluso del temporal, que tenga en cuenta las características de la cultura meta y sus usos lingüísticos y se adapte a ellos. Finalmente, los rasgos idiolectales son especialmente relevantes en textos de un alto grado de autoría, por lo que el traductor debe detectar y reproducir estas marcas para que el texto meta también genere autoría y peculiaridad.

Aun sin ser el objeto de estudio del presente trabajo, el teatro tampoco es ajeno al problema que suscita traducir el dialecto, que Zatlin sitúa en lo más alto de la lista de desafíos a los que un traductor, en este caso dramático, puede enfrentarse (2005: 82-84). Con el fin de respetar los matices y las implicaciones del uso del dialecto en el texto fuente, esta autora remite a las estrategias que desarrolló Perteghella a partir de las traducciones al alemán y al italiano de las obras de Edward Bond y de George Bernard Shaw. Estas cinco estrategias son, de forma resumida, las siguientes (2002: 50-51):

1. Compilación dialectal: Se mantiene la ambientación original y se ofrece una mezcla de modismos o dialectos distintos de la lengua meta.
2. Traducción pseudodialectal: Los nombres y las referencias culturales del original también se mantienen y se traduce por un dialecto ficticio que no es ninguno específico, pero sí es accesible para la gran mayoría de los lectores.

3. Traducción dialectal paralela: Tampoco se alteran los nombres ni las referencias culturales del texto fuente, pero se traduce por un dialecto concreto de la cultura de llegada que despierte las mismas connotaciones y tenga una posición equivalente en la cultura meta.
4. Localización dialectal: Es un caso de aculturación, puesto que se domestica todo el texto, incluidos los nombres de los personajes y lugares, las referencias culturales y los dialectos.
5. Estandarización o nivelación: Se eliminan todas las variaciones dialectales, con la excepción de coloquialismos ocasionales. Garantiza la comprensión del texto de llegada, pero se pierden la fuerza y los matices del original.

Perteghella concluye con la recomendación de evaluar la distancia entre la cultura fuente y la meta antes de decidirse por aplicar una estrategia concreta, y sugiere tomar una vía intermedia que no traicione la cultura fuente ni tampoco haga que el texto traducido sea ilegible.

Volviendo a Tello Fons, esta autora defiende que los traductores deben tener la posibilidad de llevar a cabo la traducción de la variación lingüística y de elegir entre un abanico de opciones según la función de este dialecto en el texto fuente. Considera la variación de la norma lingüística de la lengua meta como un vehículo para dar credibilidad a un dialecto que en el original reflejaba el habla de un lugar, grupo social o personaje determinado (2011: 117). También contempla la posibilidad de crear un dialecto propio para el personaje en cuestión e intentar así que su habla lo caracterice, si bien reconoce el riesgo de caer en estereotipos, construcciones demasiado artificiales y de que, a pesar de estos esfuerzos, los lectores asocien ese dialecto a una forma de hablar ya existente. Puntualiza que no se trata de reproducir el dialecto como tal, sino sus evocaciones e implicaciones, ya que «los hablantes de cada comunidad otorgamos una serie de valores a los dialectos y a las personas que los hablan que tienen sentido precisamente dentro de esa comunidad o contexto social» (2011: 120). Reconoce que la traducción del dialecto entraña un riesgo en la aceptabilidad del texto meta, pues, en última instancia, son los lectores quienes deciden si la traducción funciona o no. Aparte de los lectores, la aceptabilidad de la traducción del dialecto también depende de los requisitos del encargo de la traducción, de su finalidad y del estatus de la literatura traducida en el polisistema de la cultura de llegada.

Tello Fons considera que la presencia del dialecto en una obra literaria puede tener dos funciones, compatibles entre sí (2011: 140-165): la función mimética, que refleja la realidad del habla de una comunidad lingüística determinada; y la función simbólica, en la que el dialecto actúa como una herramienta para establecer oposiciones entre personajes, proyecta una ideología determinada y busca mover los sentimientos de

los lectores hacia los personajes. Al dotar a un personaje de un habla dialectal, el autor lo está destacando y le da importancia. La autora también subraya que las marcas dialectales requieren un esfuerzo extra de comprensión por parte de los lectores y que «en cualquier dialecto se encuentran rasgos de todos los demás, pero siempre habrá uno que tenga protagonismo [...] tras un dialecto geográfico puede descubrirse una intención de plasmación de una realidad social» (2011: 147-148).

En cuanto a las soluciones que se pueden dar para la traducción de las variedades dialectales, Tello Fons adopta la propuesta de Marco Borillo (2002: 80-86) y se plantea, en primer lugar, optar por un texto con marcas, que transgreda la norma lingüística de la lengua meta en alguno de sus niveles (ortográfico, gramatical o léxico) o por uno sin marcas, estandarizado. En segundo lugar, existe la posibilidad de elegir entre un dialecto en concreto de la lengua de llegada para la traducción y una configuración artificial que mezcle rasgos de varios dialectos y no recuerde a ninguno específico. La autora también se sirve de la estilística para estudiar el texto fuente desde un enfoque lingüístico y de forma rigurosa y sistemática. Así, sostiene que el traductor debe tener en cuenta la función caracterizadora del diálogo y del dialecto que emplean los personajes, la ideología y el valor estético detrás de estos rasgos, al igual que las expectativas de los lectores de la cultura meta, para ofrecer una solución que intente equiparar las connotaciones del dialecto original a través de unos marcadores que las intenten reproducir con la máxima fidelidad posible, buscando siempre la coherencia del texto en la lengua de llegada.

Más recientemente, y a propósito de este tema particular, Paradela López (2014) rescata las soluciones de corte funcionalista propuestas por Marco Borillo y Tello Fons y vuelve a subrayar la necesidad de que no se pierdan las connotaciones del original. Distingue entre el anatópismo, que se corresponde con la localización dialectal y hace creer a los lectores, por ejemplo, que los personajes son gallegos o andaluces por su forma de hablar, aunque la novela esté ambientada en otro lugar; y el atopismo, que equivale a la compilación dialectal y consiste en crear dialectos que no se correspondan con ningún lugar concreto, si bien su presencia hace que el lector note una diferencia en el habla. Antolín Rato (2014) describe cómo suelen desaparecer las connotaciones sociales del *Black English* al estandarizarlo en español o, peor aún, al traducirlo por un acento regional hispano. De ahí que anime a los traductores a que no se pierda «el sentido que tiene para los negros su dialecto», que los diferencia de los personajes blancos y les permite identificarse con los miembros de su etnia, con quienes comparten una variedad lingüística particular.

4.2. El dialecto afroamericano: Casos prácticos de novelas publicadas

Tras repasar estas consideraciones teóricas, las siguientes líneas se centrarán en las estrategias que se utilizan en la práctica de la traducción del conocido como *Black English*, la variedad que prima en la novela *The Good Lord Bird*. Con este propósito, a continuación se presenta un corpus de novelas estadounidenses y de sus traducciones al español que comparten la presencia del dialecto afroamericano en el habla de sus personajes: *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe; *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain; *Raíces*, de Alex Haley; *El color púrpura*, de Alice Walker; y *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole.

En *La cabaña del tío Tom*, obra de marcado carácter abolicionista, quedan reflejadas las particularidades de la forma de hablar de los esclavos por medio del *eye-dialect* o transcripción de la pronunciación de las palabras, lo cual se puede apreciar en la siguiente intervención de la tía Chloe, la esposa de Tom (Stowe, 1986: 72): «And so **ye telled** Tom, did **ye**? O, **Lor!** What young **uns** will be **up ter!** **Ye** crowed over Tom? O, **Lor!** **Mas'r** George, if **ye** wouldn't make a hornbug laugh!». Sin embargo, la traducción al español de Vázquez de Castro recurre a la estandarización y suprime cualquier marca dialectal: «¿Así que eso le dijo usted a Tom, verdad? ¡Dios mío, qué jóvenes éstos, qué cosas se les ocurren! ¡Cacarearle a Tom? Dios mío, señorito, sería usted capaz de hacer reír a un muerto» (Stowe, 1992: 32).

En el caso de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, no solo está presente el dialecto afroamericano, que marca el habla de Jim, un esclavo fugado, sino que al joven y célebre protagonista también le caracterizan ciertos dejes del habla rural de Estados Unidos (Twain, 2001: 199):

'**Hallo**, Jim!' and skipped out.

He bounced up and stared at me wild. Then he drops down on his knees, and puts his hands together and says:

'**Doan**' hurt me — don't! I **hain't** ever done no harm to a **ghos'**. I **awluz** liked dead people, **en** done all I could for '**em**. You go en **git** in de river **agin**, **whah** you **b'longs**, **en doan'** do **nuffn** to Ole Jim, '**at 'uz awluz yo' fren'.**'

Como en el caso anterior, la técnica elegida para traducir este texto al castellano ha sido la nivelación, que garantiza la comprensión del texto meta pero elimina irremediabilmente los matices presentes en el original, así como los distintos registros que emplean los dos protagonistas (Twain, 2004: 56):

—¡Hola, Jim! —y salí de un brinco.

Él se puso de pie de un salto y me miró con ojos de loco. Luego cayó de rodillas y juntó las manos y dijo:

—¡No me hagas daño, no! Nunca he hecho daño a un fantasma. Siempre me gustaban los muertos y les he hecho todo el bien que pude. Vete y métete en el río otra vez, donde debes estar, y no le hagas nada al viejo Jim, que siempre fue buen amigo.

En las novelas contemporáneas del siglo XX que retratan el dialecto de los esclavos, la tendencia traductora sigue siendo la misma: eliminar cualquier marca de variedad lingüística y ofrecer un texto en castellano estándar. Así se aprecia en el siguiente fragmento, perteneciente al final del capítulo cincuenta y seis de *Raíces*, cuando un grupo de esclavos se entera de las noticias del final de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos y se pregunta qué consecuencias puede tener para su libertad (Haley, 2006: 206):

“**Y’all** come here!” Bell shouted, summoning the others on slave row not long after. “**Massa jes’ tol’** me **dey** done named that Philadelphia **firs’** capital of **Newnited** States!” But it was Luther who told them later, “**Massa** Jefferson **done** put up some **kin’** of Manumission Ack. It **say massas** got **de** right to free niggers, but tell me **dem** Quakers **an’** antislavery folks **an’** free niggers up **Nawth** is **hollerin’ an’ goin’** on **’cause** the **Ack** say **massas don’t** have to, not **less’n dey** wants to.”

La versión española de Costa Picazo no conserva ningún rastro de las marcas dialectales del texto original (Haley, 1979: 218):

—¡Venid todos aquí! —gritó Bell al poco rato—. El amo me acaba de decir que han designado a Filadelfia como capital de los Estados Unidos.

Pero fue Luther quien les dijo después:

—El amo Jefferson ha aprobado una ley de manumisión. Según ella, los amos tienen el derecho de dar la libertad a los esclavos, pero cuentan que los cuáqueros, los que están en contra de la esclavitud y los negros liberados del Norte están enojados porque la ley dice que los amos no están obligados a darles la libertad a no ser que lo deseen.

Incluso en las novelas que no están ambientadas en las plantaciones de esclavos del siglo XIX, pero sí recogen las particularidades del *Black English* cuando hablan los personajes, la técnica predilecta sigue siendo la estandarización, como puede observarse en la versión española del siguiente fragmento de *El color púrpura* (Walker, 1985: 1):

But I don't never **git** used to it. And now I **feels** sick every time I **be** the one to cook. My mama **she fuss** at me **an** look at me. **She happy**, cause **he good** to her now. But too sick to last long.

La traducción publicada en español incluso eleva el registro de la protagonista, en comparación con el original inglés (Walker, 1995: 9):

Pero no me he acostumbrado. Y ahora me pongo mala cada vez que tengo que guisar. Mi mamá anda preocupada, y no hace más que mirarme, pero ya está más contenta porque él la deja tranquila. Pero está demasiado enferma y me parece que no durará mucho.

La excepción a esta tendencia se puede encontrar en *La conjura de los necios* y la traducción de Álvarez Flórez y Pérez. En la novela de John Kennedy Toole, las marcas dialectales que se desvían de la norma estándar y son propias del habla de los negros estadounidenses aparecen en las intervenciones de Jones, un conserje afroamericano de Nueva Orleans (Toole, 2007: 92):

“I already **finish** on your **flo**. I **turnin** into a expert on **flos**. I think color **cats** got **sweepin** and **moppin** in **they** blood, it **come** natural. It **sorta** like **eatin** and **breathin** now to color **peoples**. I bet you give some little color baby one-year-old a broom in he **han**, he **star sweepin** his ass off. Whoa!”

Los traductores han intentado reproducir las evocaciones de este dialecto y han optado por un texto con marcas, que transgrede la norma ortográfica y mezcla rasgos de varios dialectos del español, si bien recuerda un poco al mencionado acento cubano del doblaje de *Lo que el viento se llevó* por la pérdida de la *r* final (Toole, 1992: 161):

—Ya he **acabao** con su suelo. Estoy convirtiéndome en especialista en suelos. Creo que la gente de **coló** lleva en la sangre lo de **barré** y **limpiá** el polvo. Para la gente de **coló** es ya como **comé** y **respirá**. Estoy seguro de que si le das a un niño de **coló** de un año una escoba empezará a **barré** hasta romperse el culo. ¡Sí, **señó**, seguro!

Por último, y aunque no se trata de una traducción del dialecto afroamericano, sino del habla rural de Georgia, es reseñable el trabajo de Covián al traducir los relatos breves de Flannery O'Connor al español. Su propuesta en «El negro artificial» consigue hacer llegar a los lectores de la lengua meta la desviación de la norma presente en el dialecto de los personajes gracias a marcadores que no se corresponden con un dialecto castellano en concreto, sino que mezclan rasgos del registro coloquial y vulgar y

consiguen mantener las implicaciones del texto fuente. En él, Mr. Head, un hombre de pueblo, lleva a su nieto de viaje para que vea Atlanta por primera vez. El dialecto rural de los dos protagonistas (y su ignorancia) contrasta con el de las personas que encuentran en su camino (O'Connor, 1983: 110):

“I’d thought you’d know a nigger since **you seen** so many when **you was** in the city on your first visit,” Mr. Head continued. “That’s his first nigger,” he said to the man across the aisle.

The boy slid down into the seat. “You said they were black,” he said in an angry voice. “You never said they were tan. How do you expect me to know anything when you don’t tell me right?”

“You’re just ignorant **is all**” Mr. Head said.

El texto en la lengua de llegada recurre a la compilación dialectal y transgrede las normas ortográficas para mantener la caracterización de los personajes, lo cual se hace a través del diálogo, como puede apreciarse en el siguiente pasaje (O'Connor, 2005: 390):

—Pensaba que reconocerías un negro ya que viste tantos cuando estuviste en la **ciudad** durante tu primera visita —continuó el señor Head—. Ese es su primer negro —explicó al hombre del otro lado del pasillo.

El chico se deslizó hacia abajo en su asiento.

—Usted dijo **qu’eran** negros —replicó con voz de enfado—. Nunca dijo **qu’eran tostaos**. ¿Cómo espera que yo sepa algo si **usted** no me **l’explica** bien?

—Eres un ignorante, eso es **to** —afirmó el señor Head.

4.3. Propuesta de traducción del dialecto en *The Good Lord Bird*

Como queda dicho, en la novela más reciente de McBride el narrador plasma sus errores de pronunciación y gramática, característicos del inglés de los esclavos, al escribir y recordar sus aventuras junto a John Brown, al mismo tiempo que también refleja las incorrecciones del habla rural de los personajes blancos. Una traducción neutralizada daría el siguiente resultado, ejemplificado en este fragmento procedente de las páginas 8 y 9 de *The Good Lord Bird*:

Luego se tiraba encima de una multitud de la peor escoria, la de los rebeldes de Misuri más borrachuzos que jamás hayáis visto. La mayoría le golpeaba hasta tumbarle en el

suelo y sacarle los dientes a patadas, pero a esos tipos blancos les daba igual que mi padre se les echase encima en el nombre del Espíritu Santo o que viniera un tornado y le mandase volando de un lado a otro de la taberna; en aquellos tiempos el Espíritu del Redentor Que Derramó Su Sangre por Nosotros era un asunto serio en la pradera, y a los típicos pioneros blancos no les era ajeno el concepto de la esperanza. Casi todos lo tenían bien reciente al haber venido al oeste con una idea que no había salido como se esperaban, así que daban la bienvenida a cualquier cambio que les ayudara a levantarse de la cama para matar indios y no morirse por culpa de las fiebres o de las serpientes de cascabel. También ayudaba que mi padre hacía el mejor aguardiente del territorio de Kansas (a pesar de que era predicador, no le molestaba tomar un trago, o tres) y, aunque parezca mentira, los mismos pistoleros que le arrancaban el pelo a tirones y le daban una buena tunda solían levantarle después y decir: «Vamos a beber»; y todos juntos se marchaban a aullar a la luna mientras bebían el licor de la felicidad de mi padre. Se sentía orgulloso de su amistad con la raza blanca; la había aprendido de la Biblia, o eso decía.

No obstante, esta posibilidad no respeta las observaciones, antes expuestas, de López García (1991) y se olvida de trasladar a los lectores la peculiar desviación de la norma presente en la obra y fundamental para su comprensión. Además, implica una gran pérdida del contenido y los matices del texto fuente, como señalaba Mayoral Asensio (1990). De ahí que, en la propuesta aquí presentada, se sigan las recomendaciones de Tello Fons (2011) y se opte por un texto en español con marcas que transgredan la norma lingüística con el fin de respetar las funciones mimética y simbólica de esta variedad que recoge el texto fuente. Para evitar el anatopismo, la domesticación y que a los personajes de la novela se les asocie con las connotaciones de un dialecto español específico, se aplicará la estrategia que Perteghella llamaba «compilación dialectal», de modo que se mantendrá la ambientación del texto original y se traducirá el dialecto de los personajes por una mezcla de modismos y distintos rasgos dialectales de la lengua de llegada. Como sucede en la traducción de Covián de los relatos de Flannery O'Connor (2005), en esta propuesta los personajes de *The Good Lord Bird* que emplean el dialecto afroamericano pasan a presentar una compilación de rasgos propios del español coloquial y vulgar, como por ejemplo la pérdida de la *d* de los participios (*veníó*) y de final de palabra (*esclavitú*), la pérdida de las vocales de las conjunciones (*qu'*), preposiciones (*d'*) y pronombres personales (*l'*) cuando la siguiente palabra comienza por vocal, el leísmo (*le mandase*), el empleo de *vosotros* cuando el narrador se dirige a los lectores y el uso de las formas vulgares *pa*, *na*, *mu* y *to*, en lugar de *para*, *nada*, *muy* y *todo*, respectivamente. De este modo, el fragmento anterior, lejos

de permanecer estandarizado, presenta la forma que se recoge a continuación al seguir esta estrategia:

Luego se tiraba encima **d'una multitud** de la peor escoria, la de los rebeldes de Misuri más borrachuzos que jamás hayáis visto. La mayoría le golpeaba hasta tumbarle en el suelo y sacarle los dientes a **patás**, pero a esos tipos blancos les daba igual que mi **papa** se **les** echase encima en el nombre del Espíritu Santo o que viniera un **tornao** y **le** mandase volando **d'un lao** a otro de la taberna; en aquellos tiempos el Espíritu del Redentor Que Derramó Su Sangre por Nosotros era un asunto serio en la pradera, y a los típicos pioneros blancos no les era ajeno el **conceto** de la esperanza. Casi **tos** lo tenían bien reciente al haber **veníó** al oeste con una idea que no había **salío** como **s'esperaban**, así que daban la **bienvenía** a cualquier cambio que **les** ayudara a levantarse de la cama **pa** matar indios y no morirse por culpa de las fiebres o de las serpientes de cascabel. También ayudaba que **papa** hacía el mejor aguardiente del territorio de Kansas (a pesar de **qu'era** predicador, a **papa** no le molestaba tomar un trago, o tres) y, aunque parezca mentira, los mismos pistoleros que **l'arrancaban** el pelo a tirones y le daban una buena tunda solían levantarle después y decir: «Vamos a beber»; y **tos** juntos se marchaban a aullar a la luna mientras bebían el licor de la **felicidá** de papa. Se sentía orgulloso de su **amistá** con la raza blanca; **l'había aprendío** de la Biblia, o eso decía.

Con esta propuesta traductora no solo se respetan en el texto traducido las connotaciones del *Black English* que utilizan los esclavos y que ponen de manifiesto su bajo nivel de educación, sino que además se los identifica como una comunidad de hablantes que comparten una variedad lingüística concreta. Sin embargo, dado que la novela es un texto polidialectal, una de las limitaciones de esta propuesta es la dificultad de buscar otros rasgos dialectales en la lengua de llegada que reflejen las particularidades del habla rural de los personajes blancos y los diferencien del resto. Si bien una posible apuesta sería la compilación dialectal, de modo que sus intervenciones presenten una menor cantidad de rasgos propios del español vulgar que los diálogos de los personajes afroamericanos, esta no resulta convincente por la confusión que se generaría respecto a qué personajes hablan en un dialecto determinado y cuáles no. Finalmente, se ha recurrido a estandarizar el habla de los blancos para contrastarla con el *Black English* de los esclavos, con la consecuente desaparición de algunos matices. Esta pérdida se aprecia, por ejemplo, en el siguiente fragmento, cuando Henry «el Holandés» Sherman, el dueño del protagonista, se expresa así (McBride, 2013: 15):

“I’m **gonna** make you swear on this Bible that **you is** for slavery and the U.S. Constitution,” he said. “If you do that, you old bag, you can walk **outta** here none the

worse. But if you're a lying, bluebellied Free Stater, **I'mma** bust you across the head so hard with this pistol, yellow'll come out your ears. Place your hand on that."

Como se observa en la traducción al castellano, la neutralización de las marcas dialectales hace que el pasaje se lea del siguiente modo:

—Voy a hacer que jures sobre esta Biblia que estás a favor de la esclavitud y de la Constitución de los Estados Unidos —dijo—. Si lo juras, vejestorio, te puedes ir de aquí sin que pase nada; pero si eres un embustero de panza azul en contra de la esclavitud, te voy a atizar en la cabeza con esta pistola tan fuerte que se te va a salir el cerebro por las orejas. Pon la mano aquí.

Aunque se recurrirá a la estandarización en el caso concreto del habla rural de los personajes blancos, esta propuesta de traducción se guiará por la observación de López García (1991) de hacer llegar la desviación expresiva del texto fuente a los lectores de la lengua de llegada. Para que no se pierda la función sociocultural del dialecto afroamericano en la novela ni sus evocaciones e implicaciones, de las que hablaban Hatim y Mason (1995), se optará por traducir el *Black English* a una variedad subestándar de la lengua meta siguiendo las nueve máximas de adecuación y coherencia que exponía Mayoral Asensio (1999). Así, la estrategia seleccionada es la que Perteghella definía como «compilación dialectal» (2002), a la que a su vez se referían Tello Fons (2011) y Marco Borillo (2002) al considerar la posibilidad de traducir por un texto con marcas que transgredan la norma lingüística, es decir, una configuración artificial que mezcle rasgos de varios dialectos (en concreto del español coloquial y vulgar) y que tenga en cuenta las funciones mimética y simbólica del dialecto en *The Good Lord Bird*. De este modo, y según la terminología de Paradela López (2014), se optará por el atopismo frente a la localización dialectal o anatopismo.

5. Las cuestiones históricas y culturales de *The Good Lord Bird* y su relevancia para el proceso traductor

Tras considerar las funciones del dialecto, en particular del *Black English*, y las posibilidades de traducirlo al castellano para, finalmente, optar por un texto meta con marcas que transgredan la norma lingüística, este capítulo se centrará en la traducción de otros elementos culturales presentes en la tercera novela de James McBride. *The Good Lord Bird* participa de las convenciones de varios géneros literarios, como la novela de aventuras, las narraciones de esclavos e incluso el *western*. De este modo, los elementos culturales presentes en ella son de naturaleza diversa; de ahí que se hayan agrupado en cinco subapartados que se abordan a continuación: el Oeste, la esclavitud, el humor, la religión y el título.

5.1. El Oeste

La primera parte de la novela sucede en Kansas, territorio que, en 1856, año en el que arranca la narración de Henry «Cebolla» Shackleford, aún no se había constituido como estado y se consideraba un espacio limítrofe entre el Medio Oeste y el Sur esclavista. La taberna de Henry, el Holandés, se sitúa en la ruta de California, de modo que este escenario fronterizo se convierte en un muestrario de varios personajes, costumbres e incluso objetos característicos de las historias ambientadas en el Oeste de Estados Unidos. Para traducir estos elementos culturales al castellano, se han seguido las estrategias que propone Newmark (1988: 81-93); en particular, se ha recurrido a equivalentes culturales y funcionales y a la expansión para esclarecer los términos de la manera más breve posible, sin entorpecer demasiado la lectura del texto meta ni distraer al lector con notas explicativas al pie de página.

El protagonista se refiere a esta zona geográfica como *the prairie* (McBride, 2013: 9⁹), que se ha traducido como «la pradera», término equivalente a esta denominación de las grandes llanuras del Medio Oeste y de Kansas en concreto. Para la mayoría de los habitantes de este lugar se han encontrado equivalentes culturales en español, como por ejemplo: la chusma y los faroleros (*lowlifes, four-flushers*, p. 7), los pioneros que iban al Oeste (*westward pioneers*, p. 9), los tramperos (*trappers*, p. 9), los holgazanes (*prairie bums*, p. 11) y las mujeres indias que el Holandés tiene de esclavas, a las que el original se refiere como *Indian squaws* (p. 13). La novela de McBride

⁹ En las siguientes referencias a números de página se citará el texto de *The Good Lord Bird* de forma abreviada para comparar el original con la propuesta de traducción.

también describe varios grupos de blancos armados y enfrentados entre sí, y para identificarlos y poder traducirlos de forma equivalente ha sido de gran ayuda el libro editado por Rodríguez y titulado *Slavery in the United States: A Social, Political, and Historical Encyclopedia* (2007), que describe la situación en el Oeste en relación a la esclavitud. El compromiso de Misuri de 1820 prohibía la esclavitud en los territorios occidentales que Estados Unidos adquirió con la compra de Luisiana, Kansas incluido. Sin embargo, la Ley de Kansas-Nebraska de 1851 sí permitía la posesión de esclavos en estas dos extensiones, a pesar de la fuerte oposición de los abolicionistas y del compromiso legal anterior (Rodríguez, 2007: 385). Este conflicto, que fue uno de los antecedentes de la Guerra Civil, queda reflejado en *The Good Lord Bird* con la presencia de los rebeldes de Misuri (*Missouri rebels*, p. 8), que promovían la esclavitud en el Oeste, y los yanquis (*Yankees*, p. 10), asociados a la causa abolicionista de John Brown y a los que Henry, el Holandés, se refiere de forma despectiva como «embusteros de panza azul en contra de la esclavitud» (*lying, blue-bellied Free Stater*, p. 15). El color azul alude al uniforme de las tropas federales, que en la novela aparecen con el nombre que se les daba en la Guerra de la Independencia (*federal dragoons*, p. 300). Para traducir esta denominación, se ha optado por el equivalente funcional «soldados federales».

La violencia del Oeste también queda reflejada en los distintos tipos de armas que figuran en la obra de McBride. Para traducirlos, se ha recurrido a equivalentes funcionales como rifles (*breechloaders*, p. 9) y revólveres (*six-shooters*, p. 18), a la expansión en el caso específico del revólver pimentero (*a pepperbox*, p. 14) y del Colt (p. 16), a equivalentes culturales («pistolas de restallones» para *powder cap gun*, p. 17) y a la descripción para hablar de pistolas de siete cañones cuando el texto fuente hace referencia a la cantidad de balas que puede disparar un revólver (*seven-shooters*, p. 34). Para otros objetos característicos del Oeste, se han encontrado soluciones equivalentes en español, como por ejemplo cartuchera (*gun-belt*, p. 34), alforjas (*saddlebag*, p.34), arpa de boca (*Jew's harp*, p. 8) y corbata de cordón (*string tie*, p. 11), igual que para animales, como la serpiente de cascabel (*rattlesnake*, p. 9) y el escarabajo gorgojo (*boll weevil*, p. 19). Por el contrario, se han tenido que adaptar las enfermedades que afectaban a los colonos de la pradera mediante equivalentes funcionales como las fiebres (*ague*, p. 9) y la hinchazón (*dropsy*, p. 8), igual que la bebida que prepara el padre del protagonista y a la que llama *rotgut* (p. 9). Esta última sería, literalmente, un alcohol «que te deja las tripas podridas», en el sentido de que se trata de un licor casero que elabora él mismo. Sin embargo, se ha traducido como «aguardiente» mediante un equivalente funcional dado que *rogut* sí es un sustantivo vulgar que recogen los diccionarios de inglés (*Collins*), y «pudre tripas» sería un neologismo en castellano.

En la novela también aparecen varios medios de transporte característicos de este período y territorio histórico. En general se han traducido por sus equivalentes culturales correspondientes en castellano, ya sean un barco de vapor (*steamer*, p. 14) o una diligencia (*coach wagon*, p. 308), si bien algunos se han expandido para especificar de qué transporte en concreto se tratan: un buen carro del tipo Conestoga, que usaban los colonos para recorrer largas distancias (*a fine Conestoga wagon*, p. 302); y el tren de Baltimore a Ohio (*the B&O railroad*, p. 313), que el protagonista observa sobre un puente de madera (en este caso se ha recurrido a un equivalente descriptivo, pues el texto fuente habla de *the railroad trestle*, p. 329). Las unidades de longitud se han domesticado, por lo que las millas del original se han aproximado a kilómetros para acercar el texto a los lectores, de modo que cuando Henry se entrevista con el ferroviario, este último dice: «Ya podría haber ido cien kilómetros al este, a Baltimore» (*He could'a gone sixty miles east to Baltimore*, p. 331). En cambio, no se ha domesticado la moneda, pues pasar de dólares a pesetas o a euros sería un caso exagerado de aculturación, además de un anacronismo, dada la ambientación histórica y geográfica de la novela. Así, el holandés dice a John Brown que le dará «cincuenta centavos por cortar madera a media jornada» (*I'll give you fifty cents to chop wood half a day*, p. 14).

Por último, y de nuevo teniendo en cuenta la época en que sucede *The Good Lord Bird*, se ha tomado la decisión de que los personajes utilicen el tratamiento «de usted» cuando se dirigen la palabra entre ellos, con la excepción de las ocasiones en las que los blancos hablan a los esclavos negros (a los que tutean para marcar la distancia social que los separa), así como cuando el protagonista se dirige a los lectores y comenta su propia historia y su vida (aspecto que se tratará en el siguiente apartado, dedicado a las narraciones de esclavos) y el momento en que el Holandés se da cuenta de que el mismísimo John Brown se encuentra sentado en su taberna, por lo que deja de hablarle «de usted», comienza a insultarle y a tutearle de forma despectiva e, incluso, le da órdenes directas: «Bájate de la silla» (*Get off that chair*, p. 15).

5.2. La esclavitud

Como se ha mencionado antes, *The Good Lord Bird* se inscribe en el género de las narraciones de esclavos (*slave narratives*), que surgieron en Estados Unidos entre 1770 y 1780 y estaban escritas por antiguos esclavos que habían conseguido escapar a los estados del norte e, incluso, a Inglaterra (Gould, 2007: 11). Una de las finalidades de estas obras autobiográficas era convencer a los lectores blancos de que los autores sí eran humanos y merecían la libertad, por lo que se las consideraba grandes logros

artísticos y un punto de partida para la reflexión moral sobre la condición humana y sobre cómo se construyen las identidades (Connor, 1996: 35-45). Solían comenzar con la frase *I was born a slave* para marcar el estatus de esclavo del protagonista desde sus orígenes y narrar después cómo consiguió una nueva identidad, igual que hace el protagonista de la tercera novela de McBride; de ahí que las obras enmarcadas en este género analicen la identidad y la libertad del individuo con la esclavitud de trasfondo.

Como señala Weinstein (2007: 115-134), las narrativas de esclavos tomaron de modelo las convenciones de las novelas sentimentales, recogidas en *Pamela*, de Samuel Richardson (1740), y presentaron tramas acerca de niños a los que separan de sus padres y se ven obligados a emprender un duro viaje no solo para recuperar su estatus inicial, sino para ascender en la escala social. Una de estas convenciones que las narraciones de esclavos heredan de las novelas sentimentales y que estas, a su vez, tomaron del teatro de Shakespeare es el travestismo. Un claro ejemplo es la obra *Running a Thousand Miles for Freedom; Or, The Escape of William and Ellen Craft from Slavery* (1860), en la que el matrimonio del título narra cómo consiguió escapar de una plantación de Georgia hasta Boston gracias a que Ellen, una esclava mulata, se disfrazó y se hizo pasar por un terrateniente blanco acompañado de su esclavo, que en realidad era William Craft. El travestismo también está presente en *The Good Lord Bird*, pues John Brown confunde al protagonista con una niña mientras intenta liberar a él y a su padre al final del primer capítulo. Desde ese instante y hasta el final de la novela, Henry se hace llamar Henrietta y logra escapar de varios conflictos en los que se involucra, tanto por su cuenta como junto a los Rifles de Pottawatomie, debido a su condición de niña afroamericana. Otra característica de las narraciones de esclavos presente en la novela de McBride es la interrupción del flujo temporal de la trama y los saltos delante y detrás en el tiempo respecto al instante en que se encuentra el narrador. Es decir, el protagonista, al contar su propia historia a los lectores, es capaz de visitar el pasado con nueva información y de adelantar qué va a suceder. Henry emplea esta técnica en repetidas ocasiones en *The Good Lord Bird*. Por ejemplo, nada más conocer a John Brown apunta: «Yo iba a descubrir más sobre el Viejo John Brown durante los próximos años, porque hizo algunas cosas salvajes y horribles; pero lo único que no podía hacer era mentir, en especial, cuando tenía la mano sobre la Biblia». Al comienzo del capítulo veintidós, incluso revela a los lectores lo que va a suceder en las páginas siguientes: «Pa entonces hacía mucho que m'había marchao, m'había enviao d'avanzadilla a la batalla».

Con todo, y aunque *The Good Lord Bird* participa de las convenciones formales y temáticas de las narraciones de esclavos, al tratarse de una novela escrita por un autor del siglo XXI utiliza el recurso del manuscrito encontrado para presentarnos el

testimonio de Henry como verídico, pues en el prólogo se cuenta que en las ruinas de una iglesia baptista se han hallado las memorias del protagonista, narradas en primera persona. Así, la novela de McBride se puede clasificar dentro del subgénero de las nuevas narrativas de esclavos (*neo-slave narratives*), que retratan la institución de la esclavitud desde una miríada de perspectivas diferentes y emplean técnicas como el humor, la hipérbole y el anacronismo para subrayar distintos aspectos de la propia institución y de sus representaciones (Smith, 2007: 168-185). En líneas generales, las nuevas narrativas de esclavos asumen la voz del protagonista, que nació cautivo, y repasan las convenciones del género; además, con este ejercicio de revisión exploran la memoria y las posibilidades de sanar un país que aún sigue negando la herida histórica de la esclavitud y sus consecuencias (Rushdy, 2004: 87-105). Dependiendo de lo experimentales que sean los autores, las nuevas narraciones de esclavos pueden subdividirse en tres grupos: novelas históricas, narraciones de esclavos *seudoautobiográficas* y novelas generacionales. Al último grupo pertenece *Raíces*, de Alex Haley, pues el autor narra su historia familiar desde los días de su antepasado Kunta Kinte hasta el momento presente en que investiga para escribir la novela; mientras que *The Good Lord Bird* se puede considerar una narración *seudoautobiográfica*, gracias a la técnica del manuscrito encontrado antes referida, y también una novela histórica debido a la presencia de personajes y sucesos reales en la narración del protagonista.

La obra incluso refleja la enorme popularidad de la que gozaban las narraciones de esclavos a mediados del siglo XIX en Estados Unidos no solo mediante las mencionadas convenciones del género en el que se inscribe, sino también a través de un ejercicio de metaficción, como se aprecia cuando el espía Cook se refiere a Becky, una afroamericana que colabora con la causa abolicionista, como «Tía Polly». Con esta alusión cita a uno de los personajes de la novela *The Autobiography of a Female Slave* (1857), de Martha Griffith Browne, en concreto a una esclava negra que aparece en esta autobiografía ficticia. Para detectar este tipo de alusiones culturales han sido de gran ayuda los recursos del portal web *Documenting the American South*¹⁰. Una vez identificada la referencia, en lugar de domesticarla y aculturar la traducción, se ha preferido explicar la alusión a los lectores del texto meta en una nota al pie de página.

En su dimensión de novela histórica, *The Good Lord Bird* cuenta con la presencia de personajes reales que participan de forma activa en la narración. El caso más evidente es el de John Brown, que llega a la taberna del Holandés después de la

¹⁰ *Documenting the American South*, [en línea], <<http://docsouth.unc.edu/>>. El apartado dedicado a la obra de Browne puede leerse en <<http://docsouth.unc.edu/neh/browne/menu.html>>.

masacre de Pottawatomie (mayo de 1856), la cual marcó el inicio de una guerra de guerrillas en el sudeste de Kansas entre los esclavistas y los abolicionistas y contribuyó a propagar la leyenda de la figura de Brown. Los rumores acerca de este personaje llegan a los oídos de Henry, quien termina por conocerle de primera mano y unirse a su cruzada abolicionista e, incluso, le acompaña en el ataque a la armería de Harpers Ferry del dieciséis de octubre de 1859, que supuso el fin de la cruzada de Brown pero fue uno de los catalizadores de la Guerra Civil. Aunque la figura de John Brown y su trascendencia pueden no ser cercanas para los lectores españoles que no estén familiarizados con la historia de Estados Unidos y el movimiento abolicionista, dado que Brown se convierte en uno de los protagonistas de la novela y, a medida que avanza la trama, se mezclan hechos históricos con ficción, no se ha considerado necesario puntualizar detalles acerca de su relevancia en una nota a pie de página. Por el contrario, hay otros personajes históricos, también vinculados al movimiento abolicionista, que aparecen en momentos puntuales de la novela pero de los que no se especifican sus trayectorias personales ni su trascendencia histórica. Para no perder estas alusiones en la traducción, sí se han añadido en estos casos notas al pie de página, como por ejemplo en la alusión a Frederick Douglass, con quien Brown se entrevista en los capítulos diecisiete, dieciocho y veinticinco. Douglass era un esclavo de Maryland que se hizo pasar por marinero y logró huir hasta Massachusetts. Allí se convirtió en uno de los líderes más prominentes de la causa abolicionista, recogió su historia personal en *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave: Written by Himself* (1845), editó el periódico antiesclavista *The North Star* y se comprometió a ayudar a John Brown en su cruzada (Rodríguez, 2007: 264). Otro activista al que se menciona en *The Good Lord Bird* es Henry «Caja» Brown, a quien el ferroviario insulta y se refiere de forma despectiva como «Brown, el de la caja» mientras habla con el protagonista (*Box Car Brown*, p. 334). Antes de luchar por el fin de la esclavitud, Henry Brown era un esclavo de una plantación de Virginia que consiguió escapar al norte escondido en una caja de madera que él mismo envió por correo a los abolicionistas de Filadelfia. Tras conseguir la libertad, publicó su historia personal en 1849 con el título *Narrative of the Life of Henry Box Brown* (2007: 204).

También se ha incluido una nota en el caso de Harriet Tubman, a quien el protagonista conoce en persona en el capítulo veinte de la novela y a la que luego llama «El General» (p. 325). Tubman era una esclava que se fugó desde Maryland hasta Pennsylvania en 1849 y que luego emprendería incursiones en los estados del Sur para liberar esclavos. Colaboró con la Unión en la Guerra Civil y fue activista a favor de los derechos de los afroamericanos, las mujeres y los pobres (Rodríguez 2007: 482). Además, Tubman participó en el llamado ferrocarril subterráneo (*the Underground*

Railroad), una red de comunicación interregional de los abolicionistas que ayudaba a que los esclavos fugados escapasen hasta el norte, habitualmente hasta Canadá, para lo cual les ofrecía comida, refugio y medios de transporte (2007: 487). Tobin y Dobard (2000: 53) apuntan que el apogeo del ferrocarril se dio entre 1830 y 1865, cuando las iglesias afroamericanas servían de oficinas de correos para esta red de abolicionistas y los exesclavos compartían sus tácticas y rutas con los nuevos fugitivos. Estos dos autores comentan que el nombre de este sistema clandestino viene de la historia de Tice, un esclavo fugado de Kentucky. Mientras intentaba cruzar a nado el río Ohio para llegar a los estados abolicionistas, su dueño le perseguía en barca. Al llegar a la orilla, la familia Rankin, que colaboraba con la red clandestina, dio cobijo al esclavo y le proporcionó una vía de escape a Canadá. De este modo, cuando el esclavista llegó también a la orilla, no encontró a Tice por ninguna parte y dijo que era como si hubiera desaparecido en alguna especie de ferrocarril subterráneo. Este movimiento por la libertad recibió también el sobrenombre de «tren gospel» a partir de una canción de la liturgia afroamericana. No en vano, las canciones se convirtieron en un código que usaban los abolicionistas para comunicarse con los fugitivos y guiarlos a lugares seguros. En *The Good Lord Bird*, el protagonista entra en contacto con los métodos del ferrocarril subterráneo cuando habla con el cochero en el capítulo veintidós y este le pregunta qué canción canta, a lo que Henry responde, desde su ignorancia, que solo conoce canciones sureñas de corte confederado (*I only know them Dixie songs like 'Old Coon Callaway Come On Home'*, p. 309). Ante esta respuesta de carácter cómico por lo inapropiada que resulta, el cochero intenta guiar a Henry y le menciona la canción *We Can Break Bread Together*, también característica de las prácticas religiosas afroamericanas. Finalmente se da por vencido y le pregunta abiertamente si está con el ferrocarril subterráneo o no (*Is you in the underground or not?*, p. 313). Un último elemento que aparece en la novela en relación con esta red clandestina es el mantón de Harriet Tubman, que Becky reconoce inmediatamente como una de las pertenencias de esta activista (p. 325). Tobin y Dobard (*ibid.*) también explican que los miembros del ferrocarril subterráneo utilizaban patrones visuales para comunicarse, en particular bordados en colchas y prendas de vestir, como es el caso del perro cosido en el mantón que Becky vincula a Harriet Tubman.

El léxico propio de la esclavitud está, como no podría ser de otro modo, presente en la novela, en particular en la tercera parte, cuando Henry viaja a Virginia con Cook para espiar el terreno que John Brown pretende atacar y para alborotar a los negros (*hive the Negroes*, p. 300), en el sentido de congregarlos y preparar la insurrección de afroamericanos que Brown intenta conseguir como parte de su cruzada abolicionista. Antes de partir al Sur, el protagonista piensa en abandonar la banda de los Rifles y

cruzar la frontera de la libertad¹¹ (*the freedom line of Philadelphia*, p. 301), para escapar tanto de John Brown como de los esclavistas (*Pro Slavers, ibid.*) que les siguen la pista. Cuando Henry habla con los afroamericanos de Harpers Ferry, como por ejemplo el cochero y Becky, es testigo del lenguaje de la esclavitud y su narración recoge términos que se refieren a la condición de ser el esclavo de un amo (*bondage*, p. 307) y al capataz que vigila a los esclavos de una plantación (*overseer*, p. 308). Antes de reconocer el mantón de Harriet Tubman y de confiar en el protagonista, Becky dice que no descarta que Henry sea un ladrón de esclavos de Nueva Orleans (*slave stealer from New Orleans*, p. 325), aludiendo así a una práctica extendida durante la primera mitad del siglo XIX que consistía en secuestrar a afroamericanos libres del Norte y llevarlos en barcos de contrabando hasta las subastas de Nueva Orleans, donde los vendían (Rodríguez, 2007: 456), tal y como sucedió a Solomon Northup, el protagonista de *Doce años de esclavitud*. Becky advierte a Henry «Cebolla» Shackleford de la presencia de las patrullas que buscan esclavos fugados en Harpers Ferry (*slave patrollers*, p. 316). Se trataba de grupos de cazadores de esclavos que vigilaban las carreteras, los campos y los terrenos cercanos a las plantaciones de los vecinos como respuesta al aumento de la población afroamericana y al creciente temor de los blancos de que los esclavos se rebelaran y se levantaran en armas, siguiendo el ejemplo de Nat Turner. Perseguían e interrogaban a los esclavos, ahuyentaban a quienes se reunían de manera ilegal y actuaban a nivel local en los estados esclavistas antes de la Guerra Civil. Tras este conflicto bélico, Rodríguez apunta que el Ku Klux Klan heredó sus métodos de violencia e intimidación (2007: 410).

Por último, las distinciones raciales no se limitan a separar a los blancos de los esclavos negros, sino que hay una serie de matices que se deben tener en cuenta en la traducción. En la primera línea de la novela, Cebolla asegura que nació y fue un hombre de color. Poco después, describe a su padre como un negro de pura raza (*full-blooded Negro*, p. 8), es decir, que era hijo de padres afroamericanos; mientras que al hablar de su difunta madre la califica de *high-yaller* (*ibid.*). Este término no tiene un equivalente cultural en castellano, pues hace referencia al tono de la piel de su progenitora, demasiado claro para ser negro y a la vez demasiado oscuro para que se la considere blanca. De este modo, se ha recurrido a una expansión y se ha traducido que la madre del protagonista era «de piel clara, pa ser negra». Al final del primer capítulo puede leerse otra referencia racial complicada cuando John Brown llama *octoroon* a Henry (p. 19). Según Rodríguez (2007: 407), este término denomina a los individuos mestizos que

¹¹ Henry se refiere así a la línea Mason-Dixon, que se estableció a finales del siglo XVIII como frontera geográfica entre los estados libres del Norte y los esclavistas del Sur.

tienen un octavo de herencia afroamericana, a quienes tampoco se les podía considerar blancos como tal. De nuevo se presenta una laguna léxica a la hora de traducir esta denominación al español, por lo que se ha optado por domesticarla como «mulata», un adjetivo que, si bien se refiere estrictamente a una persona con un padre negro y otro blanco, puede encajar con el modo en que John Brown percibe a Henry como un mestizo.

5.3. El humor

El lenguaje de las narraciones de esclavos expresa las cicatrices que los horrores de la esclavitud han dejado en la memoria de los protagonistas, pero en las descripciones precisas y la narración en primera persona también hay lugar para la ironía, la sátira e incluso la parodia (Butterfield, 1972: 72-78). El humor es uno de los recursos frecuentes del género y suele expresarse mediante la caricatura de algunos personajes y situaciones, o sutilezas y dobles sentidos con los que juega el narrador, rasgos que se pueden apreciar en *The Good Lord Bird*, en particular en el tono jocoso que mantiene Henry y en los comentarios irónicos que hace según recuerda sus aventuras pasadas con la banda de John Brown.

Respecto a la traducción del humor, Landers remarca la relevancia de mantener el tono del texto fuente (1999: 67-71), que puede ayudar al traductor a tratar con los juegos de palabras, las alusiones indirectas, los errores gramaticales con efectos cómicos e incluso los registros del habla. Si bien enfatiza la capacidad del tono para trasladar el efecto cómico del texto a la lengua de llegada, este autor reconoce la dificultad de traducir los juegos de palabras, las aliteraciones, los *malapropismos* y las hipercorrecciones, y conseguir que produzcan un efecto cómico similar al que tenían en el texto fuente. Aunque buena parte de los juegos de palabras serán intraducibles, Landers cree en la posibilidad de reproducir su efecto siempre que se mantenga el tono y se compense un calambur con otro que el traductor añada, aunque no necesariamente en el mismo lugar del texto (1999: 109-110).

Asimismo, Zabalbeascoa se plantea la posibilidad de traducir el humor, y con este fin apunta que antes hay que estudiar cuál es su propósito en el texto fuente (2005: 185-207). Subraya la importancia del tono, igual que Landers, y propone clasificar las bromas y los elementos cómicos para poder aplicar estrategias traductoras más eficientes. De este modo, distingue entre bromas sin restricciones, que se pueden trasladar de la lengua fuente a la de llegada sin necesidad de adaptarlas o sustituirlas por otras; y aquellas que sí requieren algún tipo de adaptación porque dependen de las características de los lectores, es decir, de su conocimiento del mundo, de lo

familiarizados que estén con un determinado tema o de su pertenencia a un grupo social o étnico concreto. Este autor advierte de la tendencia de los traductores a ser más explícitos que el original con los elementos cómicos y recalca la dificultad de traducir los juegos de palabras, en especial los que tienen que ver con el humor metalingüístico: acertijos, acrósticos, rimas, anagramas y aliteraciones. Como solución traductora, propone analizar los efectos del humor en el texto de partida y recurrir a la compensación para reproducirlos en la traducción.

En *The Good Lord Bird* se pueden encontrar bromas sin restricciones que se basan en las observaciones de Henry y su actitud jocosa. Para traducirlas al español y que no se pierda el tono del protagonista, en algunos casos se ha recurrido a una traducción literal que respeta el carácter irreverente de la hipérbole original, como cuando Cebolla describe a John Brown y dice «Tenía tantas arrugas en la cara entre la boca y los ojos que, si las juntabas, te daban p'hacer un canal» (*His face had so many lines and wrinkles running between his mouth and eyes that if you bundled 'em up, you could make 'em a canal*, p. 11). En los siguientes ejemplos también se han respetado las bromas del texto inglés con pequeñas variaciones para mantener el tono y compensarlo en español: «Tenía el cerebro espeso. Vamos, qu'a su bollo le faltaba el relleno» (*His brains was muddy. His cheese had prett much slid off his biscuit*, p. 32), «Es tan fea que podría parar un reloj del susto» (*That woman's face could stop a clock*, p. 316), y «S'acordaba de lo que l'había contaó sobre el cochero lo mismo qu'un pero recuerda cuándo es su cumpleaños» (*He didn't no more remember what I told him 'bout the Coachman than a dog would remember his birthday*, p. 318).

En otros casos en los que el narrador comenta con gracia las impresiones que le produjeron ciertas situaciones, se ha optado por sustituir las frases hechas del texto fuente por expresiones idiomáticas de la lengua de llegada que tienen unas connotaciones similares, como se puede ver en los siguientes ejemplos: «Se dio cuenta de qu'había gato encerrao» (*He smelled a rat*, p. 14); «había perdido los nervios» (*I had lost my water*, p. 20); «y los dos m'habían salío rana» (*and neither of them worked out to the dot*, p. 306); «Sería como meterse en la boca del lobo» (*He'd be putting his head right in the lion's mouth*, p. 317); y «más muerto que vivo» (*deader tan yesterday's dinner*, p. 334). En el caso particular de los improperios del ferroviario en el capítulo veinticuatro, se ha recurrido a la compensación para adaptar los insultos con los que este personaje desprecia el coraje de los activistas abolicionistas del Norte, al que tacha, literalmente, de ser tan pequeño que ni siquiera llena un dedal. Para mantener esta comparación despectiva se ha cambiado el valor por el sentido figurado de «tener agallas», de modo que el personaje puede compararlas con las de un pez de poco tamaño, caso de una anchoa, como se puede leer a continuación: «¡Esos negros estiraos

de pecho henchío! ¡Hasta una maldita anchoa tiene más agallas que tos juntos!» (*Them uppity, long breathed niggers ain't got enough sand in the lot of 'em to fill a God-damned thimble!*, p. 333).

Los casos de las aliteraciones y la confusión que generan algunas palabras que se pronuncian de forma similar han supuesto una dificultad añadida para la traducción. En estos casos se han seguido las recomendaciones de Landers y de Zabalbeascoa y se ha mantenido el tono del protagonista a la vez que se ha intentado compensar el juego cómico del original reformulando la confusión en español. Así sucede durante el diálogo absurdo que mantienen John Brown y el padre del protagonista después del tiroteo en la taberna de Henry, el Holandés, cuando el esclavo pide ayuda a Dios, acción que el abolicionista interpreta como una señal de que el afroamericano se ha dado cuenta de la rectitud de su cruzada, a la que quiere unirse (p. 19):

El Viejo lo interpretó como si s'estuviera ofreciendo voluntario, porque papa había dicho: «Ay, Señor», y él fue y contestó: «Sí, es obra del Señor». Creo que fue como si llegasen a un acuerdo. Le dio una palmadita en l'espalda a papa, bien satisfecho.

This the Old Man took to be some kind of volunteering, for Pa had said "Lawd" and he'd said "Lord," which I reckon was agreement enough. He clapped Pa on the back, pleased as punch.

Igualmente, se ha compensado la confusión que da lugar a que John Brown crea que Cebolla es una niña llamada Henrietta y que se da cuando el padre del protagonista intenta decir justo lo contrario, que no es una chica. En español, el esclavo tartamudea y duda al hablar, lo cual encaja con lo impactado que ha quedado tras el tiroteo que acaba de presenciar. De esta forma, la adición de dos sílabas puede justificar que John Brown no oiga bien y confunda el nombre (y el género) del narrador (p. 20):

Veréis, en realidá me llamo Henry Shackelford, pero el Viejo oyó que mi padre decía «Henry... eh... ahm...», y se creyó que decía «Henrietta»; así funcionaba la mente del Viejo. En lo que creía, se lo creía del to; no l'importaba si era cierto o no, sencillamente cambiaba la realidá según le convenía. Era un hombre blanco de verdá.

See, my true name is Henry Shackelford. But the Old Man heard Pa say "Henry ain't a," and took it to be "Henrietta," which is how the Old Man's mind worked. Whatever he believed, he believed. It didn't matter to him whether it was really true or not. He just changed the truth till it fit him. He was a real white man.

5.4. La religión

Tradicionalmente, las primeras narrativas de esclavos se apropiaban del lenguaje bíblico, con el que apelaban a los valores cristianos de los lectores del siglo XIX (Connor, 1996: 45). Esta técnica no es tan evidente en la tercera novela de McBride, que además se inscribe en la categoría de las nuevas narraciones de esclavos, como se ha mencionado antes. Sin embargo, el personaje de John Brown era conocido por su profunda religiosidad y por las referencias a la Biblia que incluía en sus discursos abolicionistas, hasta el punto de que alteraba los pasajes que citaba para adaptarlos a las necesidades de su cruzada antiesclavista (Rodríguez, 2007: 205). En su relato, Henry recoge estas alusiones manipuladas, de forma que el traductor se enfrenta a un caso de intertextualidad ya no solo en lo referente a las narraciones de esclavos que se han abordado en el apartado 5.2., sino a la Biblia.

Hurtado Albir define la intertextualidad como la «dependencia de un texto respecto a otro; condición necesaria para la inteligibilidad de los textos» (2001: 638). Las referencias intertextuales pueden ser directas, cuando se cita de forma explícita la obra a la que se alude, o indirectas, igual que sucede en *The Good Lord Bird* cuando se menciona a la tía Polly sin precisar más, de modo que depende de los lectores establecer la conexión con el personaje de la novela *The Autobiography of a Female Slave*.

En el caso de las citas directas de la Biblia, primero se ha consultado la *Biblia del rey Jacobo I (King James Bible)*, que surgió de un encargo de traducción de este monarca en 1611 y llegó a convertirse en la versión canónica de las Escrituras en inglés, la que más impacto ha tenido en el desarrollo de la lengua y su literatura, hasta el punto de que su lenguaje se ha asimilado en numerosas expresiones idiomáticas y proverbios del habla cotidiana (Crystal, 2010: 1-8). Una vez localizado el pasaje en esta versión de la Biblia, se ha comparado con el fragmento que cita John Brown para ver qué cambios hace. Después, se ha buscado este pasaje en la traducción al castellano de la *Biblia de Jerusalén*, se han compensado las alteraciones de Brown y se ha incorporado al texto traducido. Por ejemplo, cuando el cruzado abolicionista conoce al padre de Henry, recita varios versículos de la Biblia: el primero de ellos, el cual versa *Whosoever stoppeth his ear at the cry of the Lord, he also shall cry himself* (p. 12), una cita alterada de Proverbios 21: 13¹², se ha traspasado de la siguiente manera: «El que cierra su oído al clamor del Señor, también clamará y no se le responderá». Idéntica estrategia es la adoptada en el caso de la cita de Jeremías 1: 9¹³, que John Brown altera para justificar su violenta cruzada abolicionista, al decir *The Lord puts forth his hand and touches all*

¹² Whoso stoppeth his ears at the cry of the poor, he also shall cry himself, but shall not be heard.

¹³ Then the Lord put forth his hand, and touched my mouth.

evil and kills it (p. 12), y que se ha vertido así: «Y el Señor extiende su mano, toca todo mal y lo mata». No obstante, el primer capítulo termina con una cita literal de Joel 1: 4¹⁴, que se ha tomado de la mencionada *Biblia de Jerusalén* traducida al español: «Lo que dejó la oruga, lo devoró la langosta. Lo que dejó la langosta, lo devoró el pulgón. Lo que dejó el pulgón, lo devoró el saltamontes».

Al final del primer capítulo, John Brown cita de forma indirecta el texto sagrado cuando califica la situación a la que se enfrenta como *a ram in the bush* (p. 20). Se trata de una alusión al Génesis 22: 13¹⁵, cuando Abraham se dispone a sacrificar a su hijo y se encuentra un carnero atrapado en un arbusto, una señal inesperada que le ha enviado Dios para que reemplace a Isaac en el ritual. Esta alusión intertextual se ha mantenido en la traducción, si bien se ha explicitado con una breve expansión final: «Tenemos a un carnero trabado por los cuernos a un matorral, como Abraham».

El caso del padre del protagonista contrasta con las citas bíblicas de John Brown, pues el esclavo asegura saberse la Biblia de memoria (cuando en realidad ni siquiera sabe leer) y recurre a un *malapropismo* para hablar del libro de Ezequiel, a quien llama *Hezekial* (p. 9), e incluso atribuye un libro bíblico al capitán Ahab, célebre personaje de la novela *Moby-Dick*¹⁶, de Herman Melville. La primera confusión se ha adaptado y compensado con «el libro d'Ezequías», mientras que la alusión a *Moby-Dick* no se ha alterado.

La compensación ha sido útil a la hora de mantener el impropio *God dammit*, que molesta especialmente a John Brown, quien no tolera que se pronuncie el nombre de su Señor en vano. Mientras que la intervención original del Holandés que tanto molesta al Capitán decía *Cut the jitter and tell me your name, God dammit!* (p. 17), la propuesta de traducción cambia de lugar la blasfemia para, así, compensar el efecto que evoca en Brown: «¡Dios, ya vale de tonterías! ¡Dime cómo te llamas, me cago en todo!». En contraste con las groserías de su dueño, Cebolla es más cauto con las blasfemias y, para referirse a Jesucristo, se sirve de epítetos y fórmulas que se pueden adaptar con sencillez en la traducción al español, como por ejemplo «El Redentor Que Derramó Su Sangre por Nostros» (*The Redeemer Who Spilt His Blood*, p. 9) y el «Rey de Sion» (*King of Zion*, p. 19).

¹⁴ That which the palmerworm hath left, hath the locust eaten. And that which the locust hath left, hath the cankerworm eaten. And that which the cankerworm hath left, hath the caterpillar eaten.

¹⁵ And Abraham lifted up his eyes, and looked, and behold behind him a ram caught in a thicket by his horns: and Abraham went and took the ram, and offered him up for a burnt offering in the stead of his son.

¹⁶ Es posible que el padre del protagonista hubiera escuchado la trama de la novela, pues la historia acerca de la caza de la ballena blanca se publicó en 1851, mientras que el comienzo de *The Good Lord Bird* está ambientado en 1856, según precisa Henry (p. 10).

5.5. El título

La traducción del título de la novela objeto de este trabajo busca ser funcional y, al mismo tiempo, mantener unas connotaciones equivalentes a las que presenta en la lengua fuente. Si bien, en un primer momento, los lectores pudieran esperar un título como «El pájaro del buen Dios», este peca de resultar un tanto artificial en la lengua meta y, a la vez, no es demasiado llamativo.

La justificación del porqué de este título se encuentra al final del segundo capítulo de la novela (pp. 32-33), cuando Fred, uno de los hijos de John Brown, acompaña a Henry por el bosque y le muestra un pequeño pájaro carpintero al que se conoce popularmente como *the Good Lord Bird*, debido a que es tan bello que, cuando alguien lo ve, exclama *Good Lord!* de puro asombro. La traducción de esta expresión sería «¡Buen Señor!», mas no resulta idiomática en castellano, ni mucho menos denota sorpresa. Así, se ha escogido la interjección «¡Señor!» como equivalente cultural a la expresión en inglés, por lo que el título completo sería «El pájaro del Señor», que conserva la carga religiosa del original y la asociación con este pájaro carpintero.

Además, en la historia el animal se convierte en todo un símbolo de esperanza, tanto para la cruzada abolicionista como para el protagonista. John Brown lo identifica con Henry, a quien considera su amuleto de la buena suerte. Hasta llama «pájaro del Señor» al protagonista en varios episodios claves de la trama; por ejemplo, cuando manda a sus espías de avanzadilla a Harpers Ferry o en su último encuentro con Cebolla, la noche antes ser ajusticiado por el acto de traición que ha supuesto su asalto a la armería federal: «Pues eres responsable, además de nuestro pájaro del Señor» (*For you is dutiful and our Good Lord Bird besides*, p. 303).

6. Traducción al español de *The Good Lord Bird*

En las siguientes páginas se presenta la propuesta de traducción al español de la novela de McBride, una vez se han considerado los aspectos teóricos expuestos en las secciones precedentes. Los fragmentos seleccionados corresponden al primer capítulo de la novela, en el que los lectores entran en contacto con el dialecto y el tono del narrador, la pequeña taberna de Kansas en la que vive y con John Brown. Después se ha incluido el final del segundo capítulo, en el que se explica qué significa el título de la novela. Por último, se han traducido los capítulos veintidós, veintitrés y veinticuatro, en los que el protagonista viaja al Sur de Estados Unidos y, mientras prepara el asalto de John Brown a Harpers Ferry, entra en contacto con otros personajes afroamericanos, por lo que las alusiones a la institución de la esclavitud y la presencia del dialecto son notables en estos pasajes.

Capítulo 1: Conoced al Señor

Nací y fui un hombre de color, no lo olvidéis, pero viví como una mujer de color durante diecisiete años.

Mi papa era un negro de pura raza de Osawatomie, en el territorio de Kansas, al norte de Fort Scott y cerca de Lawrence. Papa era barbero de profesión, aunque su trabajo nunca le dejó del to satisfecho. Pa él, lo principal era predicar los Evangelios. Papa no tenía una iglesia al uso, d'esas que no permiten na salvo el bingo los miércoles por la noche y que las mujeres se sienten por ahí a hacer recortables de muñecas. Salvaba las almas d'una en una mientras cortaba el pelo en la taberna de Henry, el Holandés, qu'estaba metía en una encrucijá en la ruta de California, que discurre paralela al río Kaw, al sur del territorio de Kansas.

Papa predicaba pa, en su mayoría, la chusma, los faroleros, los negreros y los borrachos que venían por la ruta de Kansas. No era un hombre de gran tamaño, pero se vestía como si lo fuera. Le gustaba llevar chistera, los pantalones arremangaos en los tobillos, camisas de cuello alto y botas de tacón. Casi toa su ropa era basura qu'encontraba, o cosas que robaba a los blancos qu'habían muerto en la pradera d'una hinchazón o que se los habían cargao en cualquier trifulca. Su camisa tenía agujeros de bala del tamaño d'una monea de veinticinco centavos, su sombrero era dos tallas más pequeño y sus pantalones estaban hechos de dos perneras de distinto color qu'había cosío por el medio, por la parte donde se junta el culo. Tenía el pelo tan enredao y fosco que se podían encender cerillas en él. La mayoría de las mujeres ni se l'acercaba, mi madre incluía; ella cerró los ojos pa siempre al darme a mí la vida. Se decía qu'era una mujer amable y de piel clara, pa ser negra.

—Tu madre era l'única mujer del mundo lo bastante hombre pa escuchar mis santos pensamientos —alardeaba Papa—, pues soy un hombre de muchas cualidades.

Cualesquiera que fueran esas cualidades, no formaban un to mu grande, pues vestío de punta en blanco con toa su ropa, incluso con las botas y la chistera de casi diez centímetros, papa no llegaba al metro y medio d'altura, y parte de su estatura no era más qu'aire.

Pero lo que le faltaba d'altura, papa lo compensaba con la voz. Mi papa podía gritar más que cualquier blanco que jamás haya caminao por la verde tierra de Dios, sin ninguna exceción. Tenía una voz aguda y fina. Cuando hablaba, sonaba como si tuviera un arpa de boca metía en la garganta, pues hablaba con estallíos y explosiones, así que conversar con él era un auténtico dos por uno: te limpiaba la cara y te la lavaba con sus escupitajos al mismo tiempo; o más bien un tres por uno, si tenías en cuenta su aliento. Le olía a vísceras de cerdo y a serrín, ya qu'había trabajao en un matadero durante muchos años, así que, en general, la mayoría de la gente de color l'evitaba.

Pero a los blancos sí les gustaba bastante. Muchas noches, vi a mi papa hincharse a beber zumo de l'alegría y luego saltar encima de la barra de la taberna de Henry, el Holandés, pegando tijeretazos y gritando entre el humo y la ginebra:

—¡Que viene el Señor! ¡Ya viene a sacaros los dientes y a arrancaros el pelo!

Luego se tiraba encima d'una multitud de la peor escoria, la de los rebeldes de Misuri más borrachuzos que jamás hayáis visto. La mayoría le golpeaba hasta tumbarle en el suelo y sacarle los dientes a patás, pero a esos tipos blancos les daba igual que mi papa se les echase encima en el nombre del Espíritu Santo o que viniera un torneo y le mandase volando d'un lao a otro de la taberna; en aquellos tiempos el Espíritu del Redentor Que Derramó Su Sangre por Nosotros era un asunto serio en la pradera, y a los típicos pioneros blancos no les era ajeno el conceto de la esperanza. Casi tos lo tenían bien reciente al haber venío al oeste con una idea que no había salío como s'esperaban, así que daban la bienvenida a cualquier cambio que les ayudara a levantarse de la cama pa matar indios y no morirse por culpa de las fiebres o de las serpientes de cascabel. También ayudaba que papa hacía el mejor aguardiente del territorio de Kansas (a pesar de qu'era predicador, a papa no le molestaba tomar un trago, o tres) y, aunque parezca mentira, los mismos pistoleros que l'arrancaban el pelo a tirones y le daban una buena tunda solían levantarlo después y decir: «Vamos a beber»; y tos juntos se marchaban a aullar a la luna mientras bebían el licor de la felicidad de papa. Se sentía orgulloso de su amistad con la raza blanca; l'había aprendío de la Biblia, o eso decía.

—Hijo —solía decir—, acuérdate siempre del libro d'Ezequías, capítulo doce, versículo diecisiete: «Capitán Ahab, cede tu vaso a tu sediento vecino y déjalo beber hasta que se harte».

Cuando me di cuenta de que no había ningún libro d'Ezequías en la Biblia, ya era adulto, y tampoco había ningún Capitán Ahab. En realidad, papa no sabía leer ni una palabra y solo recitaba los pasajes de la Biblia que les había escuchao a los blancos.

Ahora bien, es verdá que en el pueblo había quienes querían ahorcar a mi papa por haberse visto poseío por el Espíritu Santo y haberse arrojao a la muchedumbre de pioneros qu'iban al oeste y se detenían a por provisiones en la taberna de Henry, el Holandés. Eran especuladores, tramperos, niños, mercaderes, mormones e, incluso, mujeres blancas. Estos pobres colonos ya tenían bastante con preocuparse de las serpientes de cascabel que salían del entarimao, de los rifles que se disparaban a la mínima y de construir chimeneas al revés, de manera que terminaban asfixiándose y muriéndose; como pa tener que preocuparse por un negro que se les tiraba encima en el nombre del Gran Redentor Coronao. D'hecho, cuando yo tenía diez años, en 1856, en el pueblo ya s'hablaba abiertamente de volarle la tapa de los sesos a mi papa.

Creo que se l'habrían volao de no haber recibío una visita en primavera que les ahorró el trabajo.

La taberna de Henry, el Holandés, estaba mu cerca de la frontera con Misuri y era una especie d'oficina de correos, juzgaos, lugar de chismorreos y licorería pa los rebeldes de Misuri que cruzaban la frontera de Kansas pa venir a beber, jugar a las cartas, contar mentiras, ir de putas, aullar a la luna y quejarse de cómo los negros s'estaban haciendo con el mundo mientras los yanquis s'encargaban de tirar por la letrina los derechos constitucionales de los blancos. Yo no prestaba atención a estas charlas porque mi trabajo, por aquel entonces, consistía en sacar brillo a los zapatos mientras mi papa cortaba el pelo, y m'echaba al gaznate tol pan de maíz y la cerveza que podía. Pero, al llegar la primavera, en la taberna del Holandés no s'hablaba d'otra cosa que de cierto canalla blanco y asesino conocío como el Viejo John Brown, un yanqui del este qu'había venío al territorio de Kansas a causar problemas con la banda de sus hijos, los llamaos Rifles de Pottawatomie. Según lo que contaban, el Viejo John Brown y sus hijos asesinos pensaban matar a tolos hombres, mujeres y niños de la pradera. El Viejo John Brown robaba caballos, quemaba granjas, violaba mujeres y rebanaba cabezas. Que si el Viejo John Brown esto y el Viejo John Brown l'otro y, vaya por Dios, pa cuando terminaron con él, tenía pinta de ser el hijo de puta asesino más infame y retorció que jamás hayáis visto, así que decidí que si algún día me topaba con él, vaya que si me lo cargaba yo mismo, solo por lo qu' había hecho o por lo qu'iba a hacer a los blancos buenos que yo conocía.

Bueno, no mucho después de que tomara esta decisión, un viejo irlandés entró tambaleándose en la taberna de Henry, el Holandés, y se sentó en el sillón de barbero de mi papa. No tenía na d'especial, porque en aquellos tiempos había cientos de holgazanes a la caza d'oportunidades, deambulando por el territorio de Kansas en busca d'alguien que les llevara al oeste o d'un trabajito robando ganado. Este trotamundos no tenía na d'especial. Era un tipo encorvao qu'estaba en los huesos, recién salió de la pradera; olía a boñiga de búfalo, tenía un tic en la mandíbula y la barbilla llena de pelos retorció. Tenía tantas arrugas en la cara entre la boca y los ojos que, si las juntabas, te daban p'hacer un canal. Fruncía los labios finos de forma permanente y parecía que los ratones l'habían roío por toas partes el abrigo, el chaleco, los pantalones y la corbata de cordón. Tenía las botas destrozás y se le salían los deos de los pies por la puntera. En conjunto tenía un aspecto lamentable, incluso pa lo que se veía en la pradera; pero era blanco, así que cuando se sentó en el sillón de papa pa que le cortasen el pelo y l'afeitaran, papa le puso una capa y empezó a trabajar. Como era habitual, papa trabajaba por arriba y yo por abajo. Me dediqué a sacarles brillo a las botas, aunque en este caso había más deos que cuero.

Después d'unos instantes, el irlandés echó un vistazo alrededor y, al ver que no había nadie demasiao cerca, le dijo a papa con voz queda:

—¿Es usted hombre de Biblia?

Bueno, papa estaba loco por to lo relacionao con Dios, así que s'animó bastante.

—Pues claro que sí, jefe —dijo—. Me conozco to tipo de pasajes de la Biblia.

El vejete sonrió, pero no puedo decir que de verdá, pues su rostro severo era incapaz de sonreír; pero como que se l'ensancharon los labios. L'agradó la sola mención del Señor, y con razón. Dependía de la misericordia del Señor en aquel momento y lugar, pues se trataba del asesino, del mismísimo Viejo John Brown; el azote de Kansas estaba sentao justo allí, en la taberna del Holandés. Se ofrecía una recompensa de mil quinientos dólares por su cabeza y la mitá de la poblacion del territorio de Kansas tenía intención de llenarle de plomo.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Dígame, ¿cuáles son sus libros favoritos de la Biblia?

—¡Ah! Me gustan tos —contestó papa—, pero los que más me gustan son los d'Ezequías, Ahab, Trotter y del Sumo Pontífice.

El Viejo frunció el ceño.

—No recuerdo haberlos leído, y eso que he leído la Biblia de cabo a rabo.

—No me los sé con esatitú —dijo papa—, pero m'encantaría oír cualquier pasaje que se sepa, forastero, si tuviera l'amabilidad de compartirlos conmigo.

—Por supuesto, hermano, nada me haría más feliz —continuó el forastero—. Aquí va uno: «El que cierra su oído al clamor del Señor, también clamará y no se le responderá».

—¡Cielo santo! ¡Ese sí qu'es bueno! —dijo papa, según daba saltos y entrechocaba las botas—. ¡Dígame otro!

—«Y el Señor extiende su mano, toca todo mal y lo mata».

—¡Ese último m'ha llegao al alma! —Papa pegaba saltos y daba palmas—. ¡Deme más!

El vejete ya no paraba.

—«Pon un cristiano en presencia del pecado y se le tirará a la garganta».

—¡Vamos, forastero!

—¡Liberad al esclavo de la tiranía del pecado! —casi gritó el vejete.

—¡Eso sí qu'es predicar!

—¡Y esparcid a los pecadores como si fueran grano para que el esclavo sea libre para siempre!

—¡Sí, señor!

Los dos estaban sentaos justo en tol medio de la taberna de Henry, el Holandés, mientras hablaban y, a menos de dos metros d'ellos, habría unas diez personas chismorreando. Algún mercader, mormón, indio o alguna ramera, hasta el mismísimo John Brown, podría haberse acercaao a mi papa pa susurrarle unas palabras que le salvarsen la vida, pues el tema de la esclavitú había traío la guerra al territorio de Kansas. Habían saqueao Lawrence, el gobernador había huío, ya no había ley alguna y los jinetes de Misuri echaban a patás en el culo a cualquier colono yanqui qu'estuviera entre Palmyra y Kansas City. Pero papa no sabía na de to esto, nunca s'había alejao más d'un kilómetro de la taberna del Holandés. Nadie dijo na y papa, como estaba loco por el Señor, daba saltitos y tijeretazos mientras se reía.

—¡Que viene el Espíritu Santo! ¡La sangre de Cristo! Sí, señor, ¡esparce ese grano! ¡A esparcirlo! ¡Me siento como si ya hubiera conocío al Señor!

A su alrededor, la taberna se quedó en silencio.

Justo entonces entró Henry, el Holandés.

Henry «el Holandés» Sherman era un tipo alemán bastante corpulento que medía más de seis palmos sin las botas puestas. Tenía las manos del tamaño d'un cuchillo carnicero, los labios del color de los chuletones y una voz atronadora. Era mi dueño, el de papa, de mi tía y mi tío y de varias mujeres indias que tenía pa su disfrute. El viejo Holandés también s'habría podío comprar un blanco d'esclavo si hubiera estao permitío. Papa fue su primer esclavo, así que tenía algunos privilegios: iba y venía a su voluntá. Pero siempre, a mediodía, el Holandés venía a recoger su dinero, que papa guardaba religiosamente en una caja de puros detrás de la silla de barbero y, por cosas del azar, era mediodía.

El Holandés entró, fue a por la caja detrás de la silla de barbero, se llevó su dinero y estaba a punto de darse la vuelta cuando echó un vistazo al viejo sentao en la silla de papa y vio algo que no le gustó.

—Tiene un aspecto familiar —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Shubel Morgan —respondió el Viejo.

—¿Y qué hace por aquí?

—Busco trabajo.

El Holandés se detuvo un momento y clavó la mirada en el Viejo. Se dio cuenta de qu'había gato encerrao.

—En la parte de atrás tengo madera que hay que cortar —dijo—. Le daré cincuenta centavos por cortar madera a media jornada.

—No, gracias —contestó el Viejo.

—Setenta y cinco centavos.

—Que no.

—¿Un dólar, entonces? —preguntó el Holandés—. Un dólar es mucho dinero.

—No puedo —gruñó el Viejo—, estoy esperando a que el barco de vapor baje por el río Kaw.

—El barco de vapor no viene hasta dentro de dos semanas —replicó el Holandés.

El Viejo frunció el ceño.

—Si no le importa, estoy aquí sentado, compartiendo la Palabra de Dios con un hermano cristiano —dijo—, así que por qué no se ocupa de sus asuntos, amigo, y tala usted mismo su propia madera, a menos que quiera parecer un puerco gordo y perezoso a los ojos del Señor.

En aquellos tiempos, el Holandés llevaba un revólver pimentero encima, una pistolita. Tenía cuatro cañones y, a bocajarro, te dejaba bien apañado. En vez d'en una pistolera, la llevaba en el bolsillo de delante pa poder sacarla rápido; justo en el bolsillo delantero. Metió allí la mano y desenfundó. Sostuvo la pistola, con los cuatro cañones apuntando al suelo mientras hablaba con ese Viejo arrugao, ahora con un arma en la mano.

—Solo un yanqui cobarde y perverso hablaría así —dijo.

Se levantaron varios hombres y se fueron, pero el Viejo se quedó allí sentao, bien calmao y sereno.

—Me está insultando —le dijo al Holandés.

Aquí debería aclarar que yo iba con el Holandés. No era un mal tipo; d'hecho, cuidaba bien de mí, de papa, de mi tía y mi tío y de las varias mujeres piel roja qu'usaba pa pasárselo en grande. Tenía dos hermanos pequeños, William y Drury, y los mantenía, además de qu'enviaba dinero a su mama en Alemania y daba ropa y comía a tolas indias y las rameras de to tipo que su hermano William se traía del arroyo Mosquito y alrededores, lo qu'era extraordinario, pues William no valía una mierda y s'hacía amigo de tol mundo del territorio de Kansas, excepto de su propia mujer y de sus hijos. Y eso por no mencionar qu'el Holandés tenía un establo, varias vacas y pollos, dos mulas, dos caballos, un matadero y una taberna. Estaba mu ocupao y no dormía más que dos o tres horas por la noche. D'hecho, al volver la vista atrás, Henry, el Holandés, era una especie d'esclavo.

Dio un paso atrás, con el pimentero toavía apuntando al suelo, y dijo:

—Bájate de la silla.

La silla de barbero estaba sobre una tarima de madera. El Viejo se bajó despacio y el Holandés se volvió al camarero y le dijo: «Dame una Biblia». Así hizo el camarero, y luego mi amo se dirigió al Viejo con la Biblia en una mano y el pimentero en la otra.

—Voy a hacer que jures sobre esta Biblia que estás a favor de la esclavitud y de la Constitución de los Estados Unidos —dijo—. Si lo juras, vejestorio, te puedes ir de

aquí sin que pase nada; pero si eres un embustero de panza azul en contra de la esclavitud, te voy a atizar en la cabeza con esta pistola tan fuerte que se te va a salir el cerebro por las orejas. Pon la mano aquí.

Yo iba a descubrir más sobre el Viejo John Brown durante los próximos años, porque hizo algunas cosas salvajes y horribles; pero lo único que no podía hacer era mentir, en especial cuando tenía la mano sobre la Biblia. Estaba en un aprieto; puso la mano sobre la Biblia y, por primera vez, le vi tenso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Holandés.

—Shubel Isaac.

—Creía que te llamabas Shubel Morgan.

—Isaac es mi segundo nombre —respondió.

—¿Cuántos nombres tienes?

—¿Cuántos me hacen falta?

La charla hizo que s'espabilase un viejo borracho llamao Dirk, qu'estaba dormío en la mesa d'una esquina cercana. Dirk s'incorporó, echó un vistazo a la sala y soltó:

—¡Vaya, Holandés! Si ese se parece al Viejo John Brown.

Al decir eso, los hermanos del Holandés, William y Drury, y un tipo joven llamao James Doyle (los tres morirían en otro momento), se levantaron d'una mesa cerca de la puerta y desenfundaron sus revólveres Colt, apuntaron al viejo y le rodearon.

—¿Eso es cierto?

—¿El qué es cierto? —dijo el Viejo.

—¿Eres el Viejo Brown?

—¿Acaso he dicho que lo fuera?

—Si no lo eres, ¿entonces quién eres? —El Holandés parecía aliviado.

—Soy el hijo de mi Creador.

—Eres demasiado viejo para ser un niño. ¿Eres el Viejo John Brown o no?

—Soy quien el Señor quiera que sea.

El Holandés tiró la Biblia al suelo, puso el pimentero en el cuello del Viejo y lo amartilló.

—¡Por Dios! ¡Basta de sandeces, estúpido de mierda! ¿Eres el Viejo John Brown o no?

Durante tolos años que le conocí, el Viejo John Brown nunca s'exaltó, ni siquiera en lo relacionao con la muerte (con la suya o con la del prójimo) a menos que sacasen el tema del Señor. Con ver qu'el Holandés tiró la Biblia al suelo y qu'usaba el nombre del Señor en vano, tuvo bastante; sencillamente, no podía soportarlo. Se le puso la cara rígida, y la siguiente vez qu'habló ya no hablaba como un irlandés, sino con su voz real, aguda, clara y firme como un alambre.

—Muérdase la lengua al mentar a nuestro Creador —dijo con templanza—. Por el poder de Su Santa Misericordia; me voy a ver obligado a redimirlos en Su Nombre, y luego esa pistola que tiene ahí no valdrá ni un centavo. El Señor se la quitará de la mano.

—¡Dios, ya vale de tonterías! ¡Dime cómo te llamas, me cago en todo!

—No vuelva a mencionar el nombre de Dios en vano.

—¡Mierda! Diré su puto nombre cuando me dé la puta gana. ¡Lo voy a gritar por el culo de un cerdo muerto y luego te lo voy a meter por la garganta, yanqui comemierda! ¡Sé que por dentro eres un puto negro!

El Viejo s'enfureció al oír esto y, antes de que nadie se diera cuenta, se quitó la capa y, debajo de su abrigo, apareció la culata d'un rifle Sharps. Se movió con la rapidez d'una serpiente de cascabel, pero el Holandés ya tenía los cañones de la pistola pegaos al cuello del viejo, y no tenía qu'hacer na más que dejar caer el percutor.

Y así hizo.

Pero esos pimenteros son revólveres complicaos, no se pue confiar en ellos como en un Colt o en uno de repetición. Son pistolas de restallones y tienen qu'estar secas, y de tol sudor y de tolas ordinarieces, las manazas del Holandés se debían d'haber mojado (es l'único que se m'ocurre), porque cuando apretó el gatillo y la pistola hizo «¡Pum!», falló. Un cañón explotó y reventó. El Holandés soltó la pistola y cayó al suelo, bramando como un ternero y con la mano casi arrancá de cuajo.

Los otros tres tipos qu'apuntaban al Viejo Brown con sus Colts habían dao un paso atrás pa que los sesos del Viejo no les salpicaran la cara, pues esperaban que se desparramasen por la taberna en cualquier momento, y ahora los tres s'habían quedao boquiabiertos y mirando el cañón humeante d'un rifle Sharps, que, con calma, el Viejo loco terminó de desenfundar del to.

—Le dije que el Señor se la iba a quitar de la mano, pues el Rey de Reyes acaba con todos los incordios.

Puso el Sharps en el cuello del Holandés y llevó el percutor hasta el final. Luego miró a los otros tres tipos y siguió hablando:

—Dejad las pistolas en el suelo o decidle adiós.

Así hicieron, y en este momento se dirigió a la taberna, con el rifle toavía en las manos, y gritó:

—Soy John Brown, el capitán de los Rifles de Pottawatomie. Traigo la bendición del Señor para liberar a todos los hombres de color de este territorio. A cualquiera que se me oponga le espera tragar metralla y pólvora.

Bueno, en aquella sala habría una media docena de trotamundos con revólveres y ninguno intentó desenfundar, pues el Viejo mantenía tola calma e iba en serio. Echó un vistazo a la taberna y habló con tranquilidad:

—Que salgan todos los negros de aquí, y los que estáis escondidos también. Ahora sois libres, ¡seguidme! No tengáis miedo, hijos.

Había varios hombres de color en la sala; algunos venían a hacer recaos y otros a acompañar a sus amos. La mayoría s’había escondió debajo de las mesas, temblaban de miedo y esperaban a qu’empezasen los disparos, y cuando el Viejo dijo estas palabras, vaya que si salieron y huyeron, tos y cada uno d’ellos. Por la puerta que se fueron. Apenas se les veía l’espalda mientras arrastraban el culo de vuelta a casa.

El Viejo los vio desperdigarse.

—El Señor aún no los ha salvado —masculló.

Pero toavía no había terminao con las liberaciones. Se giró hacia mi papa, que seguía allí plantao, temblando y diciendo: «Ay, Señor; ay, Señor...».

El Viejo lo interpretó como si s’estuviera ofreciendo voluntario, porque papa había dicho: «Ay, Señor», y él fue y contestó: «Sí, es obra del Señor». Creo que fue como si llegasen a un acuerdo. Le dio una palmadita en l’espalda a papa, bien satisfecho.

—Amigo mío, has elegido con sabiduría —dijo el Viejo—. Tú y tu desgraciada hija mulata, aquí presente, habéis sido bendecidos al aceptar los designios del Redentor de que viváis en libertad y sin pecado, y así no pasaréis el resto de vuestras vidas en este antro de maldad con estos pecadores salvajes. Ahora sois libres. Salid por la puerta de atrás mientras sigo apuntando a estos infieles. ¡Os guiaré hasta la libertad en nombre del Rey de Sion!

Mirad, no sé qué pasaría con papa, pero entre tanto hablar de reyes, d’infieles, de Siones y de to eso, y al verle agitar el rifle Sharps d’un lao a otro, d’alguna manera me llamó l’atención la parte de su discurso sobre una «hija». Es verdá que yo llevaba puesto un saco de patatas, como la mayoría de los niños de color por aquel entonces, y qu’encima varios niños del pueblo se reían de mi piel clara y de mi pelo rizado, aunque solía vengarme a puñetazos con los que podía; pero tos en la taberna del Holandés, hasta los indios, sabían que yo era un chico. A esa edá ni siquiera m’interesaban las chicas, pues m’había criado en una taberna en la que la mayoría de las mujeres fumaba puros, bebía aguardiente y apestaba de lo lindo, igual que los hombres. Pero incluso estas personas tan infames, que solían estar tan beodas que no distinguían un escarabajo gorgojo d’una bola d’algodón y que pensaban que los de color éramos tos iguales, sabían en qué me diferenciaba de las chicas. Abrí la boca pa corregir al Viejo, pero justo entonces parecía qu’un grito agudo inundaba l’habitación y que yo no podía gritar más

alto. Después d'unos instantes me di cuenta de que tos esos bramíos y lamentos salían de mi propia garganta. Debo confesar qu'había perdío los nervios.

Papa estaba aterrao. Se quedó allí plantao, temblando como las vainas del maíz.

—Amo, mi Henry... eh... ahm... no es...

—¡No tenemos tiempo para racionalizar tus pensamientos de deficiente mental! —soltó el Viejo, con el rifle toavía apuntando a la sala, y cortó a papa en seco—. Tenemos que irnos. Valiente amigo, voy a llevaros a ti y a tu Henrietta a un lugar seguro.

Veréis, en realidá me llamo Henry Shackelford, pero el Viejo oyó que mi papa decía «Henry... eh... ahm...», y se creyó que decía «Henrietta»; así funcionaba la mente del Viejo. En lo que creía, se lo creía del to; no l'importaba si era cierto o no, sencillamente cambiaba la realidá según le convenía. Era un hombre blanco de verdá.

—Pero mi hi...

—Valor, amigo —le dijo a papa—, tenemos a un carnero trabado por los cuernos a un matorral, como Abraham. Acuérdate del libro de Joel, capítulo uno, versículo cuatro: «Lo que dejó la oruga, lo devoró la langosta. Lo que dejó la langosta, lo devoró el pulgón. Lo que dejó el pulgón, lo devoró el saltamontes».

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó papa.

—Que te van a comer vivo si te quedas aquí.

—Pero es que no es una niñ...

—¡Silencio! —dijo el Viejo—. No hay tiempo de entretenerse, ya hablaremos luego de enseñarle a tu hija las Sagradas Escrituras.

Me cogió de la mano y, toavía con el Sharps a punto, se dirigió a la puerta trasera. Oí el ruido de los caballos que s'acercaban por el callejón d'atrás. Cuando llegó a la puerta, me soltó la mano un momento p'abrir la y, mientras estaba en ello, papa l'embistió.

Al mismo tiempo, el Holandés s'abalanzó sobre uno de los Colts qu'estaban en el suelo, lo cogió, apuntó al Viejo y disparó.

Falló, pero la bala dio en el borde la puerta y sacó un'astilla d'unos veinte centímetros. L'astilla salía del lao de la puerta como un cuchillo horizontal, como a l'altura del pecho, y papa corrió directo hacia ella. Directa a su pecho que fue.

Papa se tambaleó, se desplomó en el suelo y justo allí se l'apagó la llama de la vida.

Pa entonces, el estampío de los caballos que venían por el callejón a toa velocidad ya se nos había echao encima, y el Viejo abrió la puerta del to dando una patá.

—¡Ladrón de negros! ¡Me debes mil doscientos dólares! —gritó Henry, el Holandés, sentao en el suelo.

—Ponlos en la cuenta del Señor, pagano —replicó el Viejo. Luego me levantó con una sola mano, salió al callejón y nos fuimos.

Capítulo 2: El pájaro del Señor

Fred parecía confuso. No estaba muy bien de la cabeza, gracias a Dios. Tenía el cerebro espeso. Vamos, qu'a su bollo le faltaba el relleno.

—¿Eres un mariquita? —dijo.

—Bueno, ya que me preguntas, no lo sé —contesté.

Fred parpadeó y dijo despacio:

—Padre dice que no soy el cuchillo más afilado del cajón, y hay muchas cosas que me confunden.

—A mí también.

—Cuando volvamos, a lo mejor podemos preguntar a Padre.

—¿Sobre qué?

—Sobre los mariquitas.

—Yo no le molestaría —dije con rapidez—, sobre to ahora que tiene tanto de lo que preocuparse con su guerra y to eso.

Fred se lo pensó.

—Tienes razón. Además, papa no tolera muy bien las tonterías. ¿Qué dice la Biblia de los mariquitas?

—No lo sé, no sé leer —respondí.

Esto último l'animó.

—¡Yo tampoco! —dijo con alegría—. Soy el único de todos mis hermanos que no sabe leer.

Parecía contento de que yo fuera igual de tonto qu'él.

—Sígueme, te voy a enseñar una cosa —dijo.

Dejamos los caballos y le seguí a través del bosque frondoso. Después d'abrirnos paso, me mandó callar con el deo y continuamos avanzando despacio, en silencio. Seguimos unos arbustos tupíos hasta un claro y se quedó paralizao. Permaneció de pie, en silencio mientras escuchaba. Oí unos golpecitos y nos dirigimos hacia ellos hasta que Fred vio lo que buscaba y lo señaló.

En la cima d'un grueso abedul había un pájaro carpintero, que daba picotazos en el tronco. Tenía buen tamaño; era negro y blanco, envuelto en un toque de rojo.

—¿Habías visto alguno así? —me preguntó Fred.

—No sé distinguir unos pájaros d'otros.

Fred lo miró.

—Lo llaman el pájaro del Señor. Es tan bonito que cuando alguien lo ve, exclama: «¡Señor!».

L'observó. Esa cosa estúpida le dejó hipnotizao y yo tenía pensao escaparme, pero Fred estaba demasiao cerca.

—Puedo atrapar casi cualquier pájaro que existe —dijo—, pero ese... ese es un ángel. Dicen que una pluma del pájaro del Señor te da lucidez para toda la vida. Lucidez es lo que me falta, Cebolla¹⁷; recuerdos y cosas así.

—¿Y por qué no l'atrapas?

No m'hizo caso y siguió mirando por entre las ramas mientras el pájaro daba picotazos.

—No puedo. Esos pájaros son muy asustadizos. Además, papa dice que no hay que creer en amuletos ni en cosas de paganos.

¿Qué os parece? Justo en el bolsillo llevaba el saquito que m'había dao su papa y que contenía sus propios amuletos y talismanes. Incluía una pluma que parecía caía de la misma criatura que contemplábamos.

Seguía pensando en escaparme y, como a Fred le faltaba un tornillo, se m'ocurrió confundirle más pa que no s'acordase de qu'había descubierto que yo era un chico, y también pa conseguir una buena oportunidad d'huir. Rebusqué en mi bolsita, saqué la pluma que m'había dao su papa y se la ofrecí. Se quedó boquiabierto.

—¿Dónde la has conseguido?

—No te lo pueo decir, pero es tuya.

Bueno, eso sí le dejó impresionao del to. En realidá, no sabía si esa pluma era d'un pájaro del Señor o no. Su papa decía que sí, pero yo no sabía si el Viejo decía la verdá o no, pues era un secuestrador; además de que, en aquellos tiempos, los blancos no escatimaban en tretas y yo también era un mentiroso, y un mentiroso no se fía d'otro. Pero daba el pego, era negra y con un poco de rojo y de blanco, aunque podría provenir d'un águila o d'un simple colibrí, por lo que sé. Fuera lo que fuese, hizo las delicias de Fred, que m'intentó devolver el favor.

—Ahora te voy a enseñar una cosa especial —dijo—. Sígueme.

Le seguí de vuelta hasta los caballos, donde dejó sus pistolas de siete cañones, su espada, cartuchera y rifles, tos en el suelo. Sacó una manta de las alforjas, un puñao de maíz seco y una vara de roble.

—Aquí no podemos disparar porque nos puede oír el enemigo —dijo—, pero te voy a enseñar cómo cazar faisanes sin pegar un solo tiro.

Me llevó a un tocón hueco y colocó el maíz en el suelo, en línea recta hasta el tocón. Echó unos cuantos granos dentro y luego eligió un sitio pa sentarse, no mu lejos del tocón. Con su cuchillo, hizo dos agujeros en la manta, a modo de mirilla (uno pa él y otro pa mí), y luego nos l'echó por encima.

¹⁷ Apodo cariñoso que da el Viejo al protagonista después de que Henry se coma una cebolla que John Brown guardaba como amuleto.

—Todas las aves de caza del mundo temen al hombre —susurró—, pero si te tapas con una manta, ya no eres un hombre.

Quise decirle que no me sentía hombre, por muchos agujeros que hiciese, pero me lo callé. Nos quedamos sentaos bajo la manta, observando, y después d'un rato me cansé, m'apoyé en Fred y me quedé dormío.

Me desperté cuando le sentí moverse, miré por mi agujero y, vaya que sí, s'había acercao un faisán a comerse el maíz de Fred. Siguió la línea de maíz seco, derechito al tocón hueco, justo como queríamos. Cuando metió la cabeza dentro del hueco, Fred partió la rama de roble que tenía en las manos. El faisán se quedó paralizao al oír el ruido y, tan rápido qu'apenas me di cuenta, Fred l'echó la manta encima, lo cogió y le partió el cuello.

Cazamos otros dos faisanes d'esta forma y regresamos al campamento. Cuando llegamos, Owen y el Viejo estaban enfrascaos en una discusión sobre el mapa del Viejo y nos mandaron a preparar nuestras capturas pa la cena. Cuando asábamos las aves en la fogata, m'empecé a preocupar de que Fred se fuera de la lengua sobre lo qu'había visto.

—Fred, ¿t'acuerdas de nuestro trato?

—¿Sobre qué?

—Sobre na, pero mejor que no le cuentes a nadie lo que t'he dao —murmuré.

Asintió.

—Tu regalo ya me da más lucidez según hablo, Cebolla. Te lo agradezco y no se lo voy a contar a nadie.

Me hizo sentir mal, el pobre cabeza hueca confiaba en mí y no sabía que yo era un chico y que planeaba escaparme. Su papa m'había dao la pluma antes y m'había dicho que no se lo contara a nadie, y yo l'había dao la pluma a su hijo y a él mismo l'había dicho que no se lo contara a nadie. No sabían qué creer, eso pensaba yo. En aquellos tiempos, los blancos contaban a los negros más de lo que compartían entre sí, pues sabían que los negros no eran capaces más que de decir «Ajá» y «Ahmmm», y luego s'iban y seguían con sus preocupaciones. D'esta manera, en mi mente los blancos eran los candidatos ideales a ser timaos. Los de color siempre les llevaban ventaja a los blancos en ese sentido, pues ya habían pensao en tolas posibilidades d'arreglárselas sin ser vistos, siempre asegurándose de que las mentiras que contasen coincidieran con lo que los bancos querían oír. El típico blanco es tonto, así pensaba yo, y creía que Fred era d'esos.

Pero m'equivocaba, porque Fred no era tonto de remate, ni tampoco su papa. Resultó qu'el más tonto era vuestro servidor, pa empezar por pensar qu'ellos eran tontos. Así pasa cuando juzgas a otras personas, te vas derechito a la ruina, y aquello m'iba a salir caro más adelante.

Capítulo 22: El espía

Como le pasaba al Viejo con la mayoría de las cosas, lo qu'iba a durar un día duraba una semana; lo qu'iba a durar dos días, dos semanas; y lo qu'iba a durar dos semanas, cuatro, un mes y luego dos meses. Así era. Decía qu'iba a irse de Iowa en junio, pero no se puso el sombrero ni dijo adiós a aquel lugar hasta mediaos de septiembre. Pa entonces hacía mucho que m'había marchao, m'había enviao d'avanzadilla a la batalla.

Yo no iba buscando batallas, pero era mejor que dejar que te matasen o quedarse en las llanuras. El Viejo decidió enviar a uno de sus hombres, el señor Cook, d'avanzadilla al pueblo de Harpers Ferry p'hacer d'espía y difundir su plan entre los negros d'allí. Se lo dijo a su lugarteniente, Kagi, una mañana de julio, cuando yo estaba allí, en la cabaña del Viejo, y les servía el desayuno a los dos.

A Kagi no le gustó el plan.

—Cook es un charlatán —dijo—. Le encanta pavonearse y encima es un mujeriego. Se dedica a enviar cartas a sus amiguitas para decirles que está en una misión secreta y que se tiene que marchar pronto y no volverá a verlas. Va por ahí sacando la pistola en público y diciendo que ha matado a cinco hombres en Kansas. Tiene amiguitas todo preocupadas por él en Tabor, y se creen que va a morir en una de sus misiones secretas. Seguro que se dedicará a contar nuestro plan por toda Virginia.

El Viejo pensó en esto último.

—Es un hombre molesto y se suele ir de la lengua —dijo—, pero es buen orador y sabe cómo observar al enemigo y desenvolverse en el día a día. Lo que cuente sobre nosotros no va a entorpecer el plan que Dios nos tiene preparado, pues, de todas formas, nadie va a creer a un fanfarrón como Cook. Le diré que no tiene que usar los ojos y la boca en Virginia para nada más que nuestro propósito. De otra manera, sería un estorbo, ya que tenemos que saquear más para conseguir armas y dinero y no se le da bien acatar órdenes. La mejor arma de Cook contra el enemigo es la boca.

—Si quieres alborotar a los negros, ¿por qué no envías a uno con él a Virginia? —sugirió Kagi.

—Pensaba enviar al señor Anderson —dijo el Viejo—, pero se pone demasiado nervioso con nuestra propuesta y puede que no esté a la altura y se escape.

—No me refería a él, sino a Cebolla —siguió Kagi—. Se puede hacer pasar por la esclava de Cook, así podrá echarle un ojo y ayudar a alborotar a las abejas. Ya es mayorcita y es de confianza.

Estaba allí mismo mientras los dos se lo pensaban, y no puedo decir que m'opusiera a la idea. Estaba deseando salir del Oeste antes de qu'al Viejo le volaran la tapa de los sesos. Malvivíamos en Iowa y la caballería de Estados Unidos nos pisaba los

talones. Nos habíamos tenido que desplazar varias veces por los alrededores de Pee Dee y de Tabor para que no nos pillara; y la idea d'ir por la pradera en carro y tener que pararnos cada dos por tres pa qu'el Viejo rezase, mientras los soldaos federales nos perseguían por un lado y los esclavistas por el otro, no es que m'animase a tirar cohetes. Además, cada vez admiraba más al Capitán, la verdá sea dicha, le tenía cariño. Prefería que le matasen o la diñase por su cuenta, lejos de mí, y que m'enterara de qu'había muerto después, mucho más tarde. Sabía qu'estaba loco y, si quería luchar contra la esclavitú, yo le apoyaría, pero no tenía intención de seguir sus pasos, ni la más mínima. Viajar al Este con Cook, a Virginia, m'acercaría a la frontera de la libertá, la de Filadelfia, y no me costaría mucho escaparme d'él, pues Cook nunca cerraba el pico y no miraba más que por sí mismo. Así que les solté al Viejo y al señor Kagi que sería una gran idea qu'acompañase al señor Cook, y que m'esforzaría en alborotar a los negros mientras esperaba a que los demás vinieran.

El Viejo m'examinó. El Capitán nunca te daba órdenes directas, a menos que te las vieras en un tiroteo, claro, pero en el día a día, la mayoría de las veces anunciaba: «Me voy por aquí a luchar contra la esclavitud», y los hombres decían: «Bueno, pues iremos para allá», y allí que nos íbamos. Así eran las cosas con él, to eso que los periódicos dijeron después de que llevaba a los jóvenes d'un lao a otro arrastrándolos de las narices era una sucia mentira. No podías conseguir qu'esos brutos irascibles hicieran lo que quisieras, pues eso eran, unos brutos; pero apoyaban la causa y eran anchos de miras con quienquiera qu'estuviese al mando. No conseguirías ni qu'una mula de doscientos dólares apartase a estos hombres del Viejo: querían estar con él porque eran aventureros y el Viejo nunca les decía cómo tenían que comportarse. Era igual d'estricto qu'el diablo en cuanto a su propia religión, pero si tu espiritualidá te llevaba por otros derroteros, bueno, entonces te daría un poco la brasa y luego te dejaría seguir con tus propios asuntos. T'apoyaba siempre que no dijeras ordinariieces, bebieras o mascases tabaco y qu'estuvieras en contra de la esclavitú. Cuando lo pienso bien, también había algunos buenos granujas en su ejército: Stevens, por supuesto, qu'era uno de los granujas más desagradables y de peor humor qu'he visto y se dedicaba a invocar a los espíritus y a discutir sobre sus creencias religiosas con Kagi y los demás. Charlie Tidd, un tipo blanco, y Dangerfield Newby, un negro (ambos se nos unieron más tarde), eran bien peligrosos y creo que ninguno de los dos tenía ni una pizca de religioso. Ni siquiera Owen temía tanto a Dios como su papa; pero siempre qu'estuvieras en contra de la esclavitú podías hacer lo que quisieras, pues, a pesar de sus malos humos, el Viejo pensaba lo mejor de las personas y juzgaba mal su naturaleza. Al volver la vista atrás, fue una idea bien mala enviar a Cook a espiar, y peor aún enviarme a mí d'embajador pa reunir a los de color, pues ambos carecíamos de sabiduría o conocimiento alguno y a

ninguno nos importaba un bledo na más que nuestro propio pellejo. Éramos los peores que podría haber enviao d'avanzadilla.

Y, por supuesto, nos envió.

—Es una idea espléndida, lugarteniente Kagi —dijo—, pues puedo confiar en mi Cebolla. Si Cook lo echa todo a perder, lo sabremos.

Así, el Viejo salió y robó un buen carro, del tipo Conestoga, a un esclavista, e hizo que los hombres lo cargasen con picos, palas y herramientas de minería que desperdigaron por la parte d'atrás, y también metieron varias cajas de madera marcás como «Herramientas de minería».

—Tened cuidado con lo que va en esas cajas —le dijo el Viejo a Cook según las cargábamos, señalando con la cabeza las cajas marcadas como «Herramientas de minería»—. No os apresuréis demasiado por el camino, más baches de la cuenta e iréis derechos a conocer al Gran Pastor, hechos pedazos. Y vigilad la lengua. Cualquiera que no puede ocultar a sus amigos aquello que no puede guardarse para sí mismo es un insensato.

Luego se dirigió a mí:

—Te voy a echar de menos, Cebolla, pues eres responsable, además de nuestro pájaro del Señor; pero es mejor que vayas al Este y te alejes de nuestro camino. El enemigo se acerca y tenemos trabajo sucio que hacer para reunir provisiones y saquear. Sin duda le serás de gran ayuda al señor Cook, le va a venir bien tenerte a su lado.

Y tras eso, Cook y yo partimos en el carro Conestoga hacia Virginia, y yo estaba cada vez más cerca de ser libre.

Harpers Ferry es uno de los pueblos más bonitos que se puen ver. Está situao por encima de dos ríos que confluyen, de modo qu'el Potomac va por el lao de Maryland y el Shenandoah recorre el de Virginia. Los dos ríos se chocan uno contra el otro justo a las afueras y hay un pico, un saliente en el límite del pueblo, donde pues ir a ver cómo los ríos corren por los laos y se chocan, uno golpea al otro y la corriente da la vuelta. Era el lugar perfecto pa John Brown, pues estaba igual de p'allá qu'esos dos ríos. A ambos laos del pueblo s'encuentra la preciosa cordillera azul de los Apalaches, y al filo d'esas montañas había dos líneas de ferrocarril, una iba a Washington y a Baltimore por el lao del Potomac y la otra se dirigía al oeste de Virginia por el Shenandoah.

Cook y yo llegamos en un periquete, tuvimos el tiempo a nuestro favor mientras íbamos en aquel carro Conestoga. Cook era un charlatán, un canalla apuesto y traicionero d'ojos azules y bonitos rizos rubios que le caían por la cara. Se recogía el pelo como una niña y hablaba con cualquiera que nos cruzásemos con la misma facilidad que s'unta la melaza sobre una tostá. No me sorprendió qu'el Viejo l'hubiera enviao a él, pues se las

apañaba mu bien pa sacarles información a los demás y, pa colmo, su tema de conversación favorito era él mismo. Nos llevábamos bien.

Cuando llegamos a Ferry, nos pusimos a buscar una casa cerca de las afueras del pueblo pa'l ejército del Viejo, una en la que también pudiera recibir las armas y to lo qu'había planeao que l'enviasen. El Viejo había sío mu claro con sus instrucciones y nos había dicho: «Alquilad algo que no llame mucho la atención».

Pero el segundo nombre de Cook era «Atención». Preguntó por el pueblo y, como no conseguía lo que quería, se metió en la taberna más grande del lugar, anunció qu'era un minero rico en una gran empresa minera, que yo era su esclava y que necesitaba alquilar una casa pa unos mineros que venían de camino.

—El dinero no es un problema —aseguró, pues el Viejo l'había mandao con los bolsillos bien llenos de cuartos.

Antes de que se fuera, tolos hombres de la taberna sabían cómo se llamaba, pero un esclavista se nos acercó y le dijo a Cook que conocía una finca cercana que tal vez podría alquilar.

—Es la vieja granja de los Kennedy —dijo—, está un poco retirada de Ferry, pero es grande y le puede servir.

Marchamos hacia allá y Cook l'echó un vistazo al lugar.

Estaba lejos de Ferry, a unos diez kilómetros, y no era barata (costaba treinta y cinco dólares al mes), por lo que Cook estaba seguro de qu'el Viejo s'iba a quejar. El granjero había falleció y la viuda no cedía con el precio. La casa tenía dos habitaciones en el piso d'abajo, un primer piso diminuto, un sótano, un cobertizo pa guardar armas y, al otro lao del camino, un viejo granero. Estaba apartá del camino, a unos trescientos metros, lo cual era bueno, pero estaba demasiao cerca de la casa de los vecinos a ambos laos. Si el Viejo hubiera estao presente, no l'habría alquilao, porque cualquiera que mirase desde las casas de los vecinos podría ver el interior de la nuestra. El Viejo había dejao claro que necesitaba una casa apartá y solitaria, y no alrededor d'otras casas, pues iba a tener muchos hombres allí escondíos y mucho tráfico entrando y saliendo entre los envíos de armas, la llegá de sus hombres y to eso. Mas Cook s'había encaprichao d'una dama blanca y oronda qu'estaba tendiendo la colá. L'había visto según bajábamos por el camino, cuando veníamos a echar un vistazo al lugar y, entonces, s'olvidó de to por ella.

—Nos la quedamos —dijo Cook. Pagó a la viuda, qu'era la dueña del lugar, le contó qu'el jefe de la empresa minera, el señor Isaac Smith, iba a llegar dentro d'unas semanas, y nos quedamos con el sitio.

Nos pasamos un par de días allí sentaos y luego Cook habló:

—Me voy al pueblo a pelearme y a conseguir información acerca de la disposición de la armería y de la fábrica de armas. Tú ve a alborotar a los de color.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Supongo que dondequiera que estén los de color —dijo, y se fue.

No volví a verle durante los tres días siguientes. Los dos primeros me quedé allí sentao rascándome el culo, pensando en mis propios planes pa fugarme, pero no conocía a nadie ni sabía si era seguro andar por allí. Tenía que familiarizarme con la disposición del terreno antes de ponerme a ello, así que, sin saber qu'hacer, me quedé bien sentao. El tercer día, Cook entró en estampía por la puerta, riéndose a carcajás con aquella señorita oronda, joven y rubia qu'habíamos visto tendiendo la colá, según bajábamos por el camino. Los dos venían embobaos y los ojos les hacían chiribitas. Me vio allí sentao, en la cocina, y dijo:

—¿Por qué no te has ido a alborotar a los de color como tenías que hacer?

Lo dijo justo delante de su amiguita y desveló el plan allí mismo. Yo no sabía qué decir, así que solté:

—No sé dónde están.

Se volvió a la señora que l'acompañaba:

—Mary, mi esclava... —Al oír aquello me salió humo por las orejas, se l'estaba jugando. Al límite estaba, pero bien que se la jugaba después d'haber desvelao el plan entero—. Mi negra busca a otros para juntarse con ellos. ¿Dónde están los de color?

—Pues están por todas partes, corazón —dijo.

—¿No viven en algún sitio en concreto?

—Claro —dijo entre risitas—, viven por todas partes, ahí fuera.

—Bueno, como te he dicho, estamos en una misión secreta, tesoro, una misión muy importante. No se lo puedes contar a nadie en absoluto, ya te lo he dicho.

—Ah, ya lo sé —contestó entre risitas.

—Por eso necesitamos saber dónde tiene que ir Cebolla para encontrar a algunos amigos de color.

Se lo pensó.

—Bueno, siempre hay algunos negros libres que se las dan de importantes deambulando por el pueblo, pero no valen un carajo. También están los negros de la plantación del coronel Lewis Washington, que es el sobrino del mismísimo George Washington, y están los de Alstad y de los hermanos Byrne. Todos tienen esclavos de color, bien buenos. Por aquí no hay escasez de negros.

Cook me miró.

—¿Y bien? ¿A qué esperas?

M'escamó verle dándose tanta importancia, pero salí por la puerta. Decidí probar primero con las plantaciones porque pensé que los negros malhumoraos y estiraos no le servirían de na al Capitán. Poco sospechaba yo que se podía confiar en ellos igual qu'en

cualquier esclavo y que, además, eran buenos soldaos de cabo a rabo; pero en aquella época de mi vida solo había confíao en dos negros, sin contar a mi difunto papa: en Bob y en Pastel, y los dos m'habían salío rana. L'amigueta de Cook m'había indicao dónde estaba la plantación de Washington, así que fui allí primero, ya qu'estaba en la vertiente del Potomac que pertenece a Maryland, no mu lejos de donde nos alojábamos.

La casa s'erguía en un camino ancho, en la parte llana de la montaña, detrás d'una puerta amplia de hierro forjao y pasao un camino d'entrada curvo. Delante de la puerta, afuera, una delgada mujer de color cuidaba de las plantas y rastrillaba las hojas. M'acerqué.

—Buenos días—dije.

Dejó de rastrillar y me miró fijamente durante un buen rato. Al final soltó un:

—Buenos días.

Entonces se m'ocurrió que s'había dao cuenta de que yo era un chico. Algunas mujeres de color sencillamente se percataban de mi engaño; pero esta era una esclava y, cuando eres un esclavo, t'ahogas, por decirlo así. No prestas atención a las pintas del tipo a tu lao ni tampoco al número de sus zapatos, si es que tiene, pues ambos os ahogáis en el mismo río. A menos qu'el tipo te lance un cabo pa llevarte a la orilla, no t'importan los zapatos. Creo que por eso no reparaban en mí muchas de las mujeres de color con las que m'encontraba, ya tenían sus propios problemas. De toas formas, ahora no podía hacer na'l respecto. Tenía una misión y no me podía escapar a ningún sitio hasta que no reconociera el terreno. Era el espía del Viejo y también tenía que cuidar de mí mismo.

—No sé dónde estoy —dije.

—Estás donde estás.

—Solo estoy echando un vistazo pa reconocer el terreno.

—Pues está delante de tus narices.

No íbamos a ninguna parte, así que dije:

—Me preguntaba si conoce a alguien que quiera aprender las letras.

Se le dibujó una mirada nerviosa en el rostro. Miró por encima del hombro hacia la gran casa y siguió dándole al rastrillo.

—¿Y por qué querría alguien aprender eso? Los negros no tienen motivos pa leer.

—Algunos sí.

—No sé na d'eso —dijo, sin dejar de darle al rastrillo.

—Bueno, señorita, busco trabajo.

—¿Aprender a leer? Eso no es un trabajo y solo trae problemas.

—Ya sé leer, lo que busco es a otra persona a la qu'enseñar a leer a cambio de dinero.

No pronunció ninguna otra condená palabra, sino que levantó el rastrillo del suelo y me dio la espalda. Se marchó sin más.

No esperé y m'escondí. Me metí d'un salto en los arbustos, sin pensármelo dos veces, y me quedé allí sentao. Creía que s'había ido a la casa a chivarse al capataz o, peor toavía, a su amo. Esperé unos instantes y, justo cuando estaba a punto de largarme, de la parte trasera de la casa salió zumbando, hacia la puerta, una diligencia de la que tiraban cuatro caballos enormes. ¡Vaya s'iba rápido! Al frente iba un cochero negro, vestío con un buen abrigo, sombrero de copa y guantes blancos. La diligencia salió volando por la puerta delantera y el negro la detuvo de sopetón afuera, justo donde yo estaba.

Se bajó d'un salto y echó un vistazo entre los arbustos, precisamente por donde m'escondía. Sabía que no me podía ver, pues el follaje era espeso y yo estaba bien agazapao.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—Aquí solo estamos las gallinas —contesté.

—¡Sal ahora mismo! T'he visto por la ventana.

Así que salí. Era un hombre fornido, ancho de pecho, y de cerca parecía más espléndido de lo que se le veía desde lejos, to formal con el traje de cochero. Era d'hombros anchos y, aunque era bajo, tenía la cara resplandeciente y afilá y los guantes le brillaban con el sol de la tarde. Se me quedó mirando y frunció el ceño.

—¿T'ha enviao el herrero?

—¿Quién?

—El herrero.

—No conozco a ningún herrero.

—¿Qué noticias traes?

—No se m'ocurre na.

—Entonces, ¿qué canción cantas? ¿*Compartamos el pan*¹⁸? Es esa, ¿a que sí?

—No vengo con ninguna canción, solo me sé canciones sureñas como *Vuelve a casa, viejo Callaway*.

Me miró con asombro.

—¿Qué diantres te pasa?

—Nada.

—¿Vienes del tren *gospel*¹⁹?

—¿El qué?

¹⁸ Canción característica de la liturgia afroamericana.

¹⁹ Nueva referencia a una canción religiosa afroamericana, que además alude a la red clandestina que transportaba a los esclavos fugados a los estados abolicionistas y a Canadá durante el siglo XIX.

—El ferrocarril.

—¿Qué ferrocarril?

Echó un vistazo a la casa.

—¿T'has escapao? ¿Eres una fugitiva?

—No, toavía no, no es eso.

—Son tres respuestas, niña —soltó—. ¿Con cuál te quedas?

—Escoja la que quiera.

—No tengo tiempo pa tontás. Dime a qué has venío, y rápido. Te l'estás jugando, husmeando sin permiso por el camino del coronel Washington. Más te vale no seguir por aquí cuando vuelva, tengo qu'ir a buscarle al pueblo dentro de media hora.

—¿El pueblo al que va es Harpers Ferry?

Señaló el pueblo al final de la montaña.

—¿Acaso te parece Filadelfia? Pues claro qu'es Harpers Ferry, tolos días de la semana. ¿Dónde si no iba a estar?

—Verá, he venío a avisarle. Aquí está a punto de pasar algo.

—Siempre está a punto de pasar algo en alguna parte.

—Quiero decir con los blancos.

—Los blancos siempre se traen algo entre manos, por toas partes y con tol mundo, y también tienen el poder y l'última palabra. ¿Qué más hay de nuevo? Por cierto, ¿acaso eres un mariquita? Porque tienes una pinta rarita.

No l'hice caso, tenía trabajo qu'hacer.

—Si le dijera que s'acerca algo grande, algo mu grande, ¿se m'uniría p'alborotar el enjambre?

—¿Alborotar el qué?

—Ayúdeme a alborotar el enjambre y a reunir a la gente de color.

—Mira, niña, te l'estás buscando tú solita al hablar así. Si fueras m'hija, te daría una buena azotaina con la fusta y t'enviaría llorando y gritando cuest'abajo tan solo por hablar a mi mujer de lo de las letras. Si sigues así solo vas a conseguir qu'echen a tolos negros del lugar en agua hirviendo. Ella no está con la causa.

—¿La qué?

—La causa, el tren *gospel*, no está con él. No sabe na'l respecto ni quiere saberlo; no pue saberlo. No se pue confiar en ella, ¿ves por dónde voy?

—No sé de qué está hablando.

—Entonces vete por donde has venío con toas tus tontás.

Se subió a la diligencia y se preparó p'arrear los caballos.

—Traigo noticias, ¡noticias importantes!

—Gran cabeza, gran cerebro; cabeza pequeña, ni rastro de l'otro. Esa eres tú, niña, tienes un problema.

Levantó las riendas p'azuzar los caballos.

—Buenos días.

—¡Va a venir el Viejo John Brown! —solté.

Eso le llamó l'atención y paró de sopetón. No había una sola persona de color al este del Mississippi que no hubiera oído hablar de John Brown. Era un santo, magia pa los negros.

Me miró fijamente mientras aún sostenía las riendas en las manos.

—Debería darte una buena tunda con el látigo solo por quedarte ahí y mentir d'esa manera. Encima cuentas mentiras peligrosas.

—Juro por Dios que va a venir.

El cochero volvió a mirar a la casa. Dio la vuelta a la diligencia, de modo que la puerta del coche no se pudiera ver desde la casa.

—Entra ahí y tumbate en el suelo. Asoma la cabeza antes de que yo te lo diga y te llevo directa'l *sheriff*, le diré qu'eres un polizón y haré que t'arreste.

Seguí sus órdenes, arreó los caballos y nos pusimos en marcha.

Diez minutos después, la diligencia se detuvo y el cochero se bajó.

—Sal d'ahí —me dijo antes d'abrir la puerta siquiera hasta la mitá.

Había terminao conmigo, así que me bajé. Estábamos en un camino de la montaña, en un bosque espeso, bien por encima de Harpers Ferry, en una parte desierta del sendero.

Se volvió a subir a la diligencia y señaló detrás d'él.

—Este d'aquí es el camino a Chambersburg —dijo—, está a unos treinta kilómetros más allá. Ve allí y busca a Henry Watson, el barbero. Dile que t'envía el cochero y te dirá qué tienes qu'hacer. Aléjate del camino y ve por entre la maleza.

—Pero si no soy una fugitiva.

—No sé quién eres, niña, pero ya t'estás yendo. Solo vas a traer problemas, sales de ninguna parte y vas por ahí abriendo la boca pa contar mentiras sobre el Viejo John Brown y de que te sabes las letras y to eso. El Viejo Brown está muerto. Era uno de los que más ayudaron a los negros en el mundo y está más muerto qu'un amor pasao. No eres digna ni de mencionar su nombre, niña.

—¡No está muerto!

—Le mataron en el territorio de Kansas —dijo el cochero, y parecía estar seguro—. Aquí tenemos un hombre que sabe leer. Yo estaba en la iglesia el día que nos leyó el periódico y l'oí: el Viejo Brown estaba en el Oeste, le perseguía la milicia, la

caballería d'Estados Unidos le pisaba los talones y tol mundo le buscaba, pues s'ofrecía una recompensa. Dicen que se libró de tos a balazos, así fue, pero terminaron por cogerle y l'ahogaron. Que Dios le bendiga. Mi amo l'odia. Y ahora, largo.

—Pueo demostrar que no está muerto.

—¿Cómo?

—Porque l'he visto, le conozco. Le llevaré ante él cuando venga.

El cochero sonrió, condescendiente, y cogió las riendas.

—Mira, si fuera tu papa, por mentirme así te metería la bota d'una patá por el culo y cuando tosieras te saldría mi deo gordo por la boca. ¿Qué demonios te pasa pa quedarte ahí plantá y mentir así ante Dios? ¿Y qué va a tener que ver el gran John Brown con una negra mariquita como tú? ¡Ahora largo d'aquí antes de que te dé una buena somanta! No le digas a nadie que me conoces, ¡ya he tenío bastante del dichoso tren *gospel* por hoy! Y si ves al herrero, dile que no m'envíe más paquetes.

—¿Paquetes?

—Paquetes, ¡sí! No quiero más paquetes.

—¿Qué clase de paquetes?

—¿Eres tonta? ¡Lárgate!

—No sé de qué habla.

Me miró.

—¿Estás con el ferrocarril subterráneo o no?

—¿Qué subterráneo?

Estaba confundío y se me quedó mirando fijamente, cabreao.

—Tira pa Chambersburg antes de que te mande allí d'una patá.

—No puedo ir allí. M'hospedo en la granja de los Kennedy.

—¿Lo ves?! —resopló el cochero—. T'acabo de cazar con otra mentira. El viejo Kennedy dejó de respirar el año pasao por estas fechas.

—L'ha alquilao la casa a su viuda uno de los hombres de Brown y yo he venío aquí con él.

Se calmó un poco al oír esto último.

—¿Te refieres a ese nuevo blanco bocazas que corretea por el pueblo? ¿El que va por ahí con la gorda de la señorita Mary, la criada rubia que vive un poco más arriba por el camino?

—Ese mismo.

—¿Está con el Viejo John Brown?

—Sí, señor.

—¿Y entonces por qué anda con ella? En esa yegua estúpida s'han montao más qu'en el tren de Baltimore a Ohio.

—No lo sé.

El cochero frunció el ceño.

—Mi hermano m'advirtió de que dejara d'hacer el tonto con los fugitivos —gruñó—, con ellos es difícil diferenciar entre la pura verdad y las mentiras retorcías —suspiró—. Supongo que yo también diría sandeces si durmiera al raso, bajo'l cielo.

Se siguió quejando un poco más, echó mano al bolsillo y sacó un puñado de monéas.

—¿Cuánto t'hace falta? Solo tengo ocho centavos. —Me los ofreció—. Cógelos y vete. Fuera. Lárgate ya, vete a Chambersburg.

Entonces me dio un poco de pena.

—No estoy aquí por su dinero —dije—, ni tampoco pa ir a ningún Chambersburg. He venío p'advertirle de que va a venir el Viejo John Brown, y con un ejército. Planea hacerse con Harpers Ferry y desatar una rebelión. Me dijo que «alborotara las abejas», esas son sus órdenes. Me dijo: «Cebolla, diles a tolos de color qu'estoy de camino y que s'alcen. Alborota las abejas». Así se lo digo, y no se lo voy a contar a nadie más porque las molestias no merecen la pena.

Después me di la vuelta y empecé a bajar por el camino de la montaña hacia Harpers Ferry, pues m'había llevao bien lejos.

Me llamó a gritos:

—¡Chambersburg está en l'otra dirección!

—Sé dónde voy —repliqué.

La diligencia apuntaba a Chambersburg, hacia la montaña y lejos de mí. Arreó los caballos y subió por el sendero de la montaña. Tardó un tiempo en subir por el camino y en encontrar un sitio donde dar la vuelta, pues tenía cuatro caballos que tiraban del coche. Lo consiguió en un satiamén y volvió con los caballos bajando por la montaña al galope, justo detrás de mí. Cuando m'alcanzó, detuvo a las bestias de sopetón, en seco. Era capaz de conducir la diligencia como le diera la gana. Se me quedó mirando fijamente.

—No te conozco, no sé quién eres ni de dónde vienes, pero sé que no eres de por aquí, así que tu palabra no vale una mierda. Te voy a decir una cosa: si preguntase por ti en la granja del viejo Kennedy, ¿sabrían quién eres?

—Allí solo hay un tipo, del que l'he hablao. Es el señor Cook y el Viejo l'envió pa espiar en el pueblo antes de que viniera, pero no debería haberle enviao porqu'habla demasiao. Seguro que ya les ha hablao del Capitán a tolos blancos del lugar.

—Santo Dios, sí que mientes como un bellaco —dijo el cochero. Se quedó sentao un buen rato, luego echó un vistazo pa ver si el camino estaba despejao y no venía nadie—. Te voy a hacer una prueba.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel arrugao.

—¿Dices que te sabes las letras?

—Sí.

—Pues léelo.

Toavía sentao en el asiento del cochero, me tendió el papel. Lo cogí y leí en voz alta.

—Aquí pone: «Querido Rufus, haga el favor de darle a mi cochero, Jim, cuatro cazos y dos cucharas de su tienda, y asegúrese de que no se coma más bollos de la tienda, que luego me los cargan en la cuenta. Ese negro ya está lo bastante gordo».

Se lo devolví y dije:

—Está firmao por un tal «Coronel Lewis F. Washington». ¿Es su amo?

—¡Que Dios maldiga a ese viejo maricón caraculo! —masculló—. Nunca ha doblao el lomo en su vida, ni jamás ha trabajao un solo día, y me da de comer gachas hervías y bollos rancios. ¿Qué esperaba?

—¿Cómo?

Se volvió a guardar el papel en el bolsillo.

—Será difícil saber s'acaso m'has dicho la verdá —dijo—. ¿Por qué iba el gran John Brown a enviar a un mariquita a hacer el trabajo d'un hombre?

—Se lo pue preguntar cuando venga, pues usted no hace más qu'insultar.

Como no había manera de convencerle, empecé a bajar por la montaña.

—Espera un momento.

—Que no, ya se l'he dicho, l'he advertío. Vaya por la granja de los Kennedy a ver si encuentra'l señor Cook allí sentao, hablando de lo que no debería.

—¿Y qué pasa con la señorita Mary? ¿También trabaja pa'l Viejo John Brown?

—No, si l'acaba de conocer.

—Joder, ¿y no podía aspirar a na mejor? Es tan fea que su cara podría parar un reloj del susto. ¿Y qué clase d'hombre es ese señor Cook p'andar detrás d'ella?

—El resto del ejército no se comporta como el señor Cook. Vienen a disparar a los hombres y no a perseguir mujeres. Son peligrosos, vienen desde Iowa y tienen más armas de las que jamás ha visto, así que cuando lleguen con sus rifles y se llien a tiros, ya pue echar a correr. Así es, se l'aseguro.

Eso le convenció y, por primera vez, vi que la duda abandonaba su rostro, pero solo un poco.

—Tu historia es cautivadora, pero tiene pinta de ser mentira —dijo—. De toas formas, no pierdo na por enviar a alguien pa que se pase por la granja del viejo Kennedy, si es donde vives, y compruebe si dices la verdá. Mientras tanto, creo que no eres tan tonta como p'hablarle de mí, del herrero ni de Henry Watson a nadie del

pueblo. Acabarás en la mesa del enterrador si te vas de la lengua. Esos dos son de lo peor que te pues encontrar, te pegarían un tiro en la cabeza y t'echarían de comer a los cerdos si llegasen a pensar qu'has contaó por ahí a qué se dedican.

—Será mejor que s'aseguren de que no les falta ninguna muela, porque cuando venga el capitán Brown le voy a decir que sus amigos y usté solo han puesto pegas, y tendrán que vérselas con él. Les va a meter en vereda por tratarme como a un mentiroso.

—Pero ¿qué quieres, niña? ¿Una medalla d'oro? No te conozco de na, sales de en medio de la na y sueltas una sarta de patrañas enormes p'alguien tan pequeño. Tienes suerte de que tus mentiras han dao conmigo y no con alguno de los otros negros de por aquí, sé d'unos cuantos que no dudarían en entregarte a las patrullas que buscan esclavos fugaos a cambio d'un almohadón de plumas de ganso. Voy a verificar tu historia con el señor Cook, si mientes o no; y, como m'hayas mentío, has tenío que trabajar más qu'el mismísimo diablo pa venir con toas esas patrañas. Si has dicho la verdá, has desobedeció por completo las órdenes del Señor de manera casi diabólica, pues no hay forma, en toa la verde tierra de Dios, de qu'el Viejo John Brown, con lo qu'es él, vaya a venir aquí, donde hay tantos soldaos y armas, a luchar por la libertá de los de color. Sería como meterse en la boca del lobo. Es un hombre valiente, si es que sigue vivo, pero no le tengo por un tonto de capirote.

—No le conoces.

Pero no me llegó a oír, había arreao los caballos y s'había marchao.

Capítulo 23: Noticias

Dos días después, s'abrió paso hasta la puerta de la granja Kennedy y llamó una mujer vieja y de color, que llevaba varias escobas en una carretilla. Cook dormía como un tronco. Se despertó, cogió la pistola y corrió a la puerta. Habló con la puerta toavía cerrá y la pistola lista, a un lao.

—¿Quién es?

—Me llamo Becky, amo. Vendo escobas.

—No quiero ninguna.

—El cochero dijo que sí.

Cook me miró, perplejo.

—Es el tipo del que l'hablé —dije.

Se quedó allí plantao, parpadeando unos instantes, medio dormío. S'acordaba de lo que l'había contaó sobre el cochero lo mismo qu'un perro recuerda cuándo es su cumpleaños. Mary, la gorda del final del camino, le tenía exhausto. La noche anterior volvió a casa bien de madrugada y llegó hecho unos zorros, to despeinao; olía a alcohol y venía riéndose y silbando.

—Está bien, pero entra despacio.

La mujer entró, lenta pero decidía, y con la carretilla por delante. Era vieja, delgá y bien negra, tenía una mata de pelo blanco, la cara arrugá y un vestío andrajoso. Sacó dos escobas nuevas y sostuvo una en cada mano.

—Las he hecho yo misma con la mejor paja y nuevos mangos de pino —dijo—. Están hechas de pinos del sur, los mejores qu'hay.

—No necesitamos escobas —contestó Cook.

La mujer echó un buen vistazo alrededor. Vio las cajas, en las que ponía «Herramientas» y «Minería», y los picos y las hachas bien limpios, que no habían visto ni pizca de suciedad. Me miró una vez, y otra más, parpadeó y luego miró a Cook.

—Estoy segura de qu'a la señorita aquí presente le vendría bien una escoba pa limpiar lo qu'el joven amo ensucie —dijo, señalándome con la cabeza.

Cook tenía sueño y estaba irascible:

—Aquí ya tenemos suficientes escobas.

—Pero si se dedica a la minería y s'ensucia to entero, traerá aquí to tipo de porquería, polvo y demás, y no me gustaría qu'el amo se manchara mucho.

—¿Es que no me has oído?

—Lo siento, el cochero dijo que necesitaban escobas.

—¿Quién has dicho que era ese?

—Es el tipo del que l'hablé —dije de nuevo.

Cook me miró y frunció el ceño. No era igual qu'el Viejo, no sabía mu bien qué hacer conmigo. Estuvo tranquilo cuando veníamos desde'l Oeste y no había nadie más con quien darle al palique, pero cuando llegó a la civilización, no sabía si tenía que comportarse como los blancos o los de color, si hacer de soldao o d'espía, vamos, que no sabía ni pa dónde tirar. Desde que llegamos a Ferry casi no m'había prestao la más mínima atención, y la poca que me prestaba era de to menos respetuosa. Era una carga pa él; se tomaba to a guasa. No estaba seguro de si él creía que los planes del Viejo servirían p'algo, o si al menos creía en él, pues Cook nunca había estao en una guerra de verdá ni había visto luchar al Viejo.

—¿Es una de las que tienes que alborotar? —me preguntó.

—Sí, una d'ellas.

—Bueno, entonces alborótala —dijo—, que yo me voy a preparar café.

Cogió un cubo y salió afuera. Había un pozo en la parte trasera, y allí se fue, tambaleándose mientras llevaba el cubo y se frotaba los ojos.

Becky me miró.

—Estamos aquí en una misión, creo que se l'ha contao el cochero —dije.

—Me contó que conoció a una extraña tortuguita en el camino con pintas de rarita, que le dio malas órdenes y, a lo más seguro, se l'estaba jugando con tantas mentiras.

—Desearía que no se metiera conmigo, yo no l'he ofendió.

—Al final me tendré que meter con una muerta si sigues actuando así. Te perjudicas a ti misma cuando vas por ahí, vendiendo castillos en el aire, hablando d'un gran hombre pa los oíos de la gente equivocá. La mujer del cochero no trabaja pa'l tren *gospel* y es una bocazas. Pones a mucha gente en peligro al ir gritando y despotricando contra John Brown.

—El cochero ya m'ha dao la charla sobre to eso —dije—. No sé na del tren *gospel* de nadie, de ninguna forma ni manera. No soy una fugitiva ni tampoco de por aquí. Tan solo m'han enviao d'avanzadilla p'alborotar a las abejas, pa reunir a los de color. Por eso m'ha enviao el Viejo.

—¿Y por qué t'iba a enviar a ti?

—Solo tiene a dos de color en su ejército, y los otros no lo tenían mu claro.

—¿En qué sentido?

—Pensaba que huirían antes d'haber hecho lo qu'el Capitán les había mandao.

—¿El Capitán? ¿Quién es ese?

—Ya se lo he dicho, es John Brown.

—¿Y qué te mandó hacer el Capitán?

—Alborotar a las abejas, ¿acaso no m'ha oío?

Cook entró en la cocina con una cacerola d'agua. Luego echó un poco de leña al fuego pa hervir el agua.

—¿Ya la has alborotado? —dijo, alegre.

Era un tonto, el hombre más despreocupao que jamás he visto, e iba salirle caro. Le matarían por eso, por hacer el tonto.

—No se lo cree —dije.

—¿Qué parte?

—Ninguna.

Se levantó y s'aclaró la garganta, agitao.

—Escúchame bien, tía Polly²⁰. Hemos venido hasta aquí para lib...

—Me llamo Becky, por favor.

—Becky. Aquí está a punto de llegar un gran hombre a liberar a tu pueblo. Acabo de recibir una carta suya y dice que estará aquí en menos de tres semanas. Necesita alborotar a las abejas para liberaros a todos.

—Ya he oído bastante sobre alborotar y liberar —dijo Becky—. ¿Y cómo se supone que va a alborotar y liberar a tantas personas?

—No te lo puedo contar todo, pero el Viejo John Brown va a venir, eso seguro. Desde el Oeste. Se acerca la libertad para ti y tu pueblo. Cebolla no miente.

—¿Cebolla?

—Así la llamamos.

—¿La?

Me di prisa en abrir la boca.

—Señorita Becky, si usted no es de las abejas que vamos a alborotar ni se va a unir a la causa de John Brown, no tiene por qué venir.

—Yo no he dicho eso —repuso—. Quiero saber qué ofrece. ¿La libértá? ¿Aquí? Ya pue ponerse a cantar a los cerdos muertos si cree que va a venir aquí y se va a ir de rositas con eso. Aquí hay una maldita armería.

—Por eso viene aquí —dijo Cook—, para tomar la armería.

—¿Y con qué la va a tomar?

—Con hombres.

—¿Y con qué más?

—Con todos los negros que se le van a unir en cuanto se haya hecho con ella.

—Señor, no dice más que tontás.

²⁰ Se refiere a una esclava negra que aparece en *The Autobiography of a Female Slave* (1857), de Martha Griffith Browne. Se trata de una novela de corte abolicionista que, pese a su título, en realidad no era una autobiografía, sino un relato de ficción de una autora blanca que tuvo bastante éxito dentro del género de las narrativas de esclavos. Curiosamente, el personaje se llama igual que la tía y tutora de Tom Sawyer en las novelas posteriores de Mark Twain, también de marcada carga antiesclavista.

Cook era un fanfarrón y le sacaba de sus casillas hablar con una persona que no le creía o que le contestaba a to, sobre to si se trataba d'una persona de color.

—¿Ah, sí? Mira.

La llevó a l'otra habitación, donde estaban apilás las cajas marcás «Herramientas de minería». Cogió una palanqueta y abrió una caja. Dentro, amontonaos en filas, había treinta rifles Sharps, limpios y nuevos, uno detrás del otro.

Yo tampoco había visto nunca el interior d'una d'esas cajas, y a la señorita Becky y a mí nos sorprendió a la vez lo llena qu'estaba aquella. Abrió bien los ojos y dijo:

—¡Santo cielo!

Cook resopló y presumió:

—Aquí tenemos catorce cajas iguales que esta, y viene de camino un envío con más. El Capitán tiene suficientes rifles como para armar a dos mil personas.

—Señor, apenas hay noventa esclavos en Harpers Ferry.

Aquello le dejó muerto. Se le borró la sonrisa de la cara.

—Creía que aquí había mil doscientos negros. Lo dijo ayer el tipo de la oficina de correos.

—Es cierto, pero la mayoría son negros libres.

—No es lo mismo —murmuró.

—Tampoco anda desencaminao —dijo la señorita Becky—. Los negros libres también tienen algo que ver con los esclavos. Hay muchos qu'están casaos con esclavos. Yo soy libre, pero mi marido es un esclavo. La mayoría de los negros libres tiene familiares esclavos y no está a favor de la esclavitú, créame.

—¡Bien! Entonces lucharán a nuestro lado.

—Yo no he dicho eso.

Se sentó y se frotó la cabeza.

—El cochero sí que m'ha puesto en un dilema —murmuró, y luego prorrumpió, con enfado—: ¡Es un maldito timo!

—No tienes que creer en la causa —dijo Cook, con alegría—. Solo di a todos tus amigos que el Viejo John Brown viene dentro de tres semanas. Atacaremos el veintitrés de octubre, me dijo la fecha por correo. Difunde la noticia.

Yo tan solo era un chico joven vestío de niña y un poco zoquete, incapaz de demostrar que nadie s'equivocaba, con lo estúpido qu'era; aun así, era un hombre joven qu'empezaba a tener uso de razón y tampoco era tan tonto. Se m'ocurrió que no haría falta más qu'uno de los de color ingeniándoselas pa conseguir que su amo le diera un tarro de melocotones o una buena sandía fresca; solo con eso podrían descubrir el pastel y echar to por la borda.

—Señor Cook —dije—, no sabemos si podemos confiar en esta mujer.

—¡Si la has invitado tú!

—¿Y si cuenta to?

La señorita Becky frunció el ceño.

—Pues sí que tienes valor —dijo—. Te cueles en la propiedá del cochero, estás a punto de contarle a qué se dedica a la bocazas de su mujer, y ahora a mí me dices en quién se pue confiar. Es en ti en quien no podemos confiar. Pue que nos estés vendiendo un montón d'humo, niña. Más te vale que tus historias sean verdá. Si no, el herrero te matará aquí mismo y s'acabará to. En este pueblo no se va a preocupar nadie por una niña negra muerta en algún callejón por ahí perdío.

—¿Y yo qué l'he hecho?

—Has puesto en peligro su ferrocarril.

—¿Tiene un ferrocarril?

—El subterráneo, niña.

—Un momento —dijo Cook—, tu herrero no va a matar a nadie. Cebolla es como una hija para el Viejo, es su favorita.

—Claro, y yo soy George Washington.

Entonces Cook sí s'enfadó.

—No seas insolente conmigo. Hemos venido a rescataros, y no al revés. El Capitán secuestró a Cebolla y la sacó de la esclavitud, es como de la familia. Así que no deberías hablar de que tu herrero le va a hacer daño, ni a ella ni a nadie. Si se entromete en los planes del Capitán, tu herrero no va a seguir respirando mucho más tiempo. No le gustaría tener al Capitán Brown de enemigo.

Becky apoyó la cabeza en las manos.

—Me parece que ya no sé qué creer —dijo—. No sé qué decirle al cochero.

—¿Es el negro que está al mando por aquí? —preguntó Cook.

—Uno d'ellos, el principal es el ferroviario.

—¿Y dónde está?

—¿Usté qué cree? En el ferrocarril.

—¿En el subterráneo?

—No, en el ferrocarril de verdá, el de Baltimore a Ohio. El qu' hace *chu-chu*. Creo qu' hoy está en Baltimore o en Washington, D. C.

—¡Perfecto! Puede alborotar a las abejas por allí. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

La señorita Becky se puso de pie.

—Será mejor que me marche. Ya l'he dicho demasiao. Por lo que sé, podría ser un ladrón d'esclavos de Nueva Orleans qu' ha venío aquí a robar personas y a venderlas

río abajo. Pue quedarse con una de las escobas, se la regalo. Úsela pa barrer las mentiras d'este lugar. Tenga cuidao con la vecina, a menos que quiera que las autoridades vengan a husmear. Es una entrometía, es la señora Huffmaster y no le gustan los negros, los ladrones d'esclavos ni los abolicionistas.

Según se dirigía a la puerta, solté:

—Tiene que decírselo a su pueblo. Dígaselo al ferroviario.

—No se lo voy a decir a nadie, es una trampa.

—Entonces váyase, ya verá. Tampoco la necesitamos.

Me dio la espalda, pero, cuando iba hacia la puerta, allí había una percha pa los abrigos, de modo que vio colgao el desgastao mantón que m'había dao el General en Canadá. El mantón de la mismísima Harriet Tubman²¹.

—¿De dónde has sacao esto? —me preguntó.

—Es un regalo.

—¿De quién?

—Me lo dio uno de los amigos del Capitán. Dijo que me sería útil, así que lo he traío porque... Solía tapar mis cosas con él en el carro.

—¿Es que...?

Con delicadeza, descolgó el mantón del General del perchero. Lo sostuvo a la luz y luego lo puso sobre la mesa, lo extendió a lo ancho con los deos marrones. Se quedó mirando fijamente los bordaos del mantón. Yo no les había prestao mucha atención, no eran más qu'un perro burdo dentro d'un cuadrao, con las patas apuntando hacia las cuatro esquinas del cuadrao y el hocico a punto de tocar una de las superiores. Aquel bordao tenía algo que l'emocionaba, y negó con la cabeza.

—No me lo creo, ¿dónde conociste... a la persona que te lo dio?

—No se lo pueo decir, pues tampoco es que puea confiar en usted.

—Ah, se lo puedes decir —intervino Cook, con lo bocazas qu'era.

Pero no abrí la boca ni lo más mínimo. La señorita Becky miró fijamente el mantón, con los ojos de repente mu abiertos y brillantes.

—Si no mientes, niña, hoy es un gran día. ¿Dijo algo más la persona que te lo dio?

—No. Bueno... dijo que no cambiásemos de fecha, pues ella misma iba a venir con su pueblo. Sí lo dijo. Al Capitán, no a mí.

La señorita Becky se quedó callá unos instantes. Cualquiera pensaría que l'había dao un millón de dólares, pues parecía hechizá. Se l'alisaron las viejas arrugas de la cara

²¹ Harriet Tubman (1820-1913), esclava fugitiva que ayudaba a escapar a otros esclavos hacia el norte a través del sistema conocido como el tren *gospel* y que colaboró en la cruzada abolicionista de John Brown.

y se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios. Las arrugas de la frente se le desvanecieron. Cogió el mantón y lo sostuvo en alto, lejos de su cuerpo.

—¿Me lo pueo quedar? —preguntó.

—Si l'es d'ayuda, adelante —dije.

—Sí, lo es, es de mucha ayuda. Ah, el Señor nos ha bendeció, ¿a que sí? Hoy m'ha bendeció.

Entonces l'entraron las prisas, s'echó el mantón por los hombros, recogió las escobas y las metió en la carretilla mientras que Cook y yo nos quedamos mirando, perplejos.

—¿Dónde vas? —quiso saber Cook.

La señorita Becky se detuvo en la puerta, agarró el pomo, lo sostuvo con fuerza y clavó la mirada en él mientras hablaba. En ese momento dejó d'irradiar felicidad y volvió a hablar de negocios, con seriedad y decisión.

—Esperen unos días —dijo—. Solo esperen, y en silencio. No le digan na a nadie, ni blanco ni de color. Tengan cuidao si viene por aquí un negro preguntando por el Capitán. Si no mencionan al herrero o al ferroviario na más abrir la boca, saquen el cuchillo y acaben con ellos, pues nos habrán descubierto a tos. Pronto tendrán noticias.

Y con eso abrió la puerta, agarró la carretilla y se marchó.

Capítulo 24: El ferroviario

No mucho después, Cook consiguió un empleo en Ferry. Trabajaba en Wager House, una taberna y estación de tren justo al lado de la armería, donde podía molestar a la gente. Trabajaba muchas horas, hasta por la noche, mientras yo me quedaba en la granja, limpiaba la casa, intentaba cocinar, escondía las cajas como podía y fingía ser su compañera. Más o menos una semana después de que empezara, Cook volvió una tarde a casa y dijo:

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Quién es?

—Un tipo de color del ferrocarril.

—¿Pue traerle aquí?

—Dice que no quiere venir aquí, que es demasiado peligroso.

—¿Y por qué no le cuenta lo que me tiene que decir?

—Lo dijo bien clarito, solo quiere hablar contigo.

—¿Ha dicho algo del herrero?

Cook se encogió de hombros.

—No sé nada de eso. Solo dijo que quería hablar contigo.

Me preparé para salir. De todas formas, me estaba muriendo del aburrimiento encerrado en aquella casa.

—Ahora no —dijo Cook—. Esta noche, de madrugada, dijo que a la una de la mañana... Espera aquí y vete a la cama. Me vengo a la taberna y te despertaré cuando sea la hora.

No tuvo que despertarme porque ni me acosté. Toda la noche esperando, nervioso, hasta que al fin llegó Cook, a eso de la medianoche. Bajamos juntos por la montaña, desde la granja Kennedy hasta Ferry. Estaba oscuro y medio llovía cuando dejamos atrás la montaña. Cruzamos el puente por la vertiente del Potomac y, según avanzábamos, vimos que el tren ya había llegado, el de Baltimore a Ohio; había una locomotora enorme justo afuera del edificio de la armería de Ferry. Se quedó allí, echando vapor y reponiendo agua, y los coches de los pasajeros estaban vacíos.

Cook me guió hasta la parte de atrás de la estación y recorrimos el tren, todo lo largo que era. Cuando alcanzamos el último coche, Cook se separó, se metió entre la maleza y se dirigió hacia el Potomac, al borde del agua. El Potomac pasaba por debajo de las vías del tren. Allí estaba bastante oscuro, no había nada que ver salvo los remolinos del agua a la luz de la luna. Señaló a la orilla del río.

—El tipo quiere hablar contigo allí, a solas. Estos negros son unos desconfiados.

Se quedó esperando arriba mientras bajé a la orilla del Potomac. Me senté y esperé.

Momentos después, emergió de la parte más lejana de la orilla una silueta alta y abultá. Era un hombre d'aspecto bien poderoso, vestío con un pulcro uniforme de maletero. No vino directo a mi encuentro, sino que permaneció a la sombra del puente de madera del tren mientras s'aproximaba. Cuando me vio, no s'acercó más, se paró a unos pocos metros de distancia, se dio la vuelta y s'apoyó en el puente, mirando al río. Por encima de donde estábamos, el tren hizo un repentino ruido metálico y hubo un estallío de vapor, las válvulas y to eso chirriaron al soltar el vapor. Pegué un salto al oír el ruido, el hombre me miró y después volvió la vista de nuevo hacia el río.

—Tardarán una hora en qu'el vapor esté listo —dijo—, pue que dos. Es tol tiempo que tengo.

—¿Es el ferroviario?

—No importa quién sea, importa quién eres tú. ¿Quién eres?

—Un mensajero.

—Eso mismo era Jesús, pero a Él no se le veía corriendo por ahí con falda y bragas. ¿Eres un chico o una chica?

—No sé por qué andan tos dando vueltas a lo que soy. Tan solo traigo noticias.

—Problemas es lo que traes. Si ni siquiera sabes qué eres, te va a salir caro.

—Pero ¿qué he hecho mal?

—Tengo entendío que quieres comprar unas pocas de las escobas del cochero.

Las llevamos a Baltimore y más allá.

—¿Quién ha dicho eso? —pregunté.

—El herrero.

—¿Y quién es el herrero?

—A ti no t'importa.

Miró fijamente al otro lao del agua. A la luz de la luna, pude verle el contorno de la cara. Tenía pinta de ser un tipo de rostro amable, pero ahora tenía la cara cansá y tensa. No estaba de buenas.

—Te lo voy a preguntar otra vez —dijo. Miró a Cook por encima del hombro, que nos vigilaba desde arriba, y de nuevo al agua—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Y qué quieres?

—Bueno, creo que no sé qué decirle, pues ya van dos veces que lo he contao.

—Será mejor qu'aclares las cosas, sobre to cuando te vas de la lengua con la llorica de la mujer del cochero y pregonas la rebelión a los cuatro vientos.

—Yo no he pregonao na de ninguna rebelión. Solo le dije que sé leer.

—Es lo mismo. Tienes que cerrar la boca sobre ese tipo de cosas por aquí o te las verás con el herrero.

—No he venío hast'aquí a que m'amenace. Hablo en nombre del Capitán y no tengo na más que ver con eso.

—¿Con qué?

—Ya sabe con qué.

—No, no lo sé. Dime.

—¿Por qué tolos negros d'aquí no saben hablar sin rodeos?

—Porque los blancos no dudan en disparar, y balas de verdá, niña. Sobre to si un negro es tan tonto como p'hablar d'una rebelión.

—No era m'intención.

—No m'importa de quién fuera, ahora es cosa tuya; y si tu hombre... si es quien dices qu'es... si tu hombre tiene planeao alborotar a los de color, viene al pueblo equivocao. Si acaso, apenas se l'unirían unos cien.

—¿Y por qué?

—Aquí solo hay mil doscientos negros, y buena parte son mujeres y niños. El resto preferiría echar a sus propios hijos d'alimento pa los cerdos a la sombra d'un árbol antes que mover siquiera una ceja por los blancos. Joder, si el Viejo John Brown quería unos cuantos negros que luchasen a su lao, ya podría haber ido cien kilómetros al este, a Baltimore o a Washington, o... o incluso a la costa este de Maryland. Allí, los de color leen el periódico, tienen barcas y pistolas. Algunos son barqueros y puen llevar a las personas d'un lao a otro, habría sío un punto a su favor. Incluso en el sur de Virginia, en la tierra del algodón. Allí abajo hay plantaciones repletas de negros qu'harían cualquier cosa por escapar, pero ¿aquí? —Agitó la cabeza y miró por encima del hombro hacia Ferry—. Ha venío al lugar equivocao. Nos superan en número y estamos rodeaos de blancos por tolos laos, en tolos condaos.

—Aquí hay armas —dije—, por eso viene aquí. Quiere las pistolas de l'armería p'armar a los de color.

—Por favor, los negros de por aquí no sabrían distinguir un rifle d'un manojo de verduras. No se puen hacer cargo de ningún rifle, y además no van a dejar que los negros s'acerquen a las armas.

—Tiene lanzas y espadas, y muchas. Miles.

El ferroviario resopló con amargura.

—No importa, en cuanto abra fuego, estos blancos le quemarán vivo.

—No l'has visto luchar.

—Tampoco importa. Cuando acaben, l'arrancarán la cabeza del cuerpo y expulsarán a tolos de color d'un radio de ciento cincuenta kilómetros, solo p'hacernos olvidar qu'hemos visto al Viejo John por aquí. L'odian, si es qu'está vivo, que lo dudo mucho.

—Largo entonces. Estoy cansá de tener que pelearme y demostrar to. Ya verá cuando venga. He visto sus planes, tiene mapas llenos de colores y dibujos de por dónde van a venir los de color. Dice que van a venir de toas partes: Nueva York, Filadelfia, Pittsburgh... Lo tiene to planeao, es un ataque sorpresa.

El ferroviario agitó la mano, desencantao.

—Aquí no es ninguna sorpresa —resopló.

—¿Sabía qu'iba a venir?

—Desde que la oí por primera vez, nunca m'ha gustao la idea. Tampoco creía que fuera tan estúpido como pa intentarlo.

Fue la primera vez qu'oí a alguien fuera del círculo del Viejo hablar del plan.

—¿Quién se lo ha contao?

—El General, por eso estoy aquí.

Se me paró el corazón durante un instante.

—¿Va a venir?

—Espero que no, solo conseguirá que le vuelen la cabeza.

—¿Cómo es que sabe tanto?

Por primera vez, se volvió hacia mí. Se relamió los dientes.

—Tu Capitán, que Dios le bendiga, se va a ir a casa en tres trozos cuando acaben con él por aquí; y a cualquier negro que sea lo bastante estúpido como pa seguirle le van a acribillar a balazos, que Dios le maldiga.

—¿Por qué s'enfada tanto? No l'ha hecho na.

—Mi mujer y mis tres hijos son esclavos aquí —soltó—. En cuanto maten al Viejo John Brown, estos blancos van a usar tolas balas que tengan pa cazar negros como si fueran elefantes. Serán bien duros durante años y echarán a los de color que no acaben ahoracos por el camino. Venderán como esclavos a tolos de por aquí que tan solo parezcan negros. Río abajo hasta Nueva Orleans qu'irán, ¡maldita sea! Toavía no he ahorrao lo suficiente pa comprar a mis hijos. Solo tengo bastante pa uno, y ahora tengo que decidirme. Hoy, como venga...

Se calló. Aquello le comía por dentro, le desgarraba, y miró pa otro lao. Vi que tenía problemas, así que dije:

—No se preocupe, he visto a muchos otros negros que prometieron venir, en una gran reunión al norte, en Canadá. Estuvieron hablando tol día, estaban enfadaos y eran muchos. Eran peces gordos, hombres que sabían leer, hombres de letras. Prometieron venir...

—¡Y una mierda! —resopló—. ¡Esos negros estiraos de pecho henchío! ¡Hasta una maldita anchoa tiene más agallas que tos juntos!

Estaba qu'echaba humo por las orejas, miró pa otro lao y luego señaló el tren, qu'estaba en el puente por encima de nosotros dos.

—Ese tren d'ahí es la línea de Baltimore a Ohio. Sale a Washington, D. C., y a Baltimore tolos días. Va un poco al norte y se junta con el tren de Filadelfia y Nueva York dos veces por semana. He visto a tolos de color qu'han montao en ese tren durante los últimos nueve años y, así te lo digo, la mitá de tus líderes negros no se puen pagar un billete de más de diez metros a bordo d'ese tren; y los que puen estarían dispuestos a volarle la cabeza d'un tiro a sus esposas por un solo vaso de leche de los blancos.

Suspiró con enfado, echando aire por la nariz:

—Ah, se les da bien hablar y escriben historias pa los periódicos abolicionistas y to eso, pero escribir historias en el periódico y dar discursos no es lo mismo que trabajar aquí. En primera línea, en el frente, en la línea de la libertá. Hablan demasio, se las dan d'importantes, van to emperifollaos, beben té, chupan mollejas y corretean por Nueva Inglaterra con sus buenas camisas de seda mientras dejan que los blancos les sequen las lágrimas y to. Gente como Brown²², el de la caja, y Frederick Douglass²³. ¡Joder! Conozco a un tipo de color de Chambersburg que vale por veinte d'esos fanfarrones.

—¿Henry Watson?

—Déjate de nombres. ¡Dios! Haces demasiás preguntas y ahora sabes demasio, ¡maldita sea!

—No debería usar el nombre de Dios en vano, sobre to cuando venga el Capitán.

—No me preocupo por él. Llevo años trabajando en el tren *gospel* y sé a qué se dedica. Llevo oyendo hablar d'él desde qu'empecé con esto. Me gusta el Capitán, le quiero. He rezao por él muchas veces y ahora... —gruñó y dijo unas cuantas ordinariieces más—. Está más muerto que vivo, eso es lo que pasa. ¿De cuántas personas es su ejército?

—Bueno, l'última vez que los conté eran... unos dieciséis.

El ferroviario se rio.

—Con esos no hay ni pa jugar a los daos. El Viejo ha perdío la cabeza, al menos no soy el único loco.

²² Henry «Caja» Brown (1815-1878): Esclavo de Virginia que logró escapar escondido en una caja de madera que envió por correo a Filadelfia, donde la red del ferrocarril subterráneo consiguió ponerle a salvo. Relató su travesía en *Narrative of the Life of Henry Box Brown* (1849) y se dedicó al activismo abolicionista.

²³ Frederick Douglass (1817-1895): Activista afroamericano que huyó de la esclavitud de Maryland haciéndose pasar por un marinero negro. En Massachusetts, Douglass se convirtió en un orador de renombre a favor de la causa abolicionista, publicó su historia en *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave: Written by Himself* (1845), dio charlas en Inglaterra e Irlanda y apoyó la cruzada de John Brown.

Se sentó en l'orilla del río y tiró una piedra al agua, que salpicó mu poco. El ferroviario brillaba a la luz de la luna y se le veía mu triste.

—Cuéntame el resto.

—¿De qué?

—Del plan.

Se lo conté de cabo a rabo y escuchó con atención. L'hablé de deshacerse de los guardias nocturnos de las entrás delantera y trasera y d'huir a las montañas. Cuando terminé, asintió; se le veía más calmao.

—Bueno, se puede tomar Ferry, en eso tiene razón el Capitán. Solo hay dos guardias, pero es la segunda parte la que no entiendo. ¿De dónde espera que vengan los de color? ¿D'África?

—Forma parte del plan —dije, pero sonó como si balara una oveja.

Negó con la cabeza.

—John Brown es un gran hombre, que Dios le bendiga. No le falta valor, eso seguro, pero esta vez no l'acompaña la sabiduría de Dios. No puedo decirle cómo llevar a cabo esta empresa, pero s'equivoca.

—Dice que lleva años estudiándola.

—No es el primero en estudiar la rebelión. Los de color llevan cien años planeándola. Su plan no va a funcionar, no es práctico.

—Entonces, ¿pue hacer que funcione? Como es una pieza importante del tren *gospel* de por aquí, sabrá qué negros están dispuestos a luchar, ¿verdá?

—No pueo conseguir que doscientos negros salgan de Baltimore y de Washington, D. C., y que vengan aquí. Al menos necesitará esa cantidá pa tomar l'armería y llegar a las montañas cuando consiga lo que quiere. ¿De dónde va a sacar tantos? Tendría que conseguir gente desde Baltimore hasta Detroit, por el norte, y hast'Alabama, por el sur.

—¿No es eso a lo que se dedica?

—Conseguir qu'una o dos personas crucen la frontera de la libertá de Filadelfia es una cosa, y traer a doscientos desde D. C. y Baltimore hast'aquí es otra. Es imposible. Tendría que difundir la palabra por toas partes, hast'Alabama, en el sur, y asegurarse de que consigue las personas necesarias. El tren *gospel* pue llevar un mensaje con rapidez, pero no con tanta. No en tres semanas.

—¿Dice que no se pue conseguir?

—Digo que no se pue conseguir en tres semanas. Una carta tarda una semana entera en ir d'aquí a Pittsburgh. A veces, los rumores viajan más rápido que las cartas...

Pensó durante unos instantes.

—¿Dices que irá a por ellos dentro tres semanas?

—El veintitrés d'octubre, dentro de tres semanas.

—No tenemos tiempo. Es una maldita lástima. Una pena, de verdá, a no ser...
—Se toqueteó la mandíbula, pensativo—. ¿Sabes qué? Te voy a decir una cosa. Hazle llegar este mensaje al Viejo Capitán y qu'él decida. Si lo digo yo, y si alguien me pregunta, debo decir la verdá, así lo dicta el Señor, y no quiero que pase eso. Soy buen amigo del alcalde del pueblo, Fontaine Beckham. Es buen amigo mío y de los de color. Si me pregunta, tengo que ser capaz de decirle: «Señor alcalde, no sé na de to est'embrollo». No pueo mentirle, ¿comprendes?

Asentí.

—Dale este mensaje al Viejo: hay cientos de negros en Baltimore y en Washington, D. C., qu'arden en deseos de luchar contra l'esclavitú, pero no tienen telégrafo ni les llega el correo.

—¿Entonces?

—¿Entonces cómo harías llegar un mensaje a miles de personas que no tienen telégrafo ni reciben el correo? ¿Cuál es la vía más rápida pa ir del punto A al punto B?

—No lo sé.

—¡El ferrocarril, niña! Te lleva a la ciudad, pero entonces tienes que reunir a los de color, y justo sé cómo lograrlo. Escucha. Conozco a unos cuantos en Baltimore que llevan un negocio d'apuestas. Reciben apuestas tol día, tanto de los que son esclavos como de los que son libres y siempre pagan al ganador, no importa lo que pase. Tolos días juegan cientos de personas, hasta yo juego. Si consigues qu'el Viejo me dé algo de dinero pa poner en marcha a estos tipos, los de las apuestas no tardarán en correr la voz. Llegará a toas partes en uno o dos días, estos tipos no temen a la ley y, si puen hacerse con unos centavos, no les importa na más.

—¿Cuánto dinero?

—Bastará con unos doscientos cincuenta dólares. Veinticinco pa cad'uno. Un poco pa los de Washington y otro poco pa los hombres de Baltimore. Ahora mismo se m'ocurren diez.

—¡Doscientos cincuenta dólares! El Viejo no tiene ni cinco.

—Bueno, esas son las condiciones. Consígueme el dinero y haré correr la voz por Baltimore y D. C. y, si me da otros doscientos cincuenta, también tendré listos unos cuantos carros y caballos. Así, los hombres que se le quieran unir (espero que también haya mujeres, y muchas) podrán venir hast'aquí. Está solo a un día de viaje.

—¿Cuántos carros?

—Bastará con cinco.

—¿Y cómo van a venir?

—Siguiendo las vías. Vienen derechas desde Baltimore hast'aquí y las acompaña un camino de tierra. Hay un par de tramos en mal estao (se lo diré a los negros), pero el camino está bien. El tren no va a más de treinta o cuarenta kilómetros por hora y se para cada quince minutos a recoger agua y pasajeros. Podrán seguirle el ritmo y no se quedarán mu atrás.

Se detuvo unos instantes. Miraba fijamente el agua, asentía, pensaba y le daba vueltas a la cabeza mientras hablaba:

—Vendré aquí en tren. El de Baltimore a Ohio llega a l'una y veinticinco de la madrugá, tolas noches desde Baltimore. Recuérdalo: a l'una y veinticinco de la madrugá, el de Baltimore a Ohio, yo vendré en él. Cuando el ejército del Viejo y tú m'hagáis la señal, indicaré a los de los carros que vienen por el camino qu'es la hora de ponerse en marcha.

—No me parece mu sólido, señor ferroviario.

—¿Acaso tienes un plan mejor?

—No.

—Entonces no s'hable más. Dile al Capitán que tiene que parar el tren a l'una y veinticinco, justo antes de que cruce el puente de Baltimore a Ohio. Te diré el resto de lo que vamos a hacer más tarde, ahora tengo qu'irme. Dile al Viejo que me mande quinientos dólares. Volveré dentro de dos días, en el próximo viaje. A l'una y veinticinco exactas. Reúnete conmigo aquí a esa hora. Después, no me vuelvas a dirigir la palabra nunca más.

Se dio la vuelta y se fue. Corrí hasta donde estaba Cook, en la parte alta de la ribera. Cook observó cómo se marchaba.

—¿Y bien?

—Dice que nos harán falta quinientos dólares p'alborotar a las abejas.

—¿Quinientos dólares? ¡Miserables desagradecidos! Imagínate que se marcha con todo el dinero. Veníamos a liberarlos, ¿y qué te parece? El Viejo jamás pagará tanto.

Pero cuando s'enteró, el Viejo sí pagó, y mucho más. Una pena que pagase, pues le salió mu caro y pa entonces s'había ido to al traste y no había forma de recuperar ningún dinero. M'habría gustao que l'hubiera conseguido, sobre to por culpa d'unos pocos errores que cometí y por los cuales tos pagamos un precio mu alto, el ferroviario incluío.

7. Conclusiones

Este trabajo nacía con el objetivo de ofrecer una traducción de la novela estadounidense *The Good Lord Bird* al castellano que reflejara fielmente el texto original. Con este propósito, primeramente se ha estudiado la figura del autor, James McBride, así como su trayectoria literaria, las condiciones en que escribió la novela y su recepción en Estados Unidos. Se ha prestado especial atención al papel que juega el dialecto en cuanto a elemento caracterizador de los personajes, en particular el afroamericano (conocido como *Black English*), en su producción literaria.

El siguiente paso ha consistido en analizar los rasgos de este dialecto, pues resulta determinante en la narración en primera persona del protagonista, el esclavo Henry «Cebolla» Shackleford. Puesto que conseguir un texto castellano que tenga en cuenta esta variación lingüística particular es una de las metas principales de esta propuesta, se ha ofrecido un repaso bibliográfico en el que se recogen las consideraciones y soluciones que proponen distintos traductólogos en relación al dialecto. Así, el texto resultante respeta la observación de López García (1991), que recomienda hacer llegar la desviación expresiva del texto fuente a los lectores de la lengua de llegada. Además, y siguiendo el estudio de Hatim y Mason (1995), quienes inciden en la función sociocultural del *Black English* y en sus implicaciones, se ha traducido el dialecto afroamericano a una variedad subestándar del castellano. Para ello, se han seguido las máximas de adecuación y coherencia elaboradas por Mayoral Asensio (1999) y se ha recurrido a la estrategia de la «compilación dialectal» que proponían Perteghella (2002), Marco Borillo (2002) y Tello Fons (2011). De este modo, el texto resultante presenta marcas del registro vulgar y coloquial que transgreden la norma, es decir, se ha preferido el atopismo frente al anatopismo y la domesticación, de manera que el resultado no se decanta por un dialecto regional concreto, sino que mezcla rasgos de varios para respetar las funciones mimética y simbólica del habla de Henry en *The Good Lord Bird*. Sin embargo, para diferenciar entre el rol social de los personajes de la novela se ha recurrido a estandarizar el dialecto rural de los blancos, caso de John Brown y el Holandés. En resumen, por medio de la compilación dialectal se ha logrado diferenciar socialmente a los esclavos afroamericanos de los personajes blancos, si bien algunos de estos últimos han perdido los rasgos rurales que caracterizaban su habla en beneficio de un mayor protagonismo del *Black English* y sus implicaciones.

En el capítulo cinco se han analizado los elementos culturales presentes en la obra que suponían dificultades de traducción. Para los relacionados con la vida en el Oeste de Estados Unidos se han encontrado equivalentes culturales en castellano, si bien en algunos casos se ha recurrido a la estrategia de la expansión. Con el fin de traducir

las alusiones a la esclavitud, se han consultado obras de referencia y manuales acerca de este período histórico y del género literario de las narraciones de esclavos, lo cual ha facilitado la tarea traductora y ha permitido precisar los términos en el texto castellano y ofrecer notas al pie de página en algunos casos. El humor presente en la novela de McBride también ha supuesto un desafío, si bien se han seguido los consejos de Landers (1999) y Zabalbeascoa (2005), quienes proponen mantener el tono jocoso del texto fuente y compensar los juegos de palabras y aliteraciones en la lengua de llegada. La compensación ha sido la estrategia empleada para adaptar las alusiones a la Biblia que el personaje de John Brown altera y cambia según sus propósitos abolicionistas. Finalmente, en la traducción del título de la novela se ha tenido en cuenta el carácter simbólico del pájaro al que hace referencia y su relevancia en la trama, por lo que se ha optado por «El pájaro del Señor».

Tras estas consideraciones teóricas, la propuesta de traducción de los fragmentos seleccionados (los capítulos uno, dos, veintidós, veintitrés y veinticuatro) ha conseguido mantener el tono humorístico, la narración fluida (dialecto incluido) y la ambientación histórica de la novela de McBride, en buena medida gracias a las estrategias comentadas. Una vez concluido este trabajo, se considerará presentar esta traducción en varias editoriales del mercado hispano con el fin de dar a conocer *The Good Lord Bird* y la producción literaria de James McBride. Además, queda abierta la posibilidad de continuar investigando las estrategias que se pueden aplicar para verter al castellano el dialecto afroamericano y los elementos culturales relacionados con el caso concreto de las nuevas narraciones de esclavos, género en el que se enmarca la obra aquí estudiada.

8. Bibliografía

8.1. Bibliografía primaria

Biblia de Jerusalén (1998), Bilbao, Desclée de Brouwer.

BROWNE, MARTHA GRIFFITH (2004): *The Autobiography of a Female Slave*, [en línea], *Documenting the American South*, <<http://docsouth.unc.edu/neh/browne/menu.html>> [Consulta: 6 mayo 2015].

BUTLER, OCTAVIA E. (2014): *Kindred*, Londres, Headline Publishing Group.

CRAFT, WILLIAM (2004): *Running a Thousand Miles for Freedom; Or, The Escape of William and Ellen Craft from Slavery*, [en línea], *Documenting the American South*, <<http://docsouth.unc.edu/neh/craft/menu.html>> [Consulta: 6 mayo 2015].

EQUIANO, OLAUDAH (1999): *Narración de Olaudah Equiano «El Africano» escrita por él mismo: autobiografía de un esclavo liberto del siglo XVIII*, trad. Celia Montolío Nicholson, Madrid, Miraguano.

___ (2003): *The Interesting Life and Other Writings*, Londres, Penguin.

HALEY, ALEX (1979): *Raíces*, trad. Rolando Costa Picazo, Madrid, Ultramar Ediciones.

___ (2006): *Roots*, Nueva York, Vanguard Press.

JOHNSON, CHARLES (1991): *La trata*, trad. Rosa María Bassols Camarasa, Barcelona, Seix Barral.

___ (1999): *Middle Passage*, Edimburgo, Payback Press.

MCBRIDE, JAMES (1998a): *The Color of Water: A Black Man's Tribute to His White Mother*, Londres, Bloomsbury.

___ (1998b): *El color del agua*, trad. Josefina Guerrero, Barcelona, Planeta.

___ (2002): *Miracle at St. Anna*, Nueva York, Riverhead Books.

___ : "Hip Hop Planet", [en línea], *National Geographic*, abril 2007, <<http://ngm.nationalgeographic.com/2007/04/hip-hop-planet/mcbride-text>> [Consulta: 6 mayo 2015].

___ (2008): *Song Yet Sung*, Nueva York, Riverhead Books.

___ (2013): *The Good Lord Bird*, Nueva York, Riverhead Books.

___ (2014): *Lieveheersvogel*, trad. Reintje Ghos y Jan Pieter van der Sterre, Ámsterdam, Xander.

- Miracle at St. Anna*. Dir. Spike Lee. Touchstone Pictures, 2008. DVD.
- NORTHUP, SOLOMON (2013): *Doce años de esclavitud*, trad. Noemí Sobregués, Juan Camargo, Juan Castilla y Javier Fernández de Castro, Barcelona, Debolsillo.
- ___ (2014): *Twelve Years a Slave*, Londres, Collins Classics.
- O'CONNOR, FLANNERY (1983): "The Artificial Nigger", en *A Good Man Is Hard to Find and Other Stories*, San Diego, Harcourt.
- ___ (2005): "El negro artificial", en *Cuentos completos*, trad. Marcelo Covián, Barcelona, Lumen.
- Red Hook Summer*. Dir. Spike Lee. 40 Acres and a Mule Filmworks, 2012. DVD.
- STOWE, HARRIET BEECHER (1986): *Uncle Tom's Cabin*, Nueva York, Penguin.
- ___ (1992): *La cabaña del tío Tom*, trad. Isabel Vázquez de Castro, Madrid, Anaya.
- STYRON, WILLIAM (2004): *The Confessions of Nat Turner*, Londres, Vintage Books.
- The Bible: Authorized King James Version* (1998), Oxford, Oxford University Press.
- TOOLE, JOHN KENNEDY (1992): *La conjura de los necios*, trad. J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez, Barcelona, RBA Editores.
- ___ (2007): *A Confederacy of Dunces*, Nueva York, Groove Press.
- TWAIN, MARK (2001): *The Adventures of Tom Sawyer & The Adventures of Huckleberry Finn*, Ware, Wordsworth Classics.
- ___ (2004): *Las aventuras de Huckleberry Finn*, trad. Doris Rolfe y Antonio Ferres, Madrid, El País.
- WALKER, ALICE (1985): *The Color Purple*, Nueva York, Pocket Books.
- ___ (1995): *El color púrpura*, trad. Ana M.^a de la Fuente, Barcelona, RBA Editores.

8.2. Bibliografía secundaria

- AGUILAR, ANDREA: “El escritor afroamericano James McBride triunfa en los National Book Awards”, [en línea], *El País*, 21 noviembre 2013, <http://cultura.elpais.com/cultura/2013/11/21/actualidad/1385020269_953699.html> [Consulta: 6 mayo 2015].
- ANTOLÍN RATO, MARCIANO: “Eñorita Ecalaata”, [en línea], *El Trujamán: Revista diaria de traducción*, 25 abril 2014, <http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/abril_14/25042014.htm> [Consulta: 20 marzo 2015].
- ARANA, MARIE: “‘The Good Lord Bird’ by James McBride”, [en línea], *The Washington Post*, 19 agosto 2013, <http://www.washingtonpost.com/entertainment/books/the-good-lord-bird-by-james-mcbride/2013/08/19/e0759a98-05e1-11e3-88d6-d5795fab4637_story.html> [Consulta: 6 mayo 2015].
- BELL, MADISON SMARTT: “Prophetic Dreams”, [en línea], *The New York Times*, 2 marzo 2008, <<http://www.nytimes.com/2008/03/02/books/review/Bell-t.html?pagewanted=all>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- BERTRAND, STEVE: “James McBride on *The Good Lord Bird*”, [en línea], *YouTube*, 30 agosto 2013, <<https://www.youtube.com/watch?v=Z25CTmzwknQ>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- BOOKER, BOBBI: “A Little Onion Reveals Layers of History in ‘Good Lord Bird’”, [en línea], *National Public Radio*, 23 agosto 2013, <<http://www.npr.org/2013/08/23/213463031/a-little-onion-reveals-layers-of-history-in-good-lord-bird>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- BOSMAN, JULIE: “Traveling With John Brown Along the Road to Literary Celebrity”, [en línea], *The New York Times*, 24 noviembre 2013, <<http://www.nytimes.com/2013/11/25/books/james-mcbride-on-his-novel-the-good-lord-bird.html>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- BUTTERFIELD, STEPHEN T. (1972): “The Use of Language in the Slave Narrative”, *Negro American Literary Forum*, 6.3, pp. 72-78.
- CATFORD, JOHN C. (1965): *A Linguistic Theory of Translation*, Londres, Oxford University Press.
- CONNOR, KIMBERLEY RAE (1996): “To Disembark: The Slave Narrative Tradition”, *African American Review*, 30.1, pp. 35-57.

- CRYSTAL, DAVID (2010): *Begat: The King James Bible and the English Language*, Oxford, Oxford University Press.
- DREISINGER, BAZ: “Marching On: James McBride’s ‘Good Lord Bird’”, [en línea], *The New York Times*, 15 agosto 2013, <<http://www.nytimes.com/2013/08/18/books/review/james-mcbrides-good-lord-bird.html>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- GOULD, PHILIP (2005): “The Rise, Development, and Circulation of the Slave Narrative”, en *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*, ed. Audrey A. Fisch, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 11-27.
- HATIM, BASIL Y MASON, IAN (1995): *Teoría de la traducción: Una aproximación al discurso*, trad. Salvador Peña, Barcelona, Ariel.
- HURTADO ALBIR, AMPARO (2001): *Traducción y traductología: Introducción a la traductología*, Madrid, Cátedra.
- LANDERS, CLIFFORD E. (1999): *Literary Translation: A Practical Guide*, Clevedon - Buffalo - Toronto, Multilingual Matters Ltd.
- LÓPEZ GARCÍA, DÁMASO (1991): *Sobre la imposibilidad de la traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- MARCO BORILLO, JOSEP (2002): *El fil d’Ariadna: Anàlisi estilística i traducció literària*, Barcelona, Eumo.
- MAYORAL ASENSIO, ROBERTO (1990): “Comentario a la traducción de algunas variedades de la lengua”, *Sendebarr*, 1, pp. 35-46.
- ___ (1999): *La traducción de la variación lingüística*, Soria, Diputación Provincial.
- MUÑOZ MARTÍN, RICARDO (1995): *Lingüística para traducir*, Barcelona, Teide.
- NEWMARK, PETER (1988): *A Textbook of Translation*, Londres, Longman.
- PARADELA LÓPEZ, DAVID: “Traducir Dialectos”, [en línea], *El Trujamán: Revista diaria de traducción*, 29 julio, 12 septiembre y 6 octubre 2014, <<http://cvc.cervantes.es/trujaman/busqueda/resultadosbusqueda.asp?vve=50&pagina=1&titulo=traducir%20dialectos%20&ordenresultador=2>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- PERTEGHELLA, MANUELA (2002): “Language and Politics on Stage: Strategies for Translating Dialect and Slang with References to Shaw’s *Pygmalion* and Bond’s *Saved*”, *Translation Review*, 64, pp. 45-53.

- RABADÁN, ROSA (1991): *Equivalencia y traducción: Problemática de la equivalencia transléctica inglés-español*, León, Universidad de León.
- RAMSEY, WILLIAMS M. (2005): “Knowing Their Place: Three Black Writers and the Postmodern South”, *The Southern Literary Journal*, 37.2, pp. 119-139.
- RODRIGUEZ, JUNIUS P., (ed.) (2007): *Slavery in the United States: A Social, Political, and Historical Encyclopedia*, Santa Bárbara (CA), ABC-CLIO.
- RUSHDY, ASHRAF H. A. (2004): “The Neo-Slave Narrative”, en *The Cambridge Companion to the African American Novel*, ed. Maryemma Graham, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 87-105.
- SIMON, SCOTT: “‘Good Lord Bird’ Gives Abolitionist Heroes Novel Treatment”, [en línea], *National Public Radio*, 17 agosto 2013, <<http://www.npr.org/2013/08/17/212588754/good-lord-bird-gives-abolitionist-heroes-novel-treatment>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- SMITH, VALERIE (2007): “Neo-Slave Narratives”, en *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*, ed. Audrey A. Fisch, Cambridge, Cambridge University Press, pp.168-185.
- TELLO FONS, ISABEL (2011): *La traducción del dialecto: análisis descriptivo del dialecto geográfico y social en un corpus de novelas en lengua inglesa y su traducción al español*, Tesis doctoral inédita, Universitat Jaume I.
- ___ (2012): “Traducción de la variación lingüística: Una visión diacrónica”, *Hikma*, 11, pp. 133-159.
- TOBAR, HECTOR: “‘The Good Lord Bird’ Is a Twisted Take on an Abolitionist’s Story”, [en línea], *Los Angeles Times*, 30 agosto 2013, <<http://articles.latimes.com/2013/aug/30/entertainment/la-ca-jc-james-mcbride-20130901>> [Consulta: 6 mayo 2015].
- TOBIN, JACQUELINE L. Y DOBARD, RAYMOND G. (2000): *Hidden in Plain View: A Secret History of Quilts and the Underground Railroad*, Nueva York, Anchor Books.
- WEINSTEIN, CINDY (2007): “The Slave Narrative and Sentimental Literature”, en *The Cambridge Companion to the African American Slave Narrative*, ed. Audrey A. Fisch, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 115-134.
- ZABALBEASCOA, PATRICK (2005): “Humor and Translation: An Interdiscipline”, *Humor*, 18.2, pp. 185-207.
- ZANGER, JULES (1966): “Literary Dialect and Social Change”, *Midcontinent American Studies Journal*, 7.2, pp. 40-48.

ZATLIN, PHYLLIS (2005): *Theatrical Translation and Film Adaptation: A Practitioner's View*, Clevedon - Buffalo - Toronto, Multilingual Matters Ltd.

8.3. Obras de referencia

Base de datos de libros editados en España, [en línea], <<http://www.mecd.gob.es/cultura-mecd/areas-cultura/libro/bases-de-datos-del-isbn/base-de-datos-de-libros.html>> [Consulta: 5 junio 2015].

Collins Dictionary, [en línea], <<http://www.collinsdictionary.com/>> [Consulta: 6 mayo 2015].

Diccionario de la lengua española, [en línea], <<http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>> [Consulta: 6 mayo 2015].

Documenting the American South, [en línea], <<http://docsouth.unc.edu/>> [Consulta: 6 mayo 2015].

James McBride: Author & Musician, [en línea], <<http://www.jamesmcbride.com/>> [Consulta: 6 mayo 2015].

Merriam-Webster Dictionary, [en línea], <<http://www.merriam-webster.com/>> [Consulta: 6 mayo 2015].

VV. AA. (2012²): *Ortografía de la lengua española*, México, D. F., Espasa.

Wordreference, [en línea], <<http://www.wordreference.com/>> [Consulta: 6 mayo 2015].

9. Anexo

A continuación, se incluyen los capítulos y fragmentos de *The Good Lord Bird* que se corresponden con el texto traducido en el apartado seis de este trabajo.

Chapter 1: Meet the Lord

I was born a colored man and don't you forget it. But I lived as a colored woman for seventeen years.

My Pa was a full-blooded Negro out of Osawatomie, in Kansas Territory, north of Fort Scott, near Lawrence. Pa was a barber by trade, though that never gived him full satisfaction. Preaching the Gospel was his main line. Pa didn't have a regular church, like the type that don't allow nothing but bingo on Wednesday nights and women setting around making paper-doll cutouts. He saved souls one at a time, cutting hair at Dutch Henry's Tavern, which was tucked at a crossing on the California Trail that runs along the Kaw River in south Kansas Territory.

Pa ministered mostly to lowlifes, four-flushers, slaveholders, and drunks who came along the Kansas Trail. He weren't a big man in size, but he dressed big. He favored a top hat, pants that drawed up around his ankles, high-collar shirt, and heeled boots. Most of his clothing was junk he found, or items he stole off dead white folks on the prairie killed off from dropsy or aired out on account of some dispute or other. His shirt had bullet holes in it the size of quarters. His hat was two sizes too small. His trousers come from two different-colored pairs sewn together in the middle where the arse met. His hair was nappy enough to strike a match on. Most women wouldn't go near him, including my Ma, who closed her eyes in death bringing me to this life. She was said to be a gentle, high-yaller woman. "Your Ma was the only woman in the world man enough to hear my holy thoughts," Pa boasted, "for I'm a man of many parts."

Whatever them parts was, they didn't add up to much, for all full up and dressed to the nines, complete with boots and three-inch top hat, Pa only come out to 'bout four feet eight inches tall, and quite a bit of that was air.

But what he lacked in size, Pa made up for with his voice. My Pa could outyell with his voice any white man who ever walked God's green earth, bar none. He had a high, thin voice. When he talked, it sounded like he had a Jew's harp stuck down his throat, for he spoke in pops and bangs and such, which meant speaking with him was a two-for-one deal, being that he cleaned your face and spitwashed it for you at the same time—make that three-for-one, when you consider his breath. His breath smelled like hog guts and sawdust, for he worked in a slaughterhouse for many years, so most colored folks avoided him generally.

But white folks liked him fine. Many a night I seen my Pa fill up on joy juice and leap atop the bar at Dutch Henry's, snipping his scissors and hollering through the smoke and gin, "The Lord's coming! He's a'comin' to gnash out your teeth and tear out your hair!" then fling hisself into a crowd of the meanest, low-down, piss-drunk

Missouri rebels you ever saw. And while they mostly clubbed him to the floor and kicked out his teeth, them white fellers didn't no more blame my Pa for flinging hisself at them in the name of the Holy Ghost than if a tornado was to come along and toss him across the room, for the Spirit of the Redeemer Who Spilt His Blood was serious business out on the prairie in them days, and your basic white pioneer weren't no stranger to the notion of hope. Most of 'em was fresh out of that commodity, having come west on a notion that hadn't worked out the way it was drawed up anyway, so anything that helped them outta bed to kill off Indians and not drop dead from ague and rattlesnakes was a welcome change. It helped too that Pa made some of the best rotgut in Kansas Territory—though he was a preacher, Pa weren't against a taste or three—and like as not, the same gunslingers who tore out his hair and knocked him cold would pick him up afterward and say "Let's liquor," and the whole bunch of 'em would wander off and howl at the moon, drinking Pa's giddy sauce. Pa was right proud of his friendship with the white race, something he claimed he learned from the Bible. "Son," he'd say, "always remember the book of Hezekial, twelfth chapter, seventeenth verse: 'Hold out thy glass to thy thirsty neighbor, Captain Ahab, and let him drinketh his fill.'"

I was a grown man before I knowed there weren't no book of Hezekial in the Bible. Nor was there any Captain Ahab. Fact is, Pa couldn't read a lick, and only recited Bible verses he heard whitefolks tell him.

Now, it's true there was a movement in town to hang my Pa, on account of his getting filled with the Holy Ghost and throwing hisself at the flood of westward pioneers who stopped to lay in supplies at Dutch Henry's—speculators, trappers, children, merchants, Mormons, even white women. Them poor settlers had enough to worry 'bout what with rattlers popping up from the floorboards and breechloaders that fired for nothing and building chimneys the wrong way that choked 'em to death, without having to fret 'bout a Negro flinging hisself at them in the name of our Great Redeemer Who Wore the Crown. In fact, by the time I was ten years old in 1856, there was open talk in town of blowing Pa's brains out.

They would'a done it, I think, had not a visitor come that spring and got the job done for 'em.

Dutch Henry's sat right near the Missouri border. It served as a kind of post office, courthouse, rumor mill, and gin house for Missouri rebels who come across the Kansas line to drink, throw cards, tell lies, frequent whores, and holler to the moon 'bout niggers taking over the world and the white man's constitutional rights being throwed in the outhouse by the Yankees and so forth. I paid no attention to that talk, for my aim in them days was to shine shoes while my Pa cut hair and shove as much johnnycake and ale down my little red lane as possible. But come spring, talk in Dutch's

circled 'round a certain murderous white scoundrel named Old John Brown, a Yank from back east who'd come to Kansas Territory to stir up trouble with his gang of sons called the Pottawatomie Rifles. To hear them tell it, Old John Brown and his murderous sons planned to deaden every man, woman, and child on the prairie. Old John Brown stole horses. Old John Brown burned homesteads. Old John Brown raped women and hacked off heads. Old John Brown done this, and Old John Brown done that, and why, by God, by the time they was done with him, Old John Brown sounded like the most onerous, murderous, low-down son of a bitch you ever saw, and I resolved that if I ever was to run across him, why, by God, I would do him in myself, just on account of what he done or was gonna do to the good white people I knowed.

Well, not long after I decided them proclamations, an old, tottering Irishman teetered into Dutch Henry's and sat in Pa's barber chair. Weren't nothing special 'bout him. There was a hundred prospecting prairie bums wandering around Kansas Territory in them days looking for a lift west or a job rustling cattle. This drummer weren't nothing special. He was a stooped, skinny feller, fresh off the prairie, smelling like buffalo dung, with a nervous twitch in his jaw and a chin full of ragged whiskers. His face had so many lines and wrinkles running between his mouth and eyes that if you bundled 'em up, you could make 'em a canal. His thin lips was pulled back to a permanent frown. His coat, vest, pants, and string tie looked like mice had chewed on every corner of 'em, and his boots was altogether done in. His toes stuck clean through the toe points. He was a sorry-looking package altogether, even by prairie standards, but he was white, so when he set in Pa's chair for a haircut and a shave, Pa put a bib on him and went to work. As usual, Pa worked at the top end and I done the bottom, shining his boots, which in this case was more toes than leather.

After a few minutes, the Irishman glanced around, and, seeing as nobody was standing too close, said to Pa quietly, "You a Bible man?"

Well, Pa was a lunatic when it come to God, and that perked him right up. He said, "Why, boss, I surely is. I knows all kinds of Bible verses."

The old coot smiled. I can't say it was a real smile, for his face was so stern it weren't capable of smiling. But his lips kind of widened out. The mention of the Lord clearly pleased him, and it should have, for he was running on the Lord's grace right then and there, for that was the murderer Old John Brown hisself, the scourge of Kansas Territory, setting right there in Dutch's Tavern, with a fifteen-hundred-dollar reward on his head and half the population in Kansas Territory aiming to put a charge in him.

"Wonderful," he said. "Tell me. Which books in the Bible do you favor?"

"Oh, I favors 'em all," Pa said. "But I mostly like Hezekiel, Ahab, Trotter, and Pontiff the Emperor."

The Old Man frowned. "I don't recollect I have read those," he said, "and I have read the Bible through and through."

"I don't know 'em exact," Pa said. "But whatever verses you know, stranger, why, if it would please you to share them, I would be happy to hear 'em."

"It would please me indeed, brother," said the stranger. "Here's one: Whosoever stoppeth his ear at the cry of the Lord, he also shall cry himself."

"Hot goodness, that's a winner!" Pa said, leaping into the air and clapping his boots together. "Tell me another."

"The Lord puts forth his hand and touches all evil and kills it."

"That warms my soul!" Pa said, leaping up and clapping his hands. "Gimme more!"

The old coot was rolling now. "Put a Christian in the presence of sin and he will spring at its throat!" he said.

"C'mon, stranger!"

"Free the slave from the tyranny of sin!" the old coot nearly shouted.

"Preach it!"

"And scatter the sinners as stubble so that the slave *shall forever be free!*"

"*Yes, sir!*"

Now, them two was setting dead center in Dutch Henry's Tavern as they went at it, and there must've been ten people milling 'bout within five feet of them, traders, Mormons, Indians, whores—even the Old John Brown hisself—who could'a leaned over to Pa and whispered a word or two that would have saved his life, for the question of slavery had thrown Kansas Territory into war. Lawrence was sacked. The governor had fled. There weren't no law to speak of. Every Yankee settler from Palmyra to Kansas City was getting his duff kicked from front to back by Missouri roughriders. But Pa didn't know nothing 'bout that. He had never been more than a mile from Dutch's Tavern. But nobody said a word. And Pa, being a lunatic for the Lord, hopped about, clicking his scissors and laughing. "Oh, the Holy Spirit's a'comin'! The blood of Christ! Yes indeedy. Scatter that stubble! Scatter it! I feel like I done met the Lawd!"

All around him, the tavern had quieted up.

And just then, Dutch Henry walked into the room.

Dutch Henry Sherman was a German feller, big in feature, standing six hands tall without his boots. He had hands the size of meat cleavers, lips the color of veal, and a rumbling voice. He owned me, Pa, my aunt and uncle, and several Indian squaws, which he used for privilege. It weren't beyond old Dutch to use a white man in that manner, too, if he could buy his goods that way. Pa was Dutch's very first slave, so Pa was privileged. He come and go as he pleased. But at noon every day, Dutch came in to

collect his money, which Pa faithfully kept in a cigar box behind the barber's chair. And as luck would have it, it was noon.

Dutch walked over, reached behind Pa's barber chair to the cashbox, removed his money, and was about to turn away when he glanced at the old man sitting in Pa's barber chair and saw something he didn't like.

"You look familiar," he said. "What's your name?"

"Shubel Morgan," the Old Man said.

"What you doing 'round these parts?"

"Looking for work."

Dutch paused a moment, peering at the Old Man. He smelled a rat. "I got some wood out back needs chopping," he said. "I'll give you fifty cents to chop wood half a day."

"No, thanks," the Old Man said.

"Seventy-five cents."

"Naw."

"How about a dollar, then?" Dutch asked. "A dollar is a lot of money."

"I can't," the Old Man grunted. "I'm waiting on the steamer to come down the Kaw."

"That steamer don't come for two weeks," Dutch said.

The Old Man frowned. "I am setting here sharing the Holy Word with a brother Christian, if you don't mind," he said. "So why don't you mind your marbles, friend, and saw your wood your own self, lest the Lord see you as a fat sow and a laggard."

Dutch carried a pepperbox in them days. Tight little gun. Got four barrels on it. Nasty close up. He kept it in his front pocket for easy pickings. Not in a holster. Right in his front pocket. He reached in that pocket and drewed it out, and held it, barrel down, all four barrels pointed to the floor, talking to that wrinkled Old Man with a gun in his hand now.

"Only a white-livered, tit-squeezing Yankee would talk like that," he said. Several men got up and walked out. But the Old Man sat there, calm as an egg. "Sir," he said to Dutch, "that's an insult."

Now, I ought to say right here that my sympathies was with Dutch. He weren't a bad feller. Fact is, Dutch took good care of me, Pa, my aunt and uncle, and several Indian squaws, which he used for rootin'-tootin' purpose. He had two younger brothers, William and Drury, and he kept them in chips, plus he sent money back to his maw in Germany, plus fed and clothed all the various squaws and assorted whores his brother William drug in from Mosquite Creek and thereabouts, which was considerable, for William weren't worth a shit and made friends with everybody in Kansas Territory but

his own wife and children. Not to mention Dutch had a stall barn, several cows and chickens, two mules, two horses, a slaughterhouse, and a tavern. Dutch had a lot on him. He didn't sleep but two or three hours a night. Fact is, looking back, Dutch Henry was something like a slave himself.

He backed off the Old Man a step, still holding that pepperbox pointed to the floor, and said, "Get down off that chair."

The barber's chair was set on a wood pallet. The Old Man slowly stepped off it. Dutch turned to the bartender and said, "Hand me a Bible," which the bartender done. Then he stepped up to the Old Man, holding the Bible in one hand and his pepperbox in the other.

"I'm gonna make you swear on this Bible that you is for slavery and the U.S. Constitution," he said. "If you do that, you old bag, you can walk outta here none the worse. But if you're a lying, bluebellied Free Stater, I'mma bust you across the head so hard with this pistol, yellow'll come out your ears. Place your hand on that," he said.

Now, I was to see quite a bit of Old John Brown in the coming years. And he done some murderous, terrible things. But one thing the Old Man couldn't do good was fib—especially with his hand on the Bible. He was in a spot. He threw his hand on the Bible and for the first time, looked downright tight.

"What's your name?" Dutch said.

"Shubel Isaac."

"I thought you said it was Shubel Morgan."

"Isaac's my middle name," he said.

"How many names you got?"

"How many I need?"

The talk had stirred up an old drunk named Dirk, who was asleep at a corner table nearby. Dirk sat up, squinted across the room, and blurted, "Why, Dutch, that looks like Old John Brown there."

When he said that, Dutch's brothers, William and Drury, and a young feller named James Doyle—all three would draw their last breath in another day—got up from their table near the door and drew their Colts on the Old Man, surrounding him.

"Is that true?" Dutch asked.

"Is what true?" the Old Man said.

"Is you Old Man Brown?"

"Did I say I was?"

"So you ain't him," Dutch said. He seemed relieved. "Who are you then?"

"I'm the child of my Maker."

"You too old to be a child. You Old John Brown or not?"

“I’m whoever the Lord wants me to be.”

Dutch threw the Bible down and pushed that pepperbox right on the Old Man’s neck and cocked it. “Stop shitting around, you God-damned potato-head! Old Man Brown. Is you him or not?”

Now, in all the years I knowed him, Old John Brown never got excitable, even in matters of death—his or the next man’s—unless the subject of the Lord come up. And seeing Dutch Henry fling that Bible to the floor and swearing the Lord’s name in vain, that done a number on him. The Old Man plain couldn’t stand it. His face got tight. Next when he spoke, he weren’t talking like an Irishman no more. He spoke in his real voice. High. Thin. Taut as gauge wire.

“You bite your tongue when you swear about our Maker,” he said coolly, “lest by the power of His Holy Grace, I be commanded to deliver redemption on His behalf. And then that pistol you holding there won’t be worth a cent. The Lord will lift it out your hand.”

“Cut the jitter and tell me your name, God dammit.”

“Don’t swear God’s name again, sir.”

“Shit! I’ll swear his cock-dragging God-damn name whenever I God-damn well please! I’ll holler it up a dead hog’s ass and then shove it down your shit-eating Yank throat, ya God-damned nigger turned inside out!”

That roused the Old Man, and quick as you can tell it, he throwed off that barber’s bib and flashed the butt end of a Sharps rifle beneath his coat. He moved with the speed of a rattler, but Dutch already had his pistol barrel at the Old Man’s throat, and he didn’t have to do nothing but drop the hammer on it.

Which he did.

Now that pepperbox is a fussy pistol. It ain’t dependable like a Colt or a regular repeater. It’s a powder cap gun. It needs to be dry, and all that sweating and swearing must’ve sprouted water on Dutch’s big hands, is the only way I can call it, for when Dutch pulled the go switch, the gun hollered “Kaw!” and misfired. One barrel exploded and peeled sideways. Dutch dropped it and fell to the floor, bellowing like a calf, his hand nearly blowed off.

The other three fellers holding their Colts on Old Brown had stepped back momentarily to keep their faces clear of the Old Man’s brains, which they expected to splatter across the room any minute, and now all three found themselves gaping at the hot end of a Sharps rifle, which the old fart coolly drew out all the way.

“I told you the Lord would draw it out your hand,” he said, “for the King of Kings eliminates all pesters.” He stuck that Sharps in Dutch’s neck and drewed the

hammer back all the way, then looked at them three other fellers and said, "Lay them pistols down on the floor or here goes."

They done as he said, at which point he turned to the tavern, still holding his rifle, and hollered out, "I'm John Brown. Captain of the Pottawatomie Rifles. I come with the Lord's blessing to free every colored man in this territory. Any man who stands against me will eat grape and powder."

Well, there must've been half a dozen drummers bearing six-shooters standing 'round that room, and nary a man reached for his heater, for the Old Man was cool as smoke and all business. He threw his eyes about the room and said calmly, "Every Negro in here, those of you that's hiding, come on out. You is now free. Follow me. Don't be afraid, children."

Well, there was several coloreds in that room, some on errands or tending to their masters, most of 'em hiding under the tables, shaking and waiting for the blasting to start, and when he spoke them words, why, they popped up and took off, every single one of 'em. Out the door they went. You didn't see nothing but the backs of their heads, hauling ass home.

The Old Man watched them scatter. "They is not yet saved to the Lord," he grumbled. But he weren't finished in the freeing business, for he wheeled around to Pa, who stood there, trembling in his boots, saying "Lawdy, Lawdy . . ."

This the Old Man took to be some kind of volunteering, for Pa had said "Lawd" and *he'd* said "Lord," which I reckon was agreement enough. He clapped Pa on the back, pleased as punch.

"Friend," he said, "you has made a wise choice. You and your tragic octoroon daughter here is blessed for accepting our blessed Redeemer's purpose for you to live free and clear, and thus not spend the rest of your lives in this den of iniquity here with these sinning savages. You is now free. Walk out the back door while I hold my rifle on these heathens, and I will lead you to freedom in the name of the King of Zion!"

Now, I don't know about Pa, but between all that mumbling about kings and heathens and Zions and so forth, and with him waving that Sharps rifle around, I somehow got stuck at the "daughter" section of that speech. True, I wore a potato sack like most colored boys did in them days, and my light skin and curly hair to boot made me the fun of several boys about town, though I evened things out with my fists against those that I could. But everybody in Dutch's, even the Indians, knowed I was a boy. I weren't even partial to girls at that age, being that I was raised in a tavern where most of the women smoked cigars, drunk gut sauce, and stunk to high heaven like men. But even those lowly types, who was so braced on joy juice they wouldn't know a boll weevil from a cotton ball and couldn't tell one colored from the other, knowed the

difference between me and a girl. I opened my mouth to correct the Old Man on that notion, but right then a wave of high-pitched whining seemed to cover the room, and I couldn't holler past it. It was only after a few moments that I realized that all that bellowing and wailing was coming from my own throat, and I confess here I lost my water.

Pa was panicked. He stood there shaking like a shuck of corn. "Massa, my Henry ain't a—"

"We've no time to rationalize your thoughts of mental dependency, sir!" the Old Man snapped, cutting Pa off, still holding the rifle on the room. "We have to move. Courageous friend, I will take you and your Henrietta to safety." See, my true name is Henry Shackelford. But the Old Man heard Pa say "Henry ain't a," and took it to be "Henrietta," which is how the Old Man's mind worked. Whatever he believed, he believed. It didn't matter to him whether it was really true or not. He just changed the truth till it fit him. He was a real white man.

"But my s—"

"Courage, friend," he said to Pa, "for we has a ram in the bush. Remember Joel first chapter, fourth verse: 'That which the palmerworm hath left, hath the locust eaten. And that which the locust hath left, hath the cankerworm eaten. And that which the cankerworm hath left, hath the caterpillar eaten.'"

"What's that mean?" Pa asked.

"You'll be eaten alive if you stay here."

"But my child here ain't no gi—"

"Shush!" said the Old Man. "We can't tarry. We can talk raising her to the Holy Word later."

He grabbed my hand and, still holding that Sharps at the ready, backed toward the rear door. I heard horses charging down the back alley. When he got to the door, he released my hand for a moment to fling it open, and as he did, Pa charged him.

At the same time, Dutch lunged for one of the Colts laying on the floor, snatched it up, pointed the hot end at the Old Man, and fired.

The bullet missed the Old Man and struck the edge of the door, sending a sliver of wood about eight inches long out sideways. The sliver jutted out the side of the door like a knife, straight horizontal, about chest high—and Pa runned right into it. Right into his chest it went.

He staggered back, dropped to the floor, and blowed out his spark right there.

By now the clabbering of horses making their way down the alley at hot speed was on us, and the Old Man kicked the door open wide.

Dutch Henry, setting on the floor, hollered, “Nigger thief! You owe me twelve hundred dollars!”

“Charge it to the Lord, heathen,” the Old Man said. Then he picked me up with one hand, stepped into the alley, and we was gone.

Chapter 2: The Good Lord Bird

Fred seemed confused. He weren't all the way there in his mind, thank God. His brains was muddy. His cheese had pretty much slid off his biscuit. He said, "Are you a sissy?"

"Why, if you have to ask," I said, "I don't know."

Fred blinked and said slowly, "Father says I ain't the sharpest knife in the drawer, and lots of things confuse me."

"Me too," I said.

"When we get back, maybe we can put the question to Father."

"Bout what?"

"Bout sissies."

"I wouldn't do that," I said quickly, "being that he's got a lot on his mind, fighting a war and all."

Fred considered it. "You're right. Plus, Pa don't suffer foolishness easily. What do the Bible say 'bout sissies?"

"I don't know. I can't read," I said.

That cheered him. "Me neither!" he said brightly. "I'm the only one of my brothers and sisters who can't do that." He seemed happy I was dumb as him. He said, "Follow me. I'mma show you something."

We left the horses and I followed him through some dense thickets. After pushing in a ways, he shushed me with his finger and we crept forward silent. We followed a thick patch of bushes to a clearing and he froze. He stood silent like that, listening. I heard a tapping noise. We moved toward it till Fred spotted what he wanted and pointed.

Up at the top of a thick birch, a woodpecker hammered away. He was a good-sized feller. Black and white, with a touch of red around him.

"Ever seen one of them?" he asked.

"I wouldn't know one bird from the next."

Fred stared up at it. "They call that a Good Lord Bird," he said. "It's so pretty that when man sees it, he says, 'Good Lord.'"

He watched it. That stupid thing darn near hypnotized him, and I had a mind to break for it then, but he was too close. "I can catch or trap just about any bird there is," he said. "But that one there . . . that's an angel. They say a feather from a Good Lord Bird'll bring you understanding that'll last your whole life. Understanding is what I lacks, Onion. Memories and things."

"Whyn't you catch it, then?"

He ignored me, watching through the thick forest as the bird hammered away. “Can’t. Them things is shy. Plus, Father says you ought not to believe in baubles and heathen stuff.”

How do you like that? Stuffed in my pocket was the very sack his own Pa gived me with his own baubles and charms, including a feather that looked like it come off that very creature we was staring at.

I had my eye on jumping, and since he was loony, I figured to confound him further and keep his mind off seeing I was a boy, and also give me a better chance to get away. I rummaged through my small gunnysack and pulled out that very same feather his Pa gived me and offered it to him. That floored him.

“Where’d you get that?”

“I ain’t allowed to say. But it’s yours.”

Well, that just knocked him flat. Now, truth is, I didn’t know whether that thing come from a Good Lord Bird or not. His Pa *said* it did, but I didn’t know whether his Old Man told the truth or not, for he was a kidnapper, plus white folks was full of tricks in them days, and I was a liar myself, and one liar don’t trust another. But it seemed close enough. It was black, had a bit of red and white in it. But it could’a come from an eagle or a plain hummingbird for all I know. Whatever it was, it pleased Fred something terrible and he aimed to return the favor. “Now I’mma show you something special,” he said. “Follow me.”

I followed him back to the horses, whereupon he dumped his seven-shooters, his sword, gun belt, and rifles all on the ground. He pulled out from his saddlebag a blanket, a handful of dried corn, and an oak stick. He said, “We can’t shoot out here, for the enemy might hear. But I’ll show you how to catch pheasant without firing a shot.”

He led me to a hollowed-out tree stump. He laid the corn along the ground in a straight line leading into the stump. He threwed a few pieces inside, then chose a spot not too far from the stump to sit. With his knife, he cut two peepholes in the blanket—one for him and one for me—then throwed it over us. “Every game bird in the world is afraid of man,” he whispered. “But with a blanket over you, you ain’t a man anymore.”

I wanted to say I weren’t feeling like a man no matter how the cut came or went, but I kept my peace. We sat like that under the blanket, staring out, and after a while I growed tired and leaned on him and fell asleep.

I was awakened by Fred stirring. I peeked through my hole and, sure enough, a pheasant had dropped by to help himself to Fred’s corn. He followed that line of dried corn just as you please right into the tree hollow. When he stuck his head inside it, Fred snapped the oak twig he was holding. The pheasant froze at the sound, and quick as I can tell it, Fred throwed the blanket on him, grabbed him, and snapped his neck.

We caught two more pheasants in this manner and headed back to camp. When we arrived, Owen and the Old Man was busy arguing about the Old Man's map, and sent us to ready our catch for dinner. As we readied the birds at the campfire, I got worried about Fred blabbing about what he seen and said, "Fred, you remembers our deal?"

"Bout what?"

"Bout nothing," I said. "But you probably ought not tell nobody what I gived you," I murmured.

He nodded. "Your gift's giving me more understanding even as I speak it, Onion. I am grateful to you and won't tell a soul."

I felt bad for him, thin-headed as he was, and him trusting me, not knowing I was a boy and planned to jump. His Pa already gived that feather to me and told me not to tell it. And I gived that feather to his son and told *him* not to tell. They didn't know what to believe, is how I figured it. Back in them days white folks told niggers more than they told each other, for they knowed Negroes couldn't do nothing but say, "Uh-huh," and "Ummmm," and go on about their own troubled business. That made white folks subject to trickeration in my mind. Colored was always two steps ahead of white folks in that department, having thunk through every possibility of how to get along without being seen and making sure their lies match up with what white folks wanted. Your basic white man is a fool, is how I thought, and I held Fred in that number.

But I was wrong, for Fred weren't a complete fool. Nor was his Pa. The bigger fool turned out to be yours truly, for thinking they was fools in the first place. That's how it goes when you place another man to judgment. You get stretched out wrong to ruination, and that would cost me down the road.

Chapter 22: The Spy

Like most things with the Old Man, what was supposed to take a day took a week. And what was supposed to take two days took two weeks. And what was supposed to take two weeks took four weeks, a month, and two months. And so it went. He was supposed to leave Iowa in June. He didn't put his hat on his head and tip good-bye to that place till mid-September. By then I was long gone. He had sent me forward into the fight.

It wasn't the fight I wanted, but it was better than getting kilt or staying out on the plains. He decided to send one of his men, Mr. Cook, ahead to Harpers Ferry to serve as a spy and to spread the word of his plan amongst the Negroes there. He announced it to his lieutenant Kagi one morning in July, when I was there serving them two breakfast in the Old Man's cabin.

Kagi didn't like the plan. "Cook is a chatterbox," he said. "He's a rooster. Plus he's a ladies' man. He's sending letters to his various lady friends saying he's on a secret mission and he'll have to leave soon, and they'll never see him again. He's brandishing his gun in public and saying he killed five men in Kansas. He got ladies in Tabor fretting all over him, thinking he's gonna die on a secret mission. He'll crow our plan all over Virginia."

The Old Man considered it. "He's an irritant and he does have a long tongue," he said, "but he's a good talker and can scout the enemy and move about daily life there. Whatever he says about us ain't gonna harm God's plan for us, for no one is inclined to believe a blowhard like him anyway. I will advise him that he should use but his eyes and mouth in Virginia to our purpose and nothing more. He'd be a hindrance to us otherwise, for we have a bit more plundering to do to gather weapons and money and he don't soldier well. We have to use everyone to their best. Cook's best weapon against an enemy is his mouth."

"If you want to hive the Negroes, why not send a Negro to Virginia with him?" Kagi said.

"I has considered sending Mr. Anderson," the Old Man said, "but he's nervous about the proposition overall, and may not toe the line. He may scatter."

"I don't mean him. I mean the Onion," Kagi said. "She can pose as Cook's slave. That way she can keep an eye on Cook, and help hive the bees. She's old enough. And you can trust her."

I was standing there when them two was pondering this, and I can't say I was against the idea. I was anxious to get out of the west before the Old Man got his head blowed off. Iowa was rough living, and the U.S. Cavalry was hot on our trail. We'd had

to move several times 'bout Pee Dee and Tabor to keep out of sight, and the thought of grinding over the prairie by wagon and stopping every ten minutes while the Old Man prayed, with federal dragoons riding down on us one way and Pro Slavers hunting us another, weren't a notion that throwed a lot of sugar in my bowl. Also, I growed fond of the Captain, truth be told. I was partial to him. I'd rather he got killed or smashed up on his own time away from me and I would know he was dead later—much later would be soon enough. I knowed he was insane, and if he wanted to fight against slavery I was all for it. But I myself had no plans on doing a wink of the same. Traveling east to Virginia with Cook put me closer to the freedom line of Philadelphia, and slipping off from him would be easy, 'cause Cook never let his talking hole rest and didn't look beyond his own self much. So I piped up to the Old Man and Mr. Kagi that it would be a great idea for me to go with Mr. Cook, and I would do my best to hive the Negroes while I was there waiting for the rest to come.

The Old Man looked me over close. The thing 'bout the Captain was that he never gived you straight-out instruction, unless you was in a shooting fight, of course. But in day-to-day living, he mostly declared, "I'm going this way to fight slavery," and the men said, "Why, I'm going that way, too," and off we went. That's how it was with him. This whole business in the newspapers later 'bout him leading them young fellers around by their noses, that's hogwash. You couldn't get them ornery roughnecks to do what you wanted, for while they was roughnecks, they was sweet on a cause, and broad-minded to whoever led them to it. You couldn't get a two-hundred-dollar mule to tear them fellers away from the Old Man. They wanted to be with him 'cause they was adventurers and the Old Man never told them how to be. He was strict as the devil on the matter of religion when it come to his own self, but if your spiritual purpose took you a different way, why, he'd lecture you a bit, then let you move to your own purpose. So long as you didn't cuss, drink, or chew tobacco, and was against slavery, he was all for you. There was some straight-out rascals in his army, when I think of it. Stevens, course, was a bad-tempered and disagreeable rascal if I ever seen one, chanting to spirits and arguing about his religious beliefs with Kagi and the rest. Charlie Tidd, a white feller, and Dangerfield Newby, a colored—both of them joined up later—they two was outright dangerous and I don't know that they had a drop of religion between the two of 'em. Even Owen weren't all-the-way God-fearing to his Pa's standard. But so long as you was against slavery, why, you could do just whatever you pleased, for despite his grumpiness, the Old Man always thought the best of folks and misjudged their natures. Looking back, it was a terrible notion to send Cook to spy, and a worse notion to send me as an ambassador to rally the colored, for both of us was wanting for

knowledge and wisdom, and neither of us would give a sting for nothing but ourselves. We were the two worst people he could have sent ahead.

And course he went with it.

“Splendid idea, Lieutenant Kagi,” he said, “for my Onion here can be trusted. If Cook spills the beans, we will know it.”

With that, the Old Man went out and stole a fine Conestoga wagon from a Pro Slaver, and had the men load it with picks, shovels, and mining tools which they spread ’bout in the back, and throwed several wooden crates in there marked Mining Tools.

“Careful with what is in these crates,” the Old Man said to Cook as we loaded up, nodding at the crates marked Mining Tools. “Do not hurry along the trail. Too much bumping and grinding along and you’ll meet the Great Shepherd in pieces. And watch your tongue. Any man who cannot keep from his friends that which he cannot keep to himself is a fool.” To me he said, “Onion, I will miss you, for you is dutiful and our Good Lord Bird besides. But it is better that you be out of our trek east, for the enemy is close and there is dirty work ahead of us, what with the gathering of means and plunder. You will no doubt be of great assistance to Mr. Cook, who will benefit from having you at his side.” And with that, me and Cook was off on that Conestoga wagon headed for Virginia, and I was one step closer to being free.

Harpers Ferry is as pretty a town as you’d want to see. It’s set above two rivers that meet. The Potomac runs along the Maryland side. The Shenandoah runs along the Virginia side. The two rivers bang up against each other just outside town, and there’s a peak, an overhang just at the edge of town, where you can stand right there and watch them run cockeyed and smack up against each other. One river hits the other and runs backward. It was a perfect place for Old John Brown to favor, for he was as upside down as them two rivers. On both sides of town is the beautiful blue Appalachian Mountain ranges. At the edge of those ranges was two railroad lines, one running along the Potomac side, heading toward Washington and Baltimore, and the other on the Shenandoah side, running toward west of Virginia.

Me and Cook got there in no time, sailing along in clear weather with that Conestoga wagon. Cook was a chatterbox. He was a treacherous, handsome scoundrel, with blue eyes and pretty blond curls that traveled down his face. He kept his hair ’round his face like a girl, and would conversate with anyone who came along as easily as molasses can spread on a biscuit. It ain’t no wonder the Old Man sent him, for he had a way ’bout him that made picking information out of folks easy work, and also his favorite subject was hisself. We got along well.

Once we got to the Ferry we moved with the aim of finding a house near the edge of town for the Old Man's army where he could also receive all the arms and so forth that the Old Man had arranged to ship down. The Old Man had been clear in his instructions, saying, "Rent something that don't attract a lot of attention."

But attention was Cook's middle name. He asked 'bout in town and when he didn't hear what he wanted, went into the town's biggest tavern, declaring he was a rich miner for a big mining outfit and I was his slave and he needed a house to rent for some miners that was on their way. "Money is no object," he said, for the Old Man had outfitted him with a pocket full of fatback. Before he left the place, every man in the tavern knowed his name. But a slave owner did come up to us and told Cook he knowed of a settlement nearby that might be up for rent. "It's the old Kennedy farm," he said. "It's a bit out of the way from the Ferry, but it might suit your purpose, for it is large." We rode out to it and Cook looked it over.

It was far from the Ferry, 'bout six miles, and it weren't cheap—thirty-five dollars a month—which Cook was sure the Old Man would squawk 'bout. The farmer had passed away and the widow weren't budging on the price. The house had two rooms downstairs, a tiny upstairs, a basement, and an outdoor shack to store arms, and across the road, an old barn. It was set back 'bout three hundred yards from the road, which was good, but it was awful close to a neighbor's house on both sides. If the Old Man had been there he wouldn't have took it, 'cause anyone peeking from the neighbors' houses could look in on it and see in. The Old Man had been clear that he needed a house that was set back by itself, not around no other houses, for he'd have a lot of men hiding there and a lot of traffic going in and out, what with shipping arms and gathering men and all. But Cook had a hankering for a fat white maiden he seen hanging laundry down the road when we first rode out to scout the place, and when he seen her, he cashed in his chips on it. "This is it," he said. He paid the widow owner of the place, told her his boss of the mining company, Mr. Isaac Smith, was coming in a few weeks, and we was in.

We spent a couple of days setting up, and then Cook said, "I am going to town to joust about and get information on the layouts of the armory and the arms factory. You go roust the coloreds."

"Where are they?" I asked.

"Wherever colored are, I expect," he said, and was gone.

I didn't see him for three days. I sat there the first two days scratching my ass, figuring 'bout my own plans to run off, but I didn't know nobody and didn't know if it was safe to walk 'bout. I had to know the lay of the land before I cut, so, not knowing what to do, I sat tight. On the third day there, Cook came busting in the door, laughing

and giggling with that same fat, young little blond lady we seen down the road hanging laundry, both of 'em cooing and dewy-eyed. He spied me setting there in the kitchen, and said, "Why didn't you go roust the colored like you was supposed to?"

He said this right in front of his lady friend, giving the plan away right off. I didn't know what to say, so I blurted out, "I don't know where they are."

He turned to the lady with him. "Mary, my slave here"—oh, that boiled me some, him playing it that way. Playing it to the hilt, he was, playing big, after he done gived the whole plan away—"my colored here's looking for some coloreds to congregates with. Where is the coloreds?"

"Why, they is *everywhere*, my peach," she said.

"Ain't they living someplace?"

"Sure," she giggled. "They lives everywhere out and 'bout."

"Well, as I told you, we is on a secret mission, my sweet. A very important mission. For which you can't tell a soul, as I told you," he said.

"Oh, I knows that," she said, giggling.

"And that is why we needs to know exactly where the Onion here can go find some colored friends."

She considered it. "Well, there's always some high-siddity free niggers wandering 'bout town. But they ain't worth peanuts. And then there's Colonel Lewis Washington's nigger plantation. He's the nephew of George Washington himself. And Alstad's and the Byrne brothers. They all got colored slaves, nice and proper. There's no shortage of niggers 'round here."

Cook looked at me. "Well? What you waiting for?"

That needled me, him playing big shot. But I cut out the door. I decided to try the plantations first, for I figgered an ornery and snobbish colored wouldn't be no use to the Captain. Little was I to learn they could be trusted as much as any slave and was good fighters to boot. But I'd only trusted two coloreds up to that point in my life, not counting my late Pa—Bob and Pie—and neither of them worked out to the dot. I'd got instructions from Cook's lady friend on where the Washington plantation was, and went out there first, being that it was on the Maryland side of the Potomac, not too far from where we was staying.

The house was on a wide road where the mountain flattened out. It set behind a wide wrought-iron gate, down a long curved driveway. At the front of that gate, just outside it, a slim colored woman was out gardening and raking leaves. I approached her.

"Morning," I said.

She stopped her raking and stared at me a long time. Finally she blurted out, "Morning."

It occurred to me then that she knowed I was a boy. Some colored women just had my number. But this was during bondage time. And when you in bondage, you is drowning, in a manner of speaking. You no more pay attention to the getup of the feller next to you than you do the size of his shoes if he got any, for both of you is drowning in the same river. Unless that feller is tossing you a rope to pull you ashore, his shoes ain't much of a bother. I reckon that's why few colored women I come across didn't scratch at me too much. They had their own problems. Anyway, there weren't nothing to be done 'bout it then nohow. I had an assignment. And until I figured out the lay of the land, I couldn't run off no place. I was spying for the Old Man and I was looking out for my own self, too.

"I don't know where I am," I said.

"You are where you is," she said.

"I'm just looking to get the lay of the land."

"It lay before you," she said.

We wasn't getting nowhere, so I said, "I'm wondering if you knowed anybody who wants to know their letters."

A nervous look shot across her face. She glanced over her shoulder at the big house, and kept that rake working.

"Why would somebody want to learn how to do that? Niggers got no cause to read."

"Some do," I said.

"I don't know nothing 'bout that," she said, still working that rake.

"Well, miss, I'm looking for a job."

"Learning how to read? That ain't no job. That's trouble."

"I knows how to read. I'm looking to teach someone *else* how to read. For money."

She didn't say another blooming word. She lifted that rake off the ground and showed me the back of her head. She plain walked off.

I didn't wait. I got outta sight. Jumped into the thickets right then and there, set tight, thinking she'd gone into the house to squeal to the overseer boss or, even worse, her master. I waited a few minutes, and just as I was 'bout to light out, a coach wagon driven by four huge horses dashed from the back of the house and drove hard toward the gate. That thing was movin'. Up front was a Negro driver, dressed in a fine coach jacket, a top hat, and white gloves. The wagon busted through the front gate and the Negro halted it on a dime just outside the gate where I was.

He hopped down and looked around into the thickets. Looked right at 'bout where I was. I knowed he couldn't see me, for the foliage was thick and I crouched low. "Anybody there?" he asked.

"Ain't nobody here but us chickens," I said.

"C'mon out here," he snapped. "I seen you from the window."

I done like he said. He was a thick-sprouted, broad-chested man. Close up, he looked even more splendid in tails and coachman's costume than he did from afar. His shoulders was broad, and though he was short, his face was bright and sharp, and his gloves shone in the afternoon sun. He stared at me, frowning. "The Blacksmith send you?"

"Who?"

"The Blacksmith."

"Don't know no Blacksmith."

"What's the word?"

"I can't think of none."

"What song you singing, then? 'We Can Break Bread Together'? That's the song, ain't it?"

"Got no song. I only know them Dixie songs like 'Old Coon Callaway Come On Home.'"

He looked at me, puzzled. "What is wrong with you?"

"Nothing."

"You on the gospel train?"

"The what?"

"The railroad."

"What railroad?"

He glanced behind him at the house. "You run off? You a runaway?"

"No. Not yet. Not exactly."

"Them's three answers, child," he snapped. "Which of 'em is it?"

"Pick any one you want, sir."

"I ain't got time for fooling. State your business quick. You in thick lard already, out here prowling the Colonel Washington's road without permission. You bet' not be here when he comes back. I got to fetch him in town in thirty minutes."

"Would that town be Harpers Ferry?"

He pointed down the mountain at the town. "Do that look like Philadelphia down there, child? Course that's Harpers Ferry. Every day of the week. Where else would it be?"

"Well, I come to warn you," I said. "Something's 'bout to kick off there."

“Something’s always ’bout to kick off someplace.”

“I mean with the white folks.”

“White folks always got the kick, to everything and everybody. They got the mojo and say-so, too. What else is new? By the way, is you a sissy? You look mighty queer, child.”

I ignored that, for I had work to do. “If I was to tell you that something big’s coming,” I said, “something very big, would you be akin to rousing the hive?”

“Rousing the what?”

“Helping me. Rouse the hive. Gather the colored people up.”

“Girl, you weeding a bad hoe for satisfaction, talking that way. If you was my child, I’d warm your two little cakes with my switch and send you hooting and hollering down that road, just for popping off to my wife ’bout reading. You’ll get every nigger ’round here throwed in hot water talking that way. She ain’t with the cause, y’know.”

“The what?”

“The cause, the gospel train, she ain’t with it. Don’t know nothing ’bout it. Don’t wanna know. Can’t know. Can’t be trusted to know, you get my drift?”

“I don’t know what you’re talking ’bout.”

“G’wan down the road, then, with your foolish self.”

He climbed up on his wagon and readied up to har up his horses.

“I got news. Important news!”

“Big head, big wit. Little head, not a bit. That’s you, child. You got a condition.” He lifted his traces to har up his horses. “Good day.”

“Old John Brown’s coming,” I blurted out.

That got him. Stopped him dead. There weren’t a colored person east of the Mississippi who hadn’t heard of John Brown. Why, he was just a saint. Magic to the colored.

He stared down at me, holding his reins still in his hands. “I ought to whip you something scandalous just for standing there and lying like you is. Spouting dangerous lies, too.”

“I swear ’fore God, he’s coming.”

The Coachman glanced at the house. He swung the wagon ’round and faced it so that the far side of the coach door was blocked from the view of the house. “Git in there and lay down low on the floor. If you pop your head up before I tell you to, I’mma ride you straight to the deputy and say you was a stowaway and let him have you.”

I done as he said. He harred up them horses, and we rode.

Ten minutes later the wagon halted, and the Coachman climbed down. “Git out,” he said. He said it before the door was halfway open. He was done with me. I climbed out.

We was on a mountain road in thick woods, high above Harpers Ferry, on a deserted stretch of trail.

He climbed up on the wagon and pointed behind him. "This here is the road to Chambersburg," he said. "It's 'bout twenty miles yonder. Go up there and see Henry Watson. He's a barber. Tell 'em the Coachman sent you. He'll tell you what to do next. Stay off the road and in the thickets."

"But I ain't a runaway."

"I don't know who you is, child, but git gone," the Coachman said. "You sporting trouble, popping up out of nowhere and running your talking hole full steam 'bout Old John Brown and knowing your letters and all. Old Brown's dead. One of the greatest helpers to the Negro in the world, deader than yesterday's love. You ain't worthy to speak his name, child."

"He ain't dead!"

"Dead in Kansas Territory," the Coachman said. He seemed certain. "We got a man here who reads. I was in the church the day he read that newspaper to us. I heard it myself. Old Brown was out west and had militia chasing him and the U.S. Cavalry hot on his tail and everybody and his brother, for there was a reward on him. They say he outshot 'em all, he did, but they caught him after a while and drowned him. God bless him. My master hates him. Now git."

"I can prove he ain't dead."

"How so?"

"'Cause I seen him. I knows him. I'll take you to him when he comes."

The Coachman smirked, grabbing his reins. "Why, if I was your Pa, I'd put my boot so far up your arse you'd cough out my big toe, standing there lyin'! What the devil is wrong with you, to stand there and lie like that in God's hearing? What's the great John Brown want with a little nigger sissy like you? Now put your foot in the road 'fore I warm your two little brown buns! And don't tell nobody you know me. I'm 'bout filled up with that damn gospel train today! And tell the Blacksmith if you see him, don't send me no more packages."

"Packages?"

"Packages," he said. "Yes! No more packages."

"What kind of packages?"

"Is you thick, child? Git along."

"I don't know what you're talking 'bout."

He glared down at me. "Is you on the underground or not?" he said.

"What underground?"

I was confused, and he stared down at me, hot. “Git on up the road to Chambersburg ’fore I kick you up there!”

“I can’t go there. I’m staying at the Kennedy farm.”

“See!” the Coachman snorted. “Caught you in another lie. Old man Kennedy drew his last breath last year ’bout this time.”

“One of Brown’s men rented the house from his widow. I come to this country with him.”

That cooled him some. “You mean that new chatty white feller running ’round town? The one sporting ’round with fat Miss Mary, the blond maid who lives up the road from there?”

“Him.”

“He’s with Old John Brown?”

“Yes sir.”

“Why’s he running ’round with her then? That silly nag’s been boarded more than the B&O railroad.”

“I don’t know.”

The Coachman frowned. “My brother told me to quit fooling with runaways,” he grumbled. “You can’t tell the straight truth from a crooked lie with ’em.” He sighed. “I reckon if I was sleeping in the cold under the sky I’d be talking cockeyed too.” He grouched some more, then fished in his pocket and pulled out a bunch of coins. “How much you need? All’s I got is eight cents.” He held it out. “Take this and git. G’wan now. Off with you. G’wan to Chambersburg.”

I growed a little warm then. “Sir, I ain’t here for your money,” I said. “And I ain’t here to go to nobody’s Chambersburg. I come to warn you Old John Brown’s coming. With an army. He’s planning to take Harpers Ferry and start an insurrection. He told me to ‘hive the bees.’ That’s his instruction. Said, ‘Onion, you tell all the colored that I’m coming and to hive ’em up. HIVE THE BEES.’ So I’m tellin’ you. And I ain’t tellin’ nobody no more, for it ain’t worth the trouble.”

With that, I turned and started down the mountain road toward Harpers Ferry, for he had rode me a ways out.

He called out to me, “Chambersburg’s the other direction.”

“I knows where I’m going,” I said.

His coach was pointed toward Chambersburg, too, up the mountain, away from me. He harred up his horses and galloped up the mountain trail. It took him several minutes to get up the road and find a place to turn around, for he had those four horses drawing it. He got it done in a snap, and brought them horses banging down the mountain behind me at a full trot. When he reached me, he pulled them beasts to a dead

stop. Stopped 'em on a dime. He could drive the shit outta that coach. He stared down at me.

"I don't know you," he said. "I don't know who you are or where you come from. But I know you ain't from this country, so your word ain't worth a pinch of snuff. But lemme ask you: If I was to ask at old Kennedy's farm 'bout you, would they know you?"

"Ain't but one feller there now. That feller I told you 'bout. His name is Mr. Cook. The Old Man sent him to spy on the town ahead of his coming, but he ought not to have sent him, for he talks too much. He's likely done spread the word to every white man in town 'bout the Captain."

"Good God, you surely fib like a winner," the Coachman said. He sat for a long moment. Then he looked around to see if the way was clear and nobody was coming. "I'mma test you," he said. He reached in his pocket and pulled out a crumpled-up piece of paper. "You say you know your letters?"

"I do."

"Well read that," he said. Sitting up in the driver's seat, he handed it down to me.

I took the paper and read it aloud. "It says, '*Dear Rufus, please give my coachman Jim four ladles and two spoons from your store and make sure he don't eat any more store-bought biscuits from you, which is charged to my account. That nigger is fat enough as it is.*'"

I handed it back to him. "It's signed, 'Col. Lewis F. Washington,'" I said. "That's your master?"

"God damn that elephant-faced old bugger," he muttered. "Never drew a short breath in his life. Never done a day's work. And feeding me boiled grits and sour biscuits. What's he expect?"

"Say what?"

He shoved the paper in his pocket. "If you *was* speaking the truth, it'd be hard to tell it," he said. "Why would the great John Brown send a sissy to do a man's job?"

"You can ask him yourself when he comes," I said, "for you is full of insults and nothing more." I started down the mountain, for there was no convincing him.

"Wait a minute."

"Nope. You been told, sir. You been warned. G'wan 'round to the Kennedy farm and see if you don't find Mr. Cook setting there talking in ways he shouldn't."

"What 'bout Miss Mary? She working with Old John Brown too?"

"No. He just made her acquaintance."

“Sheesh, he couldn’t do no better than that? That woman’s face could stop a clock. What manner of man is your Mr. Cook that he runs behind her?”

“The rest of his army don’t act in the manner of Mr. Cook,” I said. “They coming to shoot men, not chase women. They is dangerous. They coming all the way from Iowa and they got more hardware than you ever saw, and when they load their breachloaders they drop the hammer and tell it to hurry. That’s a fact, sir.”

That got him, and for the first time I seen the doubt move off his face a little. “Your story is fetching, but it sounds like a lie,” he said. “Still, ain’t no harm in me sending somebody by old man Kennedy’s farm, if that’s where you say you living, to check on your fibbing. In the meantime, I reckon you ain’t dumb enough to mention me or the Blacksmith or Henry Watson to nobody in town. You liable to end up on the cooling board if you do. Them two is as bad as they get. They’d bust a charge into your head and feed you to the pigs if they thunk you gived away their doings.”

“They better makes sure they got all their back teeth if they do it,” I said. “For when Captain Brown comes I’mma tell him you and your friends here was a hinderance, and y’all will have to deal with him. He’ll curdle your cheese for treatin’ me like a liar.”

“What you want child, a gold medal? I don’t know you from Adam. You come out the blue, spinning a heap of tall yarns for somebody so young. You lucky your lie landed with me, and not with some of these other niggers ’round here, for there’s a heap of ’em would hand you over to the slave patrollers for a goosefeather pillow. I’ll check your story with Mr. Cook. Either you is lying or you is not. If you lying, you had to work like the devil to dream up that yarn. If you not, you is disobeying God’s orders to the limit in some kind of devilish fashion, for ain’t no way on God’s green earth that Old John Brown, hot as he is, is gonna come here, where all these weapons and soldiers is, to fight for the colored’s freedom. He’d be putting his head right in the lion’s mouth. He’s a brave man if he’s living, but he ain’t a straight fool.”

“You don’t know him,” I said.

But he didn’t hear me. He had harred up his horses and was gone.

Chapter 23: The Word

Two days later, an old colored woman bearing brooms inside a wheelbarrow pushed up to the door of the Kennedy farm and knocked. Cook was fast asleep. He woke up, grabbing his pistol, and runned to the door. He spoke with the door closed, his pistol down by his side.

“Who is it?”

“Name’s Becky, massa. I’m selling brooms.”

“Don’t want none.”

“The Coachman says you did.”

Cook looked at me, puzzled. “That’s the feller I told you ’bout,” I said. He stood there blinking a minute, half-sleep. He didn’t no more remember what I told him ’bout the Coachman than a dog would remember his birthday. Fat Mary from down the road was wearing him out. He didn’t get back to the house the night before till the wee hours. He come in with his disheveled clothes and his hair a mess, smelling like liquor, laughing and whistling.

“All right, then. But come in slow.”

The woman walked in slowly and purposeful, pushing the barrel before her. She was old, slender, deep brown, with furried white hair, a wrinkled face, and a tattered dress. She pulled two new brooms out of the barrel and held one in each hand. “I made these myself,” she said, “fashioned from the best straw and brand-new pine handles. Made from southern pine, the best kinds.”

“We don’t need no brooms,” Mr. Cook said.

The woman took a long look around. She saw the boxes marked “Mining” and “Tools.” The clean mining picks and axes, which hadn’t seen a bit of dirt. She looked at me once, then again, blinking, then at Cook. “Surely the little missus here”—she nodded at me—“could use a broom to clean up after the young master.”

Cook was sleepy and irritable. “We got brooms enough here.”

“But if you mining and getting all dirtied up, you’ll be bringing in all kinds of filth and dirt and so forth, and I wouldn’t want the master to get too sullied up.”

“Can’t you hear?”

“I’m sorry, then. The Coachman said you’d need brooms.”

“Who is that again?”

“That’s the feller I told you ’bout,” I piped up again. Cook looked at me and frowned. He weren’t like the Old Man. He didn’t quite know what to do with me. He was all right when we was on the trail out west and there weren’t nobody else around to shoot the yarn with. But once he got around civilization, he didn’t know whether he

should act white or colored, or be a soldier or a spy, or shit or go blind. He hadn't paid me the least bit of attention since we got to the Ferry, and what attention he did pay to me weren't respectful. I was just a bother to him. It was all fun to him. I don't know but that he didn't think anything would come of the Old Man's plans, or believed him in the least, for Cook had never been in a real war, and never seen the Old Man fight. "Is she one of them you supposed to be hivin'?" he asked.

"One of 'em," I said.

"Well, hive her," he said, "and I will brew us up some coffee." He picked up a bucket and moved outside. There was a water well out back, and he stumbled out there holding that bucket, rubbing his eyes.

Becky looked at me. "We is here on a mission," I said. "I reckon the Coachman told you."

"He told me he met a strange li'l cooter on the road dressed funny, who gave him bad instructions, and was likely stretching his blanket lying."

"I wish you wouldn't call me names, for I has done you no wrong."

"I'll be calling you dead if you continues on as you is. You do much harm to yourself when you paddle 'bout, selling fool's gold. Talking 'bout a great man. And talking it into the ears of the wrong folks. The Coachman's wife don't work on the gospel train. She got a mouth like a waterfall. You putting a lot of people in danger, hooting and railing 'bout John Brown like you is."

"I already had a mouthful 'bout that from the Coachman," I said. "I don't know nothing 'bout nobody's gospel train, not in no way, form, or fashion. I ain't a runaway and ain't from these parts. I been sent forward to hive the bees. Get the colored together. That's what the Old Man sent me for."

"Why would he send you?"

"He ain't got but two coloreds in his army. The other ones he weren't too sure 'bout."

"In what way?"

"Thought they might trot off before they done what the Captain told 'em what to do."

"The Captain. Who's that?"

"I already told you. John Brown."

"And what did the Captain tell you to do?"

"Hive the bees. Ain't you heard me?"

Cook came to the kitchen, holding a pot of water. Then moved to put some kindling on the fire to make some hot water. "You hive her yet?" he said gaily. He was

just a fool. He was the gayest man I ever saw. It would cost him. He'd be deadened 'cause of it, acting a fool.

"She don't believe it," I said.

"What part of it?"

"No parts of it."

He stood up and cleared his throat, agitated. "Now listen, Aunt Polly, we come all this way to fr—"

"Becky's my name, if you please."

"Becky. A great man's 'bout to come here and free your people. I just got a letter from him. He'll be here in less than three weeks. He needs to hive the bees. Free you all."

"I done heard all I need to hear about hiving and freeing," Becky said. "How's all this hiving and freeing gonna happen?"

"I can't right tell all of it. But Old John Brown is coming, surely. From out west. Freedom's nigh for you and your people. Onion here ain't lying."

"Onion?"

"That's what we call her."

"Her?"

I piped up quickly, "Miss Becky, if you ain't one to hive or get on board with what John Brown's selling, you ain't got to come."

"I didn't say that," she said. "I wants to know what he's selling. Freedom? Here? He might as well be singing to a dead hog if he thinks he's gonna come here and get away scot-free with that. There's a damn armory here."

"That's why he's coming," Cook said. "To take the armory."

"What's he gonna take it with?"

"Men."

"And what else?"

"And all the Negroes that's gonna join 'em once he takes it over."

"Mister, you talking crazy."

Cook was a braggert, and it clean plucked his feathers to talk to a person that didn't believe him or talked back to him. Especially a colored. "Am I?" he said. "Looky here."

He led her to the other room, where the stacks of the mining boxes marked Mining Tools lay 'bout. He took a crowbar to one and opened it up. Inside, stacked in neat rows, were thirty clean, brand-new Sharps rifles, one after another.

I had never seen the inside of them boxes neither, and the fullness of the thing hit me and Miss Becky at the same time. Her eyes got wide. "Glory," she said.

Cook snorted, bragging. "We got fourteen boxes here, just like this one. There's more coming by shipment. The Captain's got enough arms to furnish two thousand people."

"There ain't but ninety slaves in Harpers Ferry, mister."

That stopped him dead. The smile disappeared from his face.

"I thought there was twelve hundred colored here. That's what the man at the post office said yesterday."

"That's right. And most of 'em's free colored."

"That ain't the same," he muttered.

"It's close enough," Miss Becky said. "Free colored's connected to bondage, too. Many of 'em's married to those in bondage. I'm free, but my husband, he's a slave. Most free colored's got slave relations. They ain't for slavery. Believe me."

"Good! Then they'll fight with us."

"I ain't say that." She sat down, rubbing her head. "Coachman done sent me into a dilemma," she mumbled. Then she uttered hotly, "This is some damn trickeration!"

"You ain't got to believe," Cook said gaily. "Just tell all your friends that Old John Brown is coming in three weeks. We attack on October twenty-third. He gived me the date by letter. Spread that around."

Now, I was just a young boy dressed like a girl and foolish as a dimwit and not able to hold anybody in their wrong, stupid as I was, but still, I was a young man coming into myself, and even I weren't that dim. It occurred to me that it didn't take but one of them colored angling for a can of peaches or a nice fresh watermelon from their master to rouse the whole bit, to spill the beans, and the jig was up for everybody.

"Mr. Cook," I said. "We don't know if we can trust this woman."

"You invited her," he said.

"Suppose she tells!"

Miss Becky frowned. "You is got some nerve," she said. "You busted in on Coachman's property, damn near gave him away to his runny-mouth wife, and now you tellin' *me* who can be trusted. It's you we can't trust. You could be selling us a heap of lies, child. You better hope your yarn matches up. If not, the Blacksmith will deaden you right where you is and be done with it. Ain't nobody in this town gonna fret over a nigger child dead in an alley someplace."

"What I done to him?"

"You endangering his railroad."

"He owns a railroad?"

"The underground, child."

“Hold on,” Cook said. “Your Blacksmith ain’t deadening nobody. Onion here is like a child to the Old Man. She’s his favorite.”

“Sure. And I’m George Washington.”

Now Cook got hot. “Don’t get sassy with me. We coming here to rescue you. Not the other way ’round. Onion here, the Captain stole her out of slavery. She’s like his kin. So you ought not to talk about your Blacksmith hurting this one here, or nobody else. Your Blacksmith won’t be drawing air long, fooling with the Captain’s plans. He don’t want to be on the wrong side of Captain Brown.”

Becky put her head in her hands. “I reckon I don’t know what to believe,” she said. “I don’t know what to tell the Coachman.”

“Is he the Negro in charge around here?” Cook asked.

“One of ’em. The main one’s the Rail Man.”

“Where’s he at?”

“Where you think? On the railroad.”

“The underground?”

“No. The real railroad. The B&O. The one that goes chug-chug. I reckon he’s in Baltimore or Washington, D.C., today.”

“Perfect! He can hive the bees there. How can I reach him?”

She stood up. “I’ll take my leave, now. I done told you too much already, sir. For all’s I know, you could be a slave stealer from New Orleans, come up here to steal souls and sell ’em off down river. You can have one of them brooms. It’s a gift. Use it to sweep the lies out this place. Watch the lady next door, if you don’t want deputies around. She’s a nosybody. Mrs. Huffmaster’s her name. And she don’t like niggers nor slave stealers nor abolitionists.”

As she moved toward the door, I blurted out, “You ought to check with your people. Check with your Rail Man.”

“I ain’t checking with nobody. It’s a trick.”

“G’wan, then. You’ll see. We don’t need you, neither.” She showed me her back, but as she moved to the door, there was a coat hook there, and she noticed the beaten shawl that the General gived me in Canada hanging on it. The shawl from Harriet Tubman herself.

“Where’d you get this?” she asked.

“It’s a gift,” I said.

“From who?”

“One of the Captain’s friends gived it to me. Said it would be useful. I just brung it ’cause . . . I used it to cover some of my things in the wagon.”

“Did you now . . .” she said. She gently took the General’s shawl off the coat hook. She held it in the light, then laid it on the table, her brown fingers spreading it wide. She stared carefully at the designs on it. I hadn’t paid them no mind. It weren’t nothing but a crude dog in a box with his feet pointed at all four corners of the box, with his snout nearly touching one of the top corners. Something in that design moved her, and she shook her head.

“I don’t believe it. Where’d you meet . . . the person that gived you this?”

“I can’t say, for I don’t know you, neither.”

“Oh, you can tell her,” Cook said, runny mouth that he was.

But I didn’t open my mouth a bit. Miss Becky stared at the shawl, her eyes suddenly bright and full. “If you ain’t lying, child, it’s a great day. Did the soul who gived you this say anything else?”

“No. Well . . . She did say don’t change the time, ’cause she was coming herself. With her people. She did say that. To the Captain. Not me.”

Miss Becky stood silent a minute. You’d a thunk I gived her a million dollars, for it seemed like a spell come over her. The old wrinkles in her face evened out and her lips broke into a small smile. The lines in her forehead seemed to vanish. She picked up the shawl and held it out away from her. “Can I keep this?” she asked.

“If it’ll help, all right,” I said.

“It helps,” she said. “It helps a great deal. Oh, the Lord is in the blessing business, ain’t He? He done blessed me today.” She got in a hurry then, whipping the shawl onto her shoulders, gathering up her brooms and tossing them in the wheelbarrow, as me and Cook stared.

“Where you going?” Cook said.

Miss Becky paused at the door, grabbed the door handle and held it tight, staring at it as she spoke. The happiness fell off her then, and she was all business again. Serious and straight on. “Wait a few days,” she said. “Just wait. And be quiet. Don’t say nothing else to nobody, white or colored. If a colored comes here asking ’bout your Captain, be careful. If they don’t mention the Blacksmith or the Rail Man in their first breath, draw your knife on ’em and make it count, for we is all blown. You’ll get word soon.”

And with that she opened the door, grabbed her wheelbarrow, and left.

Chapter 24: The Rail Man

Not long after, Cook got a job at the Ferry working at the Wager House, a tavern and railroad depot right at the armory where he could annoy the folks. His hours was long. He worked into the night, while I stayed at the farm, tidied house, tried to cook, hide what I could of them crates, and pretended to be his consort. 'Bout a week after he started, Cook come back to the house one evening and said, "Somebody wants to talk with you."

"Who is it?"

"Somebody colored at the railroad."

"Can you bring 'em here?"

"Says he don't want to come here. Too dangerous."

"Whyn't he tell you what he got to tell?"

"Said it clearly. You the one he wants."

"He say anything 'bout the Blacksmith?"

Cook shrugged. "I don't know nothing 'bout that. Just said he wanted to talk to you." I made ready to go. I was bored to tears cooped up in that house anyway.

"Not now," Cook said. "Tonight in the wee hour. One in the morning, he said. . . . Just set tight and go to bed. I'm going back to the tavern. I'll wake you up when it's time."

He didn't have to wake me up 'cause I set up. All evening, waiting, anxious, till Cook finally come in around midnight. We walked down the mountain from the Kennedy farm to the Ferry together. It was dark and drizzling as we came off the mountain. We crossed the Potomac side of the bridge, and as we done so, we saw the train had arrived, the B&O, a huge railway engine setting just outside the rifle works building at the Ferry. The locomotive set there, steaming, taking on water. The train's passenger cars was empty.

Cook led me around to the back side of the station and down the entire length of the train. When we reached the last car, he split off into the thickets and headed down toward the Potomac, to the water's edge. The Potomac runned underneath the railroad tracks. It was pretty dark down there, nothing to see but the swirling water in the moonlight. He pointed to the riverbank. "Feller wants to talk to you down there. Alone," he said. "These coloreds is distrustful."

He waited up at the top of the bank while I moved down to the bank of the Potomac. I sat there and waited.

A few minutes later, a tall, hulking figure emerged from the far end of the bank. He was a right-powerful-looking man, dressed in the neat uniform of a railroad porter.

He didn't come right up on me, but rather stayed in the shadow of the railroad trestle as he come closer. When he seen me, he didn't come closer but stopped a few feet off and turned and leaned on the trestle, staring at the river. Above us, the train gived a sudden clank and burst of steam, its valves and all clacking thusly so, blowing that steam. I jumped as I heard it, and he glanced at me, then looked away back toward the river again.

"Take 'em an hour to get the steam up," he said. "Maybe two. That's all the time I got."

"You the Rail Man?"

"It don't matter what I am. Matters what you is. What are you?"

"I'm a messenger."

"So was Jesus. You ain't seen Him running 'round in a skirt and bloomer panties. Is you a girl or a boy?"

"I don't know why everyone's huffing and puffing 'bout what I am," I said. "I'm just carrying a word."

"Bringing trouble is what you doing. If a body ain't sure, it'll cost you."

"What I done wrong?"

"I understands you is looking to buy some of the Coachman's brooms. We carries them to Baltimore and beyond," he said.

"Says who?" I asked.

"Says the Blacksmith."

"Who is he, anyway?"

"You don't wanna know."

He stared across the water. By the light of the moon, I could see the outline of his face. He looked to be a friendly-faced feller, but his face was strained and tight. He weren't in no happy mood.

"Now I'll ask it again," he said. He glimpsed over his shoulder at Cook, who watched down on us, and then back at the water. "Who are you. Where you from. And what you want."

"Well, I don't reckon I know what to say to you, for I done told it twice already."

"When you roll up on a watery mouth like the Coachman's wife, hooting and hollering 'bout insurrection, you better state yourself clean."

"I weren't hollering 'bout insurrection. I just told her I knowed how to read."

"That's the same thing. You keep quiet 'bout them kinds of things 'round here. Or you'll have the Blacksmith to deal with."

“I ain’t come all the way down here for you to throw threats at me. I’m speaking for the Captain. I ain’t got nothing to do with it.”

“With what?”

“You know what.”

“No, I don’t. Tell me.”

“Why’s every colored ’round here talking in circles?”

“Cause the white man shoots straight—with real bullets, child. ’Specially if a Negro’s thick enough to talk insurrection!”

“It weren’t my idea.”

“I don’t care whose idea it is. You in it now. And if your man—if your man is who you says he is—if your man’s on the line ’bout rousting out the colored, he come to the wrong town. Ain’t but a hundred here at most will roll with him, if that.”

“Why’s that?”

“Ain’t but twelve hundred colored here. A good number of ’em’s women and children. The rest would fatten hogs under a tree with their own offspring ’fore they even raised an eyebrow to the white man. Shit. If Old John Brown wanted some coloreds to fight in his favor, he could’a gone sixty miles east to Baltimore, or Washington, or, or even the eastern shore of Maryland. Them coloreds there read the papers. They got boats. Guns. Some of ’em’s watermen. People who can move people. That would’a been sugar in his bowl. Even in southern Virginia, down in cotton country. There’s plantations down there loaded fat with colored who’ll do anything to get out. But here?” He shook his head, he glanced over his back at the Ferry. “He’s in the wrong country. We’s outnumbered. Surrounded on all sides by whites in every county.”

“There’s guns here,” I said. “That’s why he’s coming. He wants the guns from the armory to arm the colored.”

“Please. These niggers ’round here wouldn’t know a rifle from a load of greens. They can’t handle nobody’s rifle. They won’t let a nigger near them guns.”

“He got pikes. And swords. A lot of ’em. Thousands of ’em.”

The Rail Man snorted bitterly. “It ain’t gonna matter. First shot he fires, these white folks is gonna burn him.”

“You ain’t seen him when he’s battlin’.”

“Don’t matter. They’ll pull his head off his body and when they’re done, they’ll air out every colored within a hundred miles just to make ’em forget we ever saw Old John in these parts. They hate that man. If he’s living. Which I don’t think he is.”

“Go on, then. I’m tired of fending and proving. When he comes, you’ll see. I seen his planning. He got maps full of colors and drawings where the coloreds is gonna

come from. He says they'll come from everywhere: New York, Philadelphia, Pittsburgh. He got it all planned out. It's a surprise attack."

The Rail Man waved his hand, disgusted. "It ain't no surprise here," he snorted.

"You knowed he was coming?"

"I never liked the idea from first I heard it. Never thought he'd be stupid enough to try it, either."

That's the first time I ever heard anyone outside the Old Man's circle mention the plan. "Where'd you hear it from?"

"The General. That's why I'm here."

My heart skipped a beat. "Is she coming?"

"I hope not. She'll get her head blowed off."

"How you know so much?"

For the first time, he turned to me. He sucked his teeth. "Your Captain, God bless him, he's gonna go home in threes when they done with him here. And whatever colored is stupid enough to follow him's gonna get shot to pieces, God damn him."

"Why you so mad? He ain't done nothing to you."

"I got a wife and three children in bondage here," he snapped. "These white folks is gonna donate every bullet they got to elephant-hunt the Negro once they kill Old John Brown. They'll be right raw for years. And whatever coloreds they don't stick in a death wedge in the ground they'll send off. They'll sell every soul in bondage 'round here who even looks colored. Right down the river to New Orleans they'll go, God damn him. I ain't saved up enough to buy my children yet. I only got enough for one. I got to decide now. Today. If he comes—"

He shut up. That ate at him. Just tore at him and he looked away. I seen he was troubled, so I said, "You ain't got to worry. I seen plenty more Negroes who promised to come. Up at a big meeting in Canada. They speeched 'bout it all day. They was angry. Lots of 'em. These were big-time fellers. Reading men. Men of letters. They promised to come—"

"Oh, hogwash!" he snorted. "Them uppity, long-breathed niggers ain't got enough sand in the lot of 'em to fill a God-damned thimble!"

He fumed, looking away, then pointed to the train on the trestle above us. "That train there," he said, "that's the B&O line. It rolls outta Washington, D.C., and Baltimore every day. Rolls north a bit and connects up with the train out of Philadelphia and New York City twice a week. I seen every single colored that's ever been on that train for the last nine years. And I can tell you, half of them Negro leaders of your'n can't afford a ticket on that train that would take 'em more'n ten yards. And them that

could, they'd blow their wives' head off with a pistol for a single glass of the white man's milk."

He sighed angrily, blowing through his nose now. "Oh, they talk a good game, writing stories for the abolitionist papers and such. But writing stories in the paper and making speeches ain't the same as being out here doing the job. On the line. On the front line. The freedom line. They talk a whole heap, them stuffed-shirt, tidy-looking, tea-drinking, gizzard lickers, running around New England in their fine silk shirts, letting white folks wipe their tears and all. Box Car Brown. Frederick Douglass. Shit! I know a colored feller in Chambersburg worth twenty of them blowhards."

"Henry Watson?"

"Forget names. You ask too many questions and know too God-damned much now."

"You ought not to use God's name in vain. Not when the Captain comes."

"I ain't studying him. I been working the gospel train for years. I know his doings. Been hearing of 'em for as long as I been doing this. I like the Captain. I love him. Many a night I prayed for him. And now he . . ." He groused and cursed some more. "He's deader than yesterday's dinner, is what it is. How many's in his army?"

"Well, last count there was . . . sixteen or so."

The Rail Man laughed. "That ain't hardly enough for dice. The Old Man's lost his buttons. At least I ain't the only one that's crazy." He sat down at the water's edge now, then tossed a rock in the water. It made a tiny splash. The moon shone down on him brightly. He looked terrifically sad. "Gimme the rest," he said.

"Of what?"

"The plan."

I gived it to him from soup to nuts. He listened closely. I told him all 'bout taking the night watchman in the front and back entrance, then fleeing to the mountains. After I was finished, he nodded. He seemed calmer. "Well, the Ferry can be took, that much the Captain's right 'bout. There ain't but two watchmen. But it's the second part I don't get. Where's he expecting his coloreds to come from, Africa?"

"It's in the plan," I said, but I felt like sheep bleating.

He shook his head. "John Brown is a great man. God bless him. He ain't lacking in courage, that's for sure. But God's wisdom has escaped him this time. I can't tell him how to do his business, but he's wrong."

"He says he's studied it for years."

"He ain't the first person who's studied insurrection. Coloreds been studying it for a hundred years. His plan can't work. It ain't practical."

“Could you make it so, then? Being that you’s a big wheel in the gospel train around here? You know which coloreds would fight, don’t you?”

“I can’t make two hundred coloreds get up outta Baltimore and Washington, D.C., and come up here. He needs at least that many to bust out the armory and get to the mountains once he’s got what he wants. Where’s he gonna get them kind of numbers? He’d need to run souls from Baltimore up through Detroit and down to Alabama.”

“Ain’t that what you do?”

“Running one or two souls ’cross the freedom line to Philadelphia is one thing. Running two hundred souls from D.C. and Baltimore this way is another. That’s impossible. He’d have to spread the word far and wide, all the way down to Alabama to make sure he gets them kind of numbers. The gospel train can carry a word fast, but not that fast. Not in three weeks.”

“You saying it can’t be done?”

“I’m saying it can’t be done in three weeks. Takes a letter a solid week to get from here to Pittsburgh. Sometimes a rumor travels faster’n a letter—”

He thought a minute.

“You say he’s throwing big metal at ’em in three weeks?”

“October twenty-third. In three weeks.”

“There ain’t no time, really. It’s a God-damn shame. Criminal, really. Except . . .” He fingered his jaw, thinking. “Y’know what? Tell you what. Pass the word on to the Old Captain thusly—you let him decide on it. For if I speaks it, and someone asks it of me, I’m bound by the Lord’s word to tell the truth, and I don’t want that. I’m a good friend of the mayor of this town, Fontaine Beckham. He’s a good friend to the colored, and to me. I got to be able to tell him, if he asks, ‘Mr. Mayor, I knows nothing ’bout this whole bit.’ I can’t lie to him. Y’understand?”

I nodded.

“Pass word to the Old Man thusly: There’s hundreds of coloreds in Baltimore and Washington, D.C., itching for a chance to fight slavery. But they got no telegraph and gets no letters.”

“So?”

“So how would you pass word fast to thousands of folks who got no telegraph and gets no letters? What’s the fastest way from point A to point B?”

“I don’t know.”

“The railroad, child. That gets you to the city. But then you got to get to the colored. And I know just how to do it. Listen. I knows a few in Baltimore runs a numbers game. They collect numbers every day from both those in bondage and those

that's free. They pays out to the winner no matter what. Hundreds plays it every single day. I plays it myself. If you can get the Old Man to give me some money to grease them feller's palms, the numbers men will spread the word fast. It'll go everywhere within a day or two, for them types don't fear the law. And if there's a penny in it for them, that's all they care 'bout."

"How much money?"

"'Bout two hundred and fifty oughta do it. That's twenty-five apiece. Some for them in Washington and some for the men in Baltimore. There's ten of 'em I can think of."

"Two hundred and fifty dollars! The Old Man ain't got five dollars."

"Well, that's what he got to work with. Get me that money and I'll spread it around in Baltimore and D.C. And if he throws in another two hundred fifty, I'll have a set of wagons and horses to throw at it, so them fellers that wants to join him—I expect it'll be women, too, lots of 'em—they'll ride here. Ain't but a day's ride from here."

"How many wagons?"

"Five oughta do it."

"Where they gonna come from?"

"They'll follow the tracks. Tracks cut a pretty straight path here from Baltimore. A dirt trail follows it along. There's a couple of bad patches of trail—I'll school the Negroes on it—but the trail is all right. The train don't travel but twenty or thirty miles an hour. It stops every fifteen minutes to pick up passengers or water. They'll be able to keep up all right. They won't fall far behind."

He paused a moment, staring out at the water, nodding, thinking, hatching it in his head as he spoke it. "I'll ride in here on the train. It comes in at one twenty-five a.m. every night, the B&O out of Baltimore. Remember that. One twenty-five in the a.m. The B&O. I'll be on it. When you and the Old Man's army give me the signal, I'll signal the fellers in the wagons on the road that it's time to move in."

"That sounds a little thin to me, Mr. Rail Man."

"You got a better plan?"

"No."

"That's it, then. Tell the Captain he's got to stop the train at one twenty-five, just before it crosses the B&O Bridge. I'll get you the rest of what to do later. I got to git. Tell the Old Man to send me five hundred dollars. I'll be back in two days on the next run. One twenty-five a.m. sharp. Meet me right here at that time. After that, don't never speak to me again."

He turned and left. I ran up to Cook, who stood at the top of the bank. Cook watched him leave.

“Well?”

“He says we’ll need five hundred dollars to hive the bees.”

“Five hundred dollars? Ungrateful wretches. Suppose he takes off with it. We coming to unslave them. How do you like that? The Old Man’ll never pay it.”

But when he found out, the Old Man did pay it, and a lot more. Too bad he did, too, for it cost him big-time, and by then the whole thing was blowed wide open and there weren’t no way of sending it backward, which I wish he could have, on account of a few mistakes I made, which cost everybody, including the Rail Man, pretty heavy.

